



De Burro Bizco a patriarca

Pedro Vicente Chacín Espinoza



Librería
DigitalCCS | Colección 2024

CIUDAD **CCS**
[La verdad está aquí]



De Burro Bizco a patriarca

© Fundación para la Comunicación Popular de Caracas

© Pedro Vicente Chacín Espinoza

A/J Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

V/A María Elisa Domínguez

Secretaria para la Cultura, el Deporte y la Recreación

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Coordinación General

Francis Zambrano

Edición al cuidado de

Mercedes Chacín

Diseño y diagramación

Freddy La Rosa

Corrección

Laura Nazoa

Depósito legal: DC2024001746

ISBN: 978-980-7719-26-1

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático.

De Burro Bizco a patriarca

Pedro Vicente Chacín Espinoza

Caracas - Venezuela

Septiembre 2024



Pedro Vicente Chacín Espinoza

Hace 42 años Pedro Vicente Chacín Espinoza, médico psiquiatra venezolano, nacido en una montaña del estado Miranda, publicó su primer libro, *Psicopatología de los muñequitos*, que para la época fue un éxito editorial. “Es uno de los momentos más felices de mi vida”, dice, solo comparable a la felicidad de cuando, afectada por un aneurisma, su amada esposa, Thais Ávila, despertó después de la opacidad de una espera de nueve días con sus noches, hace ya más de 30 años. Le siguieron los títulos *El loco que se dormía contándose cuentos*, *El amor en glosa, canciones y fábulas* y *Psicopatología irrisoria*. Todos es-

tos libros tienen la impronta del humor, del amor, la poesía y de la profesión a la que le ha dedicado su vida Chacín (nacido un 9 de noviembre de 1936), y que este año nos deleita con una crónica humorística que parece sacada del inconsciente colectivo del pueblo venezolano, pues aunque los protagonistas son personajes históricos que la hacen verosímil, al mismo tiempo, han surgido del imaginario de los asnobisojanos, gentilicio de Burro Bizco, un caserío que vio nacer a Juan Frei, patriarca de la Venezuela profunda.

CONTENIDO

Prólogo / 9

Prolegómeno catártico / 14

Primera parte

Capítulo 1.- El retrato de don Juan Frei / 25

Capítulo 2.- Una casa de dos plantas / 45

Capítulo 3.- Palurdo, pero bien aconsejado / 57

**Capítulo 4.- Los buenos consejos se guisaron
con metáforas / 66**

Capítulo 5.- Preciosismo entre rebuznos / 72

Capítulo 6.- El amor cambió de carruaje / 79

**Capítulo 7.- La inflamable tromba de la fuente
de Castalia / 87**

Segunda parte

Capítulo 1.- El autobús tiene butacas de auditorio / **100**

Capítulo 2.- Un general sin gorra / **106**

Capítulo 3.- Mi papá es socio / **115**

Capítulo 4.- Del hato Altamira a Miraflores / **122**

Capítulo 5.- Técnica del golpe a un amigo / **130**

Capítulo 6.- Comenzó un trío y terminó un solista / **138**

Capítulo 7.- Los votos de los feos, los bonitos los desean / **146**

Capítulo 8.- Del buen corazón a la hidalga Facundia / **152**

Capítulo 9.- Después del zarandeo, la pachorra / **160**

Capítulo 10.- El Estado es el amor / **170**

Capítulo 11.- Hoy no firmo, mañana sí / **178**

Capítulo 12.- Amanecerá y veremos / **182**

Pedro Vicente Chacín Espinoza (PEVICHE) nació en la montaña de El Bachiller en el estado Miranda, al igual que el resto de las hermanas y hermanos Chacín Espinoza (José, Luis, Celenia, Rigoberto y Yolanda), pero bien pudo haber nacido en el caserío Burro Bizco, donde habita el protagonista de esta divertida historia ambientada en la Venezuela de principios del siglo XX, la rural, la recóndita, la de los presidentes civiles y militares, la de los refranes filosóficos, la Venezuela que vio nacer a mi mamá en 1934 y a mi papá, hermano del autor, en 1932.

Juan Frei, así se llama el narrador de esta “historieta”, como la define el PEVICHE, pero que a mí se me antoja llamar crónica literaria humorística que de tanta hipérbole también puede ser realismo mágico:

Mi apellido de acta era Freites, pero mi papá, que empezó a beber un roncito de la vil jerarquía patentada como lavagallos o balarrasa con el pretexto de celebrar el nacimiento de su único hijo varón, que fui yo, desarrolló un

hipo tan verraco y amostazante que nunca le permitió, cuando se presentaba, generalmente a un nuevo conmitón en la faena de bajarse una botella de matarratas, redondear expresivamente su apellido. Cuando iba por el Frei, el hipo se le atravesaba como una pepa de guama en el gañote y le malograba el remate. Papá veía, afligido por supuesto, que la gente se quedaba como esperando por algo y él, desempepando el pasapán, para romper la expectativa, y abriendo penosamente los brazos, declaraba: “¡He dicho!”, como quien liquida un largo discurso.

No es extraño, por lo mismo, que una que otra persona, ignorante de la existencia del incidental frenazo prosódico, atestiguara que mi papá se llamaba realmente Juan Frei Hip, lo cual pudo crearle la fantástica estampa de pertenecer a una genealogía aniquilada por un naufragio, con un solo sobreviviente, que sería mi padre. Así me lo confesó una distraída censante a quien le tocó Burro Bizco.

Pedro Vicente, que tiene una sabiduría tan rimbombante como su vida, nos habla sentado en la sala de su casa ubicada en el mismo estado Miranda donde nació y donde vive, en la urbanización El Marqués de la Gran Caracas del siglo XXI, y cuenta que mi abuelo Pedro Lorenzo trabajaba como administrador en la hacienda La Trinidad en el mismo estado,

donde se cultivaba cacao y sarrapia, y que por lo mismo insiste en recrear allí su infancia, en el municipio Sucre, donde tiene sembradas 20 matas de la exquisitez americana, en un parquecito que le sirve de conuco ciudadano.

Quien emprenda la aventura de leer, a través de la vida de Juan Frei, la historia de la Venezuela de principios del siglo XX, también está leyendo un poco de la biografía de este médico psiquiatra que sembró en una hacienda 420 matas de caoba, 55 de cotoperix y 50 más de icaco, ciruela y poncigué, y al mismo tiempo es un humorista que discurre entre las descriptivas semblanzas de los presidentes de nuestro país desde Isaías Medina Angarita, pasando por Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera Campins, Jaime Lusinchi y Rafael Caldera, hasta darle un párrafo ilustrativo a Hugo Rafael Chávez Frías.

De Medina nos regala una paradoja histórica mágico realista:

El general Medina, por abierto y natural, se la pasó dando cuartel a sus adversarios políticos para quedarse él sin ninguno. Con los cuarteles que dio, diéronle a él un cuartelazo. Da cuartel y algún Marcos Evangelista (Pérez Jiménez) te sacará de la Presidencia, reza la maldición.

De la segunda presidencia de Rafael Antonio Rodríguez Caldera, Chacín dice:

Lo primero que hace Caldera, luego de la aclamación chiripera, es una carta de intención al Fondo Monetario Internacional, que es como pedir fiado por teléfono para que el acreedor no le descubra a uno en la cara las malas intenciones. Esa carta fue escrita, seguramente, como para un concurso de redacción de secretario comercial, porque en este pozo es donde Caldera panquea sobrado. ¡Quién sabe de qué modo plasmaría el “muy señor mío”!

Arengas, proclamas, discursos, pláticas, charlas, disertaciones y homilias son el queso de sus tostadas gerenciales.

De Chávez obsequia un dato de la realidad:

Se anunciará el alba y despeñañaremos. Y, justamente, por desojar las cosas que andan por el éter y no dar una ojeada a lo que se mueve entre el suelo y la línea horizontal, se metió Chávez a puntear la carrera y prontamente empezaron las colas para felicitarlo.

Tiene el psiquiatra Chacín un peculiar privilegio que ya quisiera para sí cualquier historiador: todo lo narrado en *De Bu-*

rro Bizco a patriarca lo vivió tan cerca que nadie le puede caer a *fake news*, y confiesa que lo que leerán lectores y lectoras en adelante “son crónicas, fábulas, historietas y hasta una intriga no muy palpable. Eso sí, en todas ellas se impone lo irrisorio, lo que se logra con la realidad adulterada, torcida, exagerada, para urdir un chiste, si es que lo conseguimos”.

Si entonces y con las dos pepas de sus ojos bien alineadas, usted quiere pasar un rato agradable cuyo origen (el del autor) es la montaña de El Bachiller, en el estado Miranda, con una altitud de 304 metros sobre el nivel del mar, cerca de Altagracia de Orituco y casi al frente de San José de Guaribe, adéntrese en estas páginas. Y sonría, que algo queda.

Mercedes Chacín

Prolegómeno catártico

Decimos prolegómeno y no, desnudamente, prólogo porque estamos entrando en un lance de buen humor, y lo apellidamos catártico en virtud de que vamos a explicar cosas y a aplicar otras que contienen, medularmente, sentido esclarecedor, iluminador o balsámico, terapéutico. Catártico también porque suele ocurrir que nuestra profesión impregna protuberantemente la totalidad de los proyectos que asumimos, sobre todo cuando el oficio nos ha deparado muchas más horas gloriosas que sombrías.

El propósito gestor de este libro es recordar, con la memoria más lúcida y lucida, al egregio periodista Pedro Chacín, humorista sin par, ser humano irrepetible en el ejercicio de la bondad.

La frase “no hay enfermedades sino enfermos”, tan inteligente y tan atinada, con tanto provecho clínico para quienes somos médicos, y que se atribuye, entre otros, a Claudio Bernard,

médico francés del siglo XIX, quiere expresar, piensa uno, que cada enfermo sufre o soporta su dolencia de una manera particular. Es decir, un tuberculoso pulmonar, por ejemplo, jamás es idéntico a otro en nada a lo referente, estrictamente, al morbo que lo afecta, aunque el responsable de su mal sea el mismo bacilo (bueno, la verdad es que no se puede asegurar que esos microbios se porten con la misma saña e incivildad), pero sus víctimas, los humanos enfermos, sí son dueños de una individualidad, psíquica y somática que les proporciona mayor o menor contraofensiva, les dota de un equipo o arsenal excelentemente operativo o manco. Perdónenme el uso de la prolepsis o, al menos, de la pedantería por usar la prolepsis.

A nosotros se nos ha ocurrido extrapolar el pensamiento de Claudio Bernard y decir: “no hay comunismo sino comunistas”, porque Stalin y Gorbachov se distanciaron unas cuantas miríadas de pulgadas. Igualmente podemos afirmar, sin esperar oposición, que no hay humorismo sino humoristas. Pedro, verbigracia, fue un humorista único en su género y a cualquier otro, con su mismo genio, se le puede medir con la misma vara.

Es pertinente ahora declarar que nosotros aspiramos, en una ocasión lejana, bocetear este libro y pasarle a Pedro el bos-

quejo para que terminara el lienzo. Yo aportarí mis vivencias, fantasías o lo que Dios nos colocó en el morral, y Pedro añadiría la iluminación, sus fulgurantes ocurrencias, el linaje esclarecido de su inventiva y lo que Dios faltaba por darle. Mi contribución serían los testimonios, a los que llamaría pólvora. El aporte de Pedro se podría identificar como la misma chispa. ¿Qué faltaba?: un destino amistoso y magnánimo.

Mercedes Chacín, Mecha, es la persona que vivió, con el dolor más hondo y prolongado, la ausencia de Pedro, que experimentó con impiedad el pesar, la angustia de un duelo que no acaba. “Toda angustia es la angustia”, dejó escrito Freud. Otro psiquiatra, conocedor, por vivencias personales, de las más insufribles asperezas de la vida, declaró a un periodista que la angustia es la sal de la vida. Tratándose, en este caso, de una versión de esta, sin duda, en un contexto que visiblemente falta, pospongamos cualquier comentario porque la declaración así, escueta, crea alarma e incertidumbre. Sin embargo, es lícito pensar que existirían emociones, parientes lejanas de la ansiedad, como podría admitirse, tales como el entusiasmo, el tesón y hasta la terquedad, que generarían alguna inquietud, pero manifiestamente sin congoja. Iríamos un poco más allá. Es factible aceptar que la angustia o ansiedad tiene versiones asordinadas con la capacidad de inquietarnos, a la par que crean dicha, y aquí cabe holgadamente

el entusiasmo. El extremo opuesto de este es la pereza, tan abominable que aparece en su acta de nacimiento, como uno de los siete pecados capitales. Concluimos estableciendo que la angustia, según su volumen, según el atavío que ostente, asumirá el rol de ser sal de la vida o ser un “signo de alarma del organismo ante una amenaza o peligro desconocidos”, así lo definió Freud.

Como hemos mencionado, el inacabable duelo de Mecha nos presenta la ocasión de discurrir distintamente sobre el duelo, identificado habitualmente como tristeza, abatimiento o desolación.

Usualmente se habla, en psiquiatría, de dos tipos de duelo. Hay uno que se define como la tristeza por la pérdida de un objeto. Se ve otro que se describe como la tristeza más culpa por la pérdida de un objeto. Con menos frecuencia se hace mención de un duelo que aparece en la tercera fase, la fase de agotamiento, del síndrome general de adaptación o teoría del estrés, doctrina médica de colosal prestigio, planteada por el médico Hans Selye en 1936, para celebrar mi nacimiento en las montañas de Cúpira, cuando el general Juna Vicente Gómez cumplía un año casi de haber dejado que Venezuela respirar a plenas fosas nasales.

Habrá por all  otros tantos especímenes de duelo pero los ignoramos. “Tenemos una gota de conocimiento en un océano de ignorancia”, según confesión de Newton. Mis asesores en c culo infinitesimal me acaban de comunicar que luego, inmediatamente de haber descubierto Isaac las leyes de la gravitación universal, la ignorancia en todo el orbe se redujo a medio océano.

A otra cosa y esto es en serio, se acabó la chanza, la chercha, la broma, la socarroner . Este libro contiene también, historia cierta, descripción de sucesos alambicadamente humanos, donde el dolor y la dicha se comparten el tiempo, donde se turnan la escasez y la abundancia, donde la pena no nos abate, pero nos alienta la esperanza y, finalmente, porque vamos a llegar donde Dios nos espera.

Uno presume que el duelo de Mecha pertenece o es del rango del que tiene la culpa como ingrediente cardinal, por eso su reciedumbre. Mecha est  tan lejos de la maldad como de la resurrección estoy yo (de la mía, no de la de Cristo). Entonces, de dónde sale la culpa suya. Yo la situó en su frustración de no haber podido ser Dios para evitar la muerte de Pedro. Por supuesto, son ideas o sentimientos que se alimentan o toman vida de la energía o vigor que suministra, espléndidamente, el inconsciente, el cual mora en su recinto l brego, misterioso,

insondable donde no hay lógica, leyes, orden, caminos que lo hagan inteligible. Exponer esta conjetura apunta hacia lo terapéutico que prometió ser este prolegómeno, es decir, transformar un enemigo invisible en uno patente. La ganancia es abultadamente paladina. Llegar a ver distintamente a quien nos está siendo hostil es una gratificación insuperable. Esto es lo que se propone la psicoterapia.

Consideraremos desde el aquí y ahora, como una fuerza postera, la laboriosa urdimbre del libro que terminó con el título *De Burro Bizco a patriarca* y que nada dice de lo que lo contiene: una historia divertida, sin una sola amargura y con todos los condimentos para hacerla entretenida, de los presidentes de Venezuela desde 1941 hasta 1999, es decir desde Isaías Medina Angarita hasta Rafael Cadera Rodríguez.

Mediaba el primer mes del último cuatrimestre del año 1945. Vivíamos en el caserío Los Colorados, a poquísimos kilómetros de la ciudad de Villa de Cura, estado Aragua. Estaba yo a 22 días de cumplir los 9 años. Este recuerdo conserva la claridad del agua de manantial. Para esa época se desarrollaba en el lugar una campaña gubernamental que era nacional contra la anquilostomiasis o necatoriasis. El móvil de la campaña consistía en construir en cada rancho un minúsculo excusado para que la gente “no diera del cuerpo”, como se decía, en la superficie del suelo.

El anquilostoma o necátor es el único parásito intestinal que penetra al cuerpo por la planta del pie y los habitantes de los caseríos andaban habitualmente descalzos, lo cual los hacía proclives a adquirir la parasitosis, cuya consecuencia era la aparición de una anemia severa, que se erguía para el momento como un azote descomunal para la nación. Debo confesar que yo fui un afortunado usuario del flamante evacuatorio del civil excusado porque yo seguí descalzo por varios lustros con los anquilostomas al acecho.

Despedía sus luces en el caserío Los Colorados una escuelita de un salón de clases cuyo único maestro era líder campesino del Partido Democrático Venezolano (PDV), agrupación política que apoyaba al presidente Isaías Medina Angarita. Este dirigente local mostraba gran actividad como político y era buen conversador, me tenía afecto y me hacía participar, de laguna manera, en las reuniones proselitistas que ocurrían en la escuelita, tanto que yo, ingenuamente, por supuesto, obraba como un connotado militante del PDV, con apenas 9 años de edad.

Un hecho singularmente catastrófico para mí se produjo el 18 de octubre de 1945: un golpe militar efectivo de modo aparatoso contra el Gobierno de Medina Angarita, donde el gobernador del estado Aragua, un villacurano llamado Aní-

bal Paradisi, murió enfrentando, con armas, la sedición. Fue el único alto jerarca del régimen a quien le tocó ese destino. Aquello causó suprema consternación y turbación en Villa de Cura, lo cual me contaminó gruesamente hasta tal punto que ese antipático suceso, la rebelión, pudo haberme lacerado más a mí que al propio general Medina.

Cuando aparece el partido Unión Republicana Democrática (URD), liderado por Jóvito Villaba, partido que, en la entrañas de la nación sustituyó al partido de Medina, mis afectos, siendo yo todavía un churumbel, apuntaron hacia el partido que nació para medir las armas con Acción Democrática (AD), aliada en el golpe militar que me causó tan furiosa mordedura.

Hacia una década cuando inicié un relato con estas memorias bien vívidas y vividas. Hacia una década, preciso, de haber jurado o comprometido llevar una conducta orientada por tres ideales: honradez, humildad y optimismo. Esto me llevó a despojarme de rencores, enconos, tirrias, sarnas, antipatías. Ahora sí puedo amar a mi prójimo como a mí mismo, al menos, planteármelo, ya que ciertas solicitudes o aspiraciones tienen jerarquía de sublimes y están vedadas a ciertas condiciones humanas.

Iniciamos un relato, dijimos, y se conformó el libro *De Burro Bizco a patriarca* que arribó a lo que es hoy: una historia divertida que se sustenta en fruslerías, en suposiciones, fundamentadas en algo, desde luego, y que no pretende por lo mismo un relación juiciosa, un informe serio, un análisis donde se manejen datos para transmitir conocimientos que tengan alguna utilidad.

Son crónicas, fábulas, historietas y hasta una intriga no muy palpable. Eso sí, en todas ellas se impone lo irrisorio, lo que se logra con la realidad adulterada, torcida, exagerada, para urdir un chiste, si es que lo conseguimos.

No escogimos presidentes, están todos y a todos se les aplicó ampararlos con la sentencia de Montaigne: “No hay un solo hombre por cabal que sea que no haya merecido la horca unas nueve veces en su vida”. No sabemos cómo Montaigne logró un cálculo tan preciso pero lo que sí sabemos es que el perdón es un postulado cristiano majestuoso, porque la mínima ofrenda que pueda costarnos una exculpación será capaz de guardarnos de una gravosa pugna de una tirria inmortal. La perpetuidad del rencor o de la compulsión al desquite es propio de los que padecen, por cierto, de una patología del olvido. Enseñar esto, que para una vida sin máculas que afeen la dicha, son imprescindibles con igual perentoriedad la memo-

ria y el olvido. Olvidar puede ser tan glorioso como recordar. “Onoblivia” fue la palabra que sugerimos a la Real Academia Española para expresar la capacidad de olvidar.

PEVICHE

Primera parte

El retrato de don Juan Frei

Yo nací un 12 de octubre, aunque no me es lícito asegurarlo porque mi mamá todo lo llevaba de memoria y tenía esta tan llena de datos desordenados que usualmente consultaba a una hermana suya para precisar el nombre de cualquiera de nosotros, sus hijos. Mi duda con respecto a la fecha de mi nacimiento comenzó y se consolidó cuando la vieja me condujo al despacho de un astrólogo con miras a recabar conocimiento sobre el destino de un salvaje acné que me había cogido toda la cara y se proponía, por la voluntad de la que hacía gala, correrse hacia la hoya. Justamente en esa ocasión astroinquisidora, su desmemoria se hizo tan crítica que mamá no pudo aportar los apuntes mínimos para que el astrólogo atinara a ubicarme en algún punto del zodiaco, por eso yo me quedé sin saber nada por adelantado sobre el porvenir de los ásperos granos que se habían valido de mi catadura para montar una insolente provocación a la mimosa cosmetología, que en aquellos días despuntaba con el uso exclusivo y abusivo del jabón Palmolive como único contenedor de las espinillas desorbitadas. Hoy debo decir, con la

cara llena de vergüenza, aunque las pisadas de los ausentes barro la tapen en buena parte, que yo me unté, ¡oh desesperación infamante!, hasta excretas de gallina negra batidas con baba de guásimo sin que la Providencia, ni la Fortuna ni la Fiscalía General acudieran a brindarme el respaldo faltante.

A ningún retórico insobornable, como yo, le es permitido, cuando las circunstancias lo demandan, avanzar un párrafo más sin explicar al lector que el vocablo *excretas* es el instrumento preciosista mejor posicionado para evadir la pronunciación de su antípoda *mierda*.

Sí puedo atestiguar, no obstante los crasos olvidos de mi madre, que nací en el caserío Burro Bizco, desgalichalado poblazuelo como otros cualesquiera, cuya gente vivía con un pie en la roza de maíz, verde, fresca y con estampa de crédito bancario ilimitado, que era la rumba, y el otro en el rastrojo, gris, decrepito y con la calaña de banco intervenido, que es el ratón posalborozo o transalboroto. Maligna mudanza de invierno a verano, que es como decir cambalache de pavo real por pájaro garrapatero. Burro Bizco no era desgalichado, era desgalichalado.

No obstante la rotativa pelazón, con rezongos de tripas malcontentas, esa gente era dicharachera, es decir, con el humor a prueba de hambre, y negociosa, es decir, después de un *knock*

down se paraban a pelear con mayores bríos y les quedaba pujanza, todavía, para ser terca partidaria de la globalización y del cambio de la toponimia local. Poca de ella aceptaba con agrado el nombre de Burro Bizco. Uno de mis paisanos de mayor relieve intelectual (leía corrido y era el que llevaba las anotaciones en las partidas de dominó) me confesó un día que él prefería el nombre de Burro Tusero al de Burro Bizco porque era menos antipático un mal hábito alimenticio que una mirada desgobernada.

Ofrezco la seguridad de que nací en Burro Bizco porque desde los siete años fui agregado de la comadrona que me ayudó a venir al mundo. Me desempeñé a su lado como enterrador de placentas, tarea en la que no lucí mucho porque ni una sola de las placentas inhumadas por mí permaneció más de una hora en la fosa, pues ellas constituyeron el único plato proteico con que se solazaban los famélicos perros de Burro Bizco. Pero no solamente eran los gandidos canes los que empañaban mi labor de sepulturero portátil porque presencié, también, cómo algunas cochinas preñadas, tal vez por antojos de embarazada, veían un bocado apetitoso en las placentas cuyo sepelio acababa yo de ultimar. Juro que nací en Burro Bizco porque mi patrona, la comadrona Nicolasa, me dijo, en uno de esos operativos que realizábamos en conjunto, que el único de los habitantes de Burro Bizco asistidos por ella en su nacimiento

que había visto la primera luz con algún retardo había sido yo porque nací “enmantillado”, y por ello me auguraba un porvenir luminoso. Esa novedad me llenó de júbilo y hasta de impertinencia, pero, a pocos días de tan exultante buena nueva, un hermano de mi mamá me buscó para que lo ayudara en la reparación de lámparas de carburo. El puesto era casi una prebenda o un cambur como se dice en habla de villanos, pero eso a mí me inundó de una humillante aflicción porque vi en ese oficio que me deparaba la casualidad el luminoso futuro que me había entrevisto la comadrona Nicolasa. Cuando el desencanto comenzó a menguarme el apetito (la merma del hambre en quien come solo una vez al día, por razones ajenas al clamoreo de sus tripas, es un síntoma asaz grave), y eso ocurrió un día después del ofrecimiento de la plaza, mi tío, el carburoso, se quedó sin trabajo, desgracia que llegó por una escasez mortal de carburo: murió el proveedor que lo abastecía a crédito. Yo me vi, también, cesante, pero en mejores condiciones porque el aborto providencial del desolador destino fulgente me devolvió el júbilo y la impertinencia, reactivados por la resurrección de mi convicción de que el vaticinio lucero debía tener mucho más voltaje que una paleolítica lámpara de carburo. Desde aquella prehistoria camino yo con el pecho sacado, hinchado con tumultuosa vanidad, estilo locomotor que me hizo granjear el sobrenombre de Juan Buche.

Volvamos a la geointriga de este cuento, regresemos a las domésticas tramas telúricas de Burro Bizco y digamos que una cuarta de tabaco de mascar valía allí medio, y un palo de aguardiente blanco servido en un pocillo de peltre costaba, también, medio. Y digamos, para los que ignoran la fenecida gloria de la distante numismática nacional que el medio, o medio real, es decir, un cuarto de bolívar, es la más diminuta moneda de plata del repertorio pecuniario de los peculiotenientes venezolanos.

La adquisición dispendiosa que se hacía en Burro Bizco de tales rubros, tabaco y aguardiente, más la obvia poquedad de las mariquitas, que así se llamaba también a los medicitos, construían una realidad ruinocrapulosa escandalosa que era combatida enérgicamente por don Rogelio, maestro del caserío, el cual razonaba su impugnación con la frase “el fin no justifica esos medios”. Tan particular circunstancia persuadió a algún observador poco concienzudo de que el maestro Rogelio desarrollaba una extravagante campaña contra Maquiavelo a quien se atribuye el pensamiento con prédica discrepante “el fin justifica los medios”. Creo, sin embargo, que esos enredos aldeanos no tuvieron repercusión internacional alguna porque la balanza de pagos entre Florencia, patria de Maquiavelo, y Burro Bizco, territorio donde voceaba su pregón moralizante el maestro Rogelio, se mantuvo incólume. Burro Bizco siguió

exportando a ultramar la misma proporción de garrotes encabuyados y continuó recibiendo de allende los mares igual volumen de copias de obras de Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Caravaggio, Tintoretto y de un tal Lorenzo el Magnífico. No, esperen, de este último lo que recibía Burro Bizco eran unas bolsitas con monedas doradas llamadas florines, reembolsos por los garrotes que le llegaban directamente a él. De modo que, como no ocurrió nada infeliz entre Burro Bizco y Florencia, esta referencia tiene un valor estrictamente historiográfico.

El conglomerado humano de Burro Bizco era observador agudo, ello permitió que fuera creador esclarecido de la frase “manirote que cae, acure que llega”, con la cual se ilustra lo mosca que suele estar todo aquel prójimo (nuestro, no del acure) que está esperando, con las ganas hasta el techo, un pedido de churrasco con yuca.

En contraposición, los oriundos de Burro Bizco ejercían infelizmente, es la verdad, una actividad comercial biodegradante, es decir, degradaban sus vidas, muchas de ellas edificantes, traficando con sortijas de rabo de mato de agua, con copetes de paují y con viriles de morrocoy, especies que estaban ya casi tan desaparecidas como la bragueta de botones. La inno-ble degradación era, además, aritméticamente ignominiosa: se sacrificaban tres especies para poner a medio vivir una, la

del victimario, con lo cual se homenajeaba a esa criminología romántica que “hace la vista gorda con los cuervos y se ensaña con las palomas”, que le exprime más culpa al inmolado que al criminal. Yo, como cómplice de mis coterráneos, lo reconozco casi con descaro, tal vez ello me libre algún día de comparecer ante el tribunal de Roma.

Los asnobisojanos, gentilicio de los nacidos en Burro Bizco, justificaban su papel de depredadores alegando que en Burro Bizco se habían extinguido las especies de billetes de banco y que esa flora multicolor y exuberante, en tiempos de Lorenzo el Magnífico, que iba desde el billete morado batata hasta el billete rojo pernil de cochino, pasando por el billete amarillo pálido frijol pintón, era el soporte de un pacífico equilibrio entre las ofertas de los recetarios de cocina que tenían sus hábitats en ventorrillos donde el cliente come parado, como cualquier otro animal, y en las tascas donde el acosado por el apetito calma sus necesidades y las colma de soluciones arrellanado en una muelle butaca sin que se cruzaran torvas miradas las especies que tragaban de modo pedestre y las que deglutían según la fórmula sedente. Eso denota, obviamente, que lo importante no es cómo se come sino si se come o no, importancia que debería juzgar a diario el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas si le interesa, realmente, el tema de conservacionismo.

El equilibrio entre comedores de iguales instintos, ventorrille-ros versus tasqueros, como tutelaje estatal, abona más a favor de un ambiente sin contaminación que el equilibrio ecológico, por ejemplo, entre el hombre y el morrocoy, cuestión que salta a la vista si tomamos en cuenta que la especie *Homo sapiens* se inquieta hasta el escándalo por un simple ayuno de medio día. Obsérvese en este sentido el hormigueo, jadeo y hasta hamaqueo cercanas las doce horas del mediodía en los lugares donde habrá de sedarse un apetito que cuatro horas antes ya fue suficientemente puesto en fuga y la contrastamos con lo que atañe, en el mismo ámbito de las confabulaciones hipocámpicohipofisogástricas, a la especie *Geoquelone carbonaria*, vulgo morrocoy, que puede hacer la promesa de un ayuno de seis meses sin que ello comporte una inmolación.

Por lo que acabamos de relatar, entre la especie *Homo sapiens* y la especie *Geoquelone carbonaria*, hay un boquete grande, lleno de cabos sueltos, como para plantear aunque sea un esbozo de equilibrio. Lo que sí se ve muy claro es que el morrocoy tiene una esperanza de supervivencia muy superior, no solamente porque es más apto (para posponer las meriendas), como lo declaró Darwin confidencialmente cuando llegó a las islas Galápagos, sino sobre todo, por una ley de veda que lo ampara, mientras que el hombre, además de que fracasa cada vez que intenta diferir las meriendas, no ha visto hasta hoy ni

siquiera decretada por el Altísimo una veda que, respaldada por miríadas de alcabalas obstinadas, evite el tráfico y comercialización de su especie.

Parecidas argumentaciones esgrimieron los asnobisojanos en torno al equilibrio ecológico entre el hombre y el paují y entre el hombre y el mato de agua.

Apliquemos otras pinceladas a mi retrato.

Mi vida aldeana discurrió sin cohetes ni cañonazos celebratorios, pero estuvo bien lejos de ser clandestina.

Me empezaron a llamar don Juan cuando mis paisanos se percataron de que yo, fuera de Burro Bizco, me había ganado el prestigio casi de patriarca. ¿Qué patriarca?, casi de secretario general del partido gobernante, pero creo que lo que más me elevó, según el baremo de mis compaletos, fue que todas mis hijas se habían casado, precedidos sus matrimonios por immaculados (y emasculados) noviazgos. Habría que enfatizar, porque ese es el más elevado mérito de la familia, que sus idílicos compromisos no registraron antecedentes penales, es decir, nunca un pene, autoactivado o viagrosocorrido, sofocó la blindada fortaleza, la respiración, la temperatura de las orejas, ni tan siquiera el pulso, que es el más melindroso de los bioindicadores eróticos de

aquellas almas modeladas para el aguante, hasta que se perfilara la debilidad del adversario (que se manifiesta cuando empieza a proponer matrimonio) para tirar..., entonces, paradas seguras. Tales eran mis hijas en el rol de novias bien careadas.

Fueron, pues, arrastres apacibles de alas, sin curucuteos subalternos. Ninguna manualidad por debajo del ombligo pudo ser registrada por los fisgones mejor acreditados.

Mis yernos, puedo certificarlo, fueron siempre ajenos, epidemiológicamente hablando, al riesgo de sufrir el antipático mal conocido como *cojonera*, sencillamente porque mis hijas, en sus papeles de novias advertidas, los recibían con una mano de baraja para invitarlos a jugar cargalaburra y robamontón y remataban la visita embebidas en aquel alborozado juego llamado la vaca. Mis yernos cabeceaban, por supuesto, pero sus prometidas les jalaban la rienda agarrándola cerquita del bozal. Mis hijas, asiduas lectoras de la Biblia, habían recogido de allí la sentencia que asegura que “si fuéramos ciegos y no nos dejáramos manosear, no seríamos pecadores”.

La *cojonera* (en académico, orquitis erótica) es un temible morbo ya desaparecido gracias a la intermediación profiláctica de constituciones participativas y protagónicas que suprimieron, mediante ley habilitante, las visitas protocolares de

novios y, a través de cooperativas, llenaron todos los latifundios de moteles de precios solidarios.

A la desaparición de la orquitis erótica (el otro nombre es de germanía) contribuyó también la seductora desfachatez de la Cortesana Internacional Defensora de los Derechos Mundanos, consagrados en el último Congreso del Descoco del Carnaval de Río de Janeiro.

Tampoco dejaron de percibir mis reverentes paisanos, para darme el trato de don, que entre los treinta y seis nietos, un cuarto de gruesa, que me dio la Providencia y los pródigos úteros de mis hijas no había un solo malandro. Basta con decirles que el menos bregador de ellos tiene una plantación de batatas en el rango de lo que hoy llámase agroindustria, con lo que le quitó a este vilipendiado tubérculo sus humillantes nexos con la pobreza crítica, la flatulencia y la desolación. Ya nadie dice por los alrededores, en rastrojo viejo siempre hay batatas, sino en las ubérrimas eras o en los feraces labrantíos del nieto de don Juan las batatas sueltan, petulantes, sus encarnadas flores de campanillas, como si fuesen orquídeas. Pero, qué batata regada con aspersión de fina lluvia y fertilizada con nitratos no se pone altanera. Más aún si con la pulpa se hacen las mejores conservas que son la delicia de la mitad de la patria. La otra mitad se embarcará cuando termine la espera de un barco procedente de Filipinas, cargado

de cocos y arranque la confección de manjar de patente trasnacional, sublime mezcla de batata con coco.

De los otros nietos no les hablo para que no me envidien ni me pidan colaboración para tantas fundaciones como esa que ampara a los que sufren de juanete o esa otra que afilia a los que tienen seis años tratando de renovar la cédula.

Así como conté que mis hijas, como novias, no eran zumbadas, debo advertir que de ellas ningún hombre se ha divorciado porque son unas mozas que después de civiliadas no reculan ni dicen que les duele la cabeza cuando las convidan a un operativo, y cada vez que salen de uno de ellos, mejoran eso que la administración moderna conoce como “posicionamiento”. Bueno, raza tienen. La madre no era una buscapleitos, pero a la hora de una confrontación institucional, se batía como una polemista sin tachas. De modo que los maridos de mis hijas tienen un rebusque per cápita anual, progresivamente descendente, aunque ellos comentan entre amigos para dárselas de abnegados, que es por miedo al sida y a la baja calidad de los condones.

Mi apellido de acta era Freites, pero mi papá, que empezó a beber un roncito de la vil jerarquía patentada como *lavagallos* o *balarrasa* con el pretexto de celebrar el nacimiento de su

único hijo varón, que fui yo, desarrolló un hipo tan verraco y amostazante que nunca le permitió, cuando se presentaba, generalmente a un nuevo conmlitón en la faena de bajarse una botella de matarratas, redondear expresivamente su apellido. Cuando iba por el Frei, el hipo se le atravesaba como una pepa de guama en el gañote y le malograba el remate. Papá veía, afligido por supuesto, que la gente se quedaba como esperando por algo y él, desempeñando el pasapán, para romper la expectativa, y abriendo penosamente los brazos, declaraba: “¡He dicho!”, como quien liquida un largo discurso.

No es extraño, por lo mismo, que una que otra persona, ignorante de la existencia del incidental frenazo prosódico, atestiguará que mi papá se llamaba realmente Juan Frei Hip, lo cual pudo crearle la fantástica estampa de pertenecer a una genealogía aniquilada por un naufragio, con un solo sobreviviente, que sería mi padre. Así me lo confesó una distraída censante a quien le tocó Burro Bizco. La abstraída empadronadora se forjó ese juicio, cuestión que también me desabrochó, porque luego de hurgar minuciosamente en la guía telefónica, no encontró un solo suscriptor con el apellido Hip.

A mí me gustó el Frei porque un apellido tronchado funciona igual a un revólver recortado, da el mismo rendimiento y pesa menos.

Mi mamá combatió, como devota esposa, la merma que sobre la salud del estómago y sobre la operatividad erótica de su marido infligía el diabólico matarratas. Recurría obstinadamente al agua de llantén para lo uno y al caldo de bagre gallineto para lo otro, fluidos con entronizada reputación en sus respectivos señoríos, con resultados, no digamos que desalentadores, porque si era histórico que mi papá estaba amarrado como un botalón a ese bebistrajó infernal, no es menos exacto que mi progenitora lo estaba más aún al imbatible prestigio de aquella legendaria yerba y a los redondos (o, mejor, paralelepípedos) éxitos que se imputaban al consomé del bagre de la laguna de Unare, por eso los vecinos, militantes también de la misma ideología, aseguraban que las malas resultas se apoyaban en la desproporción entre el remedio y la plaga.

Los convivientes se daban perfecta cuenta de que mamá empleaba dos botellas de agua de llantén semanales en la programación curativa y mi papá, en el mismo trecho, se empipaba medio garrafón de ponzoñoso licor, lo que mi padrino Santos Orocuá, aficionado al estudio de la supervivencia de las especies silvestres, describía como pelea de zamuro contra burro muerto y no, de acuerdo con el parecer de mi padrino, por el desvalimiento combativo más o menos ostensible que tiene cualquier jumento extinto o *in extremis*, sino porque el burro, en la peor de sus hambres cuando se le ve comiendo papel de

periódico en los extrarradios de las urbes, jamás se comería un zamuro muerto, cuestión que debe ponerse de relieve en la exaltación de su condición de *gourmet* que nunca pasará el Rubicón de embaularse una ración de periódicos de ayer, es decir, del único plato fiambre al que es afecto, porque el asno podrá ser iletrado y cargar con el ignominioso lastre de poseer apéndices corporales de impúdica y grosera magnitud, pero, eso sí, carroña no come, ni siquiera la aristocrática cebada si le huele a la paja podrida.

Dudo que encuentre una oportunidad mejor que esta para informar que hay una casta de zamuros que se empieza a comer al rucio cuando el borrico todavía no ha exhalado su último hálito, y mi opinión es que esos zamuros no son propiamente impacientes ni están asediados por un hambre calagurritana, sino que les gusta el burro medio muerto, es decir, a medio cocer. Del mismo modo en que existen prójimos nuestros que piden el bistec vuelta y vuelta, hay zamuros que prefieren el burro vuelta y vuelta.

Conocer a un zamuro al que le agrada particularmente engullirse a un burro vivo, a pedazos, por supuesto, no tiene nada de raro, aunque sí bastante de rudo. Yo tiemblo al escribir esto porque creo en la reencarnación, pero al mismo tiempo encuentro algún género de alivio al pensar que en un cercano

porvenir habrá una legislación que asegure al burro una digna inhumación y garantice, además, que mientras llega su último momento, las alcaldías pongan en práctica un operativo para espantar a esos zamuros cuyo macabro apetito se oriente hacia el burro a la *in extremis*.

Mi mamá, que tenía la discreción de un diplomático chino de la época de Confucio, jamás habló públicamente, ni siquiera en el seno del primer anillo de protección del secreto familiar, sobre el *slump* venéreo de papá, lo que ahora llaman los colombosexólogos despalomamiento autoaversivo, visto que no mejora con la sopa de pichón de paloma, reconstituyente que va parejo con el zaperoco del maíz cariaco en la rehabilitación de valeturidarios, postrados y excluidos del erario.

Yo me enteré por las compras nerviosas de bagre gallineto y por las ávidas y temblorosas lecturas de la revista *Lux*, donde se jorungan todos los rincones del sexo, que venía haciendo papá desde un lustro atrás. No sé si la temblolectura o el lectotemblor se empalmaba con una vieja fobia escolar, con un acaloro pornográfico o con las neurotoxinas que llegaban vía alambique.

Con toda la anterior disertación explicaba mi padrino el negro porvenir que aguardaba al ya corrompido buche de mi padre. ¡Uf! En este momento un escalofrío me recorre el espinazo

porque acabo de imaginar la cifra grande de antepasados míos que andarán por allí rebuznando, flacos y famélicos, ya visteados por los zamuros, y uno por aquí, indolente, sin sentir el llamado de la sangre.

Acompañenme, lector misericordioso, a fundar una oenegé que clame por una sepultura oportuna para los burros. Se lo agradecerán los ancestros suyos que recibieron algún cruel picotazo cuando sus almas se hospedaban en el borrico, horas o minutos antes de la metempsicosis (cambio de posada cuando la anterior ya empieza a filtrarse con aguas negras).

Resuelta satisfactoriamente la culpa por los antepasados desatendidos (por lo menos en el rubro de los burros), conviene declarar aquí que si alguna sombra mancilló el honor y la felicidad de la familia fue ese fanatismo oral, como lo identificó Freud, sí, leyeron bien, el médico vienés a quien consultamos por espiritismo, que sojuzgó la desvanecida voluntad y el arruinado juicio de mi papá.

“Tú no aspiras otra cosa que beber”, díjole una vez mamá y él le contestó en grotesco extravío: “No, también deseo que mi hijo empreñe la burra corneta de José Inés, la que arañó el león. Saldría un pollino como para monta de don Pedrito, el que nos compra las totumas”.

La quiebra moral de un jefe de familia es, según los pronósticos de cualquier revista orientadora, aunque sea hípica, una mancha así como de ciruela joba o de tapara, es decir, una mancha conjurada contra la filautía de la estirpe. Bueno, pero nosotros los Frei sufrimos otra mancha, una hermana no llegó a conseguir marido porque desde que le comenzaron a crecer los pechos, cuando iban un poco sobre el tamaño de una mandarina o mejor, de un melocotón, el recuerdo me mueve a la voluptuosidad, le salió un lamparón blanco que se le desparramó entre la hoya y la quijada, y que la ignorancia aldeana antepasteuriana de sus contemporáneos diagnosticó como carare y que hoy, gracias a la informática vertida a granel por el Almanaque Mundial, se le nombra y manosea sin ningún escrúpulo, vitiligo, tan inofensivo como un corrimiento y sin ningún chance de traspaso como la dentera y los buenos modales.

Los palurdos pretendientes de la época pelaron, por cagones y melindrosos, aquel manjar de mujer porque mi hermana estaba más buenota que un kilo de talonarios de cesta tickets, un expendio de comida rápida a la vuelta de la esquina y un hambre de guerrillero.

A mi hermana le tocó, por bancarrota del ojo clínico y desciertos en la evaluación de la carne en pie, la misma suerte de la mamá de Antonio Leocadio Guzmán a quien llamaron “la

Tiñosa” porque, eso pasó, fue víctima de idéntica calamidad. No obstante, la abuela del creador de nuestro capitolio, que seguramente mostraba las mismas morbideces de mi hermana, tropezose con un hombre cojonudo que no les paró bolas a cuatro manchitas pendejas.

En descargo, en todo caso, de una presumible temeridad del abuelo del Ilustre Americano, yo debo hacer público el conocimiento que tuve de un individuo que pasó varios años amancebado con una perra dálmata, sin que esa bienaventurada relación se viese apagada por la más pequeña grima tegumentaria.

Mi veteada hermana dejó el haz de este mundo llevándose al más allá su soledad y su virginidad. ¿Quién dice que de haberla perdido (la virginidad, no la soledad, porque se ve mucha gente sola sin rastros de doncellez) no tendríamos hoy en nuestro suelo un monumental coliseo, un remedo del Partenón o una réplica del Faro de Alejandría, y yo, un ilustre sobrino de quién vanagloriarme?

Como ya pueden haberse ilustrado, razonables lectores, yo poseo suficientes títulos como para sentirme henchido de felicidad, como se autodescribía un amigo mío que terminó muriendo de hidropesía. Persígnome.

Me siento efectivamente inundado de títulos laudatorios, aunque el único que puedo mostrar, palpable y visible, es el de chofer de quinto grado, apto para echar (a andar) cualquier carro y el cual poseo desde la época en que junto a Luis Miquilena nos batíamos, con las ideas de Marx alborotándonos los sesos, en sendos autobuses.

Una casa de dos plantas

Yo viví, hasta que me salió el bozo, no, un poco más allá, hasta que me salió un muerto de cuyos pormenores les hablaré luego, si el corazón y la memoria me lo aprueban. Viví, dije, en una casa con dos únicas comodidades, las cuales consistían en, primero, que tenía una gerente como formada en un foro internacional sobre recursos humanos, es decir, si ingresaban tres batatas para el desayuno, ya para el mediodía había cuatro en la cesta básica, que fue la despensa y era llamada así, piadosamente, por mamá, porque el canasto estaba forrado por dentro con un grueso cartón donde se veía la estampa de la basílica del Sagrado Corazón de París. Mamá profesaba la cábala, destello de gerente estelar, de que el privilegiado forro mantendría la cesta rebosante.

No sé por dónde me vino la asociación, pero lo cierto es que a partir del momento en que presencié el primer juego de básquet, me saltó la sospecha de que la idea de “cesta básica” es un plagio del concepto de “cesta basílica”.

El otro confort que me regalaba la casa familiar lo representó el no tener cercado, ni siquiera de pitahaya, lo cual me creaba la deliciosa sensación de que yo residía en el centro del mundo, al norte Groenlandia, al este el mar Mediterráneo, al oeste Japón y al sur el estrecho de Magallanes, por eso mi primera expectativa angustiada fue saber quién iría a cobrarnos el derecho de frente, aunque alrededor de esto me inquietaba otra preocupación. La casa estaba provista de cuatro puertas hacia la calle, o mejor, hacia la intemperie, porque calles no había, pero tres de esas entradas solo existían en un plan indefinidamente aplazado de mamá, de modo que, en realidad, contábamos con un solo boquete, eso sí, irrefutablemente rectangular, a cada esquina le salían, sin mermas ni sobras, noventa grados justos, cabales, escrupulosos y ese vano cuadrilongo era clausurado, a partir de las siete de la noche, con una mesa de corazón de acapuro que mamá le recostaba a guisa de puerta, seguridad que para la época era poco menos que blindada y que podía ser certificada por el Pentágono, tan era así que solo una vaca insolentada por el hambre se le acercó, a golpe de las dos de la madrugada, a lamerle unas empañetaduras de mazamorra de mango verde, lo cual, las perentorias lamidas, alarmó a la familia.

El *affaire* que acabamos de historiar, un herbívoro fajándose con una golosina, pudo haber sido esgrimido por Darwin

como demostración patética de la evolución de las especies, es decir, el salto grande de un plato a otro manjar, de la paja al descampado a la chuchería en mesa.

No sé si Darwin lo dijo, pero si esta materia se le escapó al gran naturista, nosotros no la vamos a pelar: el gran motor de la evolución de las especies y de los especímenes, por lo visto, es el hambre, por eso es que la mayoría de los más egregios estadistas no la calman de un todo. Ellos saben que después de la hartazón lo que viene es una siesta o un duermevela que paraliza al universo, luego de un empipamiento opíparo, hasta el orador más compulsivo y rendidor pierde el habla.

Por tanto, la comodidad más regia de mi casa era la permanencia invariable de una cesta basílica atestada de batatas. Debido a ello la evolución de la especie que habitaba en mi casa no se hizo notar mucho.

Las comodidades de las que nosotros hacíamos derroche no las tiene hoy ni un hijo de las hadas, ni los hijos de Ada Calcurián, la enfermera, que además de batatas, se beben todos los exquisitos jarabes de vitamina que llegan al dispensario, sobre todo uno que llaman Lamedor que, por cierto, no le gusta a mamá porque y que alborota las lombrices. Tampoco, sospechoso yo, llegan a tanto regocijo los sobrinos del papa,

quienes aprovechan, según documentación procedente de la ONU (Organización de Nepotes Unidos) todas las propinas que recibe el Santo Tío a quien, casualmente, prensa el diablo valiéndose, precisamente, de sus sobrinos, porque ya es una convicción universal, aceptada hasta por la Real Academia de la Lengua, que “a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos”, y en la ejecución de esta maldad Lucifer comenzó por el papa, llenándolo de trepadores sobrinos a quien alguien, aliado de Satanás, por supuesto, llamó nepotes, solamente para hacer caer al papa en el pecado de nepotismo, es decir, escandalizando, *urbi et orbi*, por unos cuantos cambures, vulgo canonjía, prebenda o sinecura que el santo padre repartió entre igual número de sobrinos en la nómina del Vaticano, extraño pecado, por cierto, porque todos, *urbi et orbi*, están de acuerdo en que quien no ayuda a la familia se lo lleva el diablo. Por otra parte, cómo hace un magnánimo pontífice para zafarse de una trulla de simpáticos sobrinos desempleados, de una caterva de nepotes que están pelando, para negarse a arrimarles la canoa, sabiendo la humanidad, al mismo tiempo, que no hay sobrinos más persuasivos y graciosos que los que están bregando a un tío soltero y con excelente experiencia bancaria.

En vista del contenido del párrafo anterior, es decir, después que alcancé el conocimiento de tanta maravilla, mi deseo mayor no fue nunca conseguir, por ejemplo, ser pinche de cocina

en cuyo recinto el hambre es un invento de la FAO, sino que cuando fuera a la escuela me tocara un pupitre contiguo al de un nepote.

Hay otro estelar suceso vinculado eminentemente con mi ilimitada morada, pero que no encaja con bienestar, placer o con un buen pasar, sino más bien con lo que se conoce como parque industrial y es que mi primoroso aposento tenía dos plantas. A la entrada, una planta de tapara y hacia el fondo, una planta de cují negro, sembradas ambas siguiendo las más sabias recetas de la Reforma Agraria y del programa de escudos antimisiles con el que la patria disuadía a cualquier agresor foráneo.

Con los frutos de la tapara dotábamos a la comunidad de una vajilla liviana y de multiuso, porque una totuma de caldo de gallina pataruca y una totuma de carato de guanábana o de zaperocho de maíz cariaco se podían servir en el mismo recipiente y la diferencia entre peso bruto y peso neto, por la ingrátida textura del continente, no pasaba de ser una zarandaja. Pero lo más patriótico y filantrópico, además de esta industria casera (¿microempresa cooperativista endofamiliar?) fue que no era contaminante del ambiente, si excluimos, por supuesto, las camazadas de sudor que derramaba el personal operario, que estaba formado exclusivamente por los Frei Duras (mi mamá se

jactaba de ser una perdida descendiente de la novelista francesa Marguerite Duras) raspándoles la tripa a las taparas, sudor que bajaba a las aguas de una quebradita contigua a la casa y le confería al preciado líquido, como llamamos al agua los retóricos, un olor así como a resuello de perra ruina, tanto, que algunos vecinos intrigantes, envidiosos de nuestra ollería ultraligera, comentaban en todo lugar público, pulperías, patios de bolas, galleras y hasta en el Poliedro, que estaban cocinando sus caraotas con el sudor de los Frei.

Esas habladurías no nos cortaban la producción de sudor porque papá, que como ustedes saben, era un hombre bebido pero también leído, nos había enseñado que Churchill, tan cañero como él, fue gran benefactor de su patria y que en una ocasión la sacó de una crisis recomendando tres cosas: tapara, raspadura y sudor, tríptico verbal que fue transvasado por sus albaceas literarios en sangre, sudor y lágrimas para desmancharle el premio Nobel.

En todo caso, el sudor que rodaba hasta la quebrada era el sudor de la frente, siempre alabado y enaltecido, nunca el de la verija porque contra este teníamos un atajador, siguiendo expresas normas internacionales de higiene contra el agujereamiento de la capa de ozono y contra el recalentamiento global de la gente cuando pierde su equipo de fútbol.

Si algunos embromados existían, olfatoriamente hablando, con el manoseo y descuaje de la tripa de la tapara éramos los Frei, que no podíamos despegarnos un olor a tigre por más que nos fregáramos con jabón de parapara y ceniza, que es el más acerbo de cuantos compiten en la plaza y con el cual se arranca hasta la mancha que nos dejaba el no desfilar públicamente durante la Semana de la Patria, bajo el bastón de mi general Pérez Jiménez.

La vajilla en que nos servía mamá el frijol con auyama, la sopa de rabo de iguana y la mazamorra de maya con yogur tenía el mismo origen fabril, por supuesto.

Mi papá, en sus delirios etílicos, regaba por el caserío que nuestra vajilla era de Sèvres, tal vez, aunque no puedo afirmarlo, porque mamá la conformaba con las sobras de las taparas que le quedaban después de las ventas como ofertas especiales, es decir, con las piezas que mostraban averías inocultables.

Las lecturas que mi papá había acumulado antes de entregarse a la embriaguez de turno perpetuo llegaron hasta el palacio de Blemheim, Oxford, cuna de sir Winston Churchill, es decir, no rebasaron el Canal de la Mancha, de modo que de Francia papá solo conocía el limón francés, el puré, el coñac y el bidet, lo de la loza de Sèvres debió oírsele, sospe-

cho yo, a un musió pelirrojo que iba por allá a comprar cueros de cunaguaros para hacer furrucos cuyo destino eran los monjes budistas de la mesa tibetana, entre los que se había desatado un gran fervor por la conformación de conjuntos de gaita.

A mí nunca me gustó la falsificación ni la impostura y como veía entre Sèvres y sobras una distancia como de Guaribe Tenepe a Waterloo, cuando la gente indagaba sobre nuestro negocio, yo procedía francamente y les mostraba el registro comercial donde se leía, en letras góticas, Fábrica de Cucharas, Totumas y Camazas El Danubio.

Nuestra pujante compañía (pujábamos en coro cuando descuajábamos la tripa de la tapara) ha podido llamarse, patrióticamente El Unare. Lo de Danubio se explica porque mis hermanas celebraron todas sus quince años bailando el *Danubio azul*, bueno, a la última le cupo otra suerte. Como a la vitrola se le trancó la cuerda al caerle encima una palangana de mondongo, se contrató un conjuntico de cañoneros que le tocó *El totumo de Guarenas*, que era lo más parecido a un vals entre lo que tenía como repertorio la banda de rascatripas. De ese modo pagamos la deuda que nos ataba al Danubio, como se pagaban semanalmente las deudas por las morcillas que nos acreditaba Bonifacia Cáramo, no, por supuesto con homenajes

nominales sino cuatrona sobre cuatrona. Dos cuatronas, cuatro bolívares, nos quitaba Bonifacia por los tres kilos de morcilla que consumía nuestra familia cada cuarto de mes, hierro, pues, no le faltaba a los Frei.

Gracias a Dios que la muchacha era tan conforme o resignada que hasta llegó a creer que Guarenas era un nombre secreto de Viena y que lo de totumo era una galante indirecta al exitoso oficio de la familia, lo que significó, como lo insinuó Churchill, de acuerdo con el desvarío de papá en sus *Memorias*, que “nunca tantos pegones facilitaron tanto bonche con tan pocos billetes”.

Papá consideraba a Churchill más grande que Pericles y estuvo leyendo su biografía toda la vida, hasta que empeñó el libro para aprovisionarse de “picante” y no logró rescatarlo porque un ejército de ratones invadió a Burro Bizco, aprovechando el exterminio de los gatos promovido por las fumigaciones de DDT, y en una noche dieron cuenta del volumen desmenuzándolo hasta hacerlo papelillo de carnaval. No obstante, su extrema vinculación emocional con la existencia de sir Winston, como él lo llamaba, lo incitó a guardar los diminutos fragmentos de papel en un frasco como si fuesen cenizas de un cadáver cremado.

El extraño entronque del cumpleaños de mi hermana con las *Memorias* de Churchill fue, pues, una interpretación delirante de algún párrafo del citado texto que se le quedó engarzado a papá en el cuerno de Ammón o en el espolón de Morand o en cualquier otra vaina aguzada del cerebro. Yo copio la extravagancia para destacar las inconcebibles falsificaciones de la historia que puede causar el alcohol cuando chorrea por las circunvoluciones cerebrales y se arremansa en la acequia del juicio. ¡Y mire que hay historiadores que chupan recostados de los anales!

La otra planta que sombreaba el solar de la casa, el cují negro, alias cují hediondo por su ostensible tufo a corrupción en el manejo de los socorros a damnificados, proporcionaba a mamá una cierta renta que ella distinguía como “partida secreta” porque estaba destinada a dotar de pantaletas a mis hermanas, operación que causaba frecuentes apuros presupuestarios ya que esa invisible ropa o ropa de fuero interno, como la señaló alguna vez Quintiliano exagerando la retórica, según terca doctrina impuesta por la jefe de familia, debía usarse como las piezas del motor de los aviones, de acuerdo con una cifra fija de horas de uso. No se esperaba, pues, que se les estiraran las ligas, se desflecaran las mangas o se desgarraran como banderas de ejército en derrota, como lo venían mandando todas las teorías económicas en boga, protoliberales de alcurnia y neoliberales salvajes.

Una contabilidad rudimentaria, sin el apoyo de la informática, hacía poco confiable el cómputo final y una que otra vez me fue obsequiada una pantaleta, con magnífico semblante y vitalidad, para que la transformara en cola de papagayo.

El cují negro o cují hediondo, nombre, el último, pronunciado habitualmente sin ninguna consideración o agradecimiento, se expendía como infusión de sus conchas y era empleada, en buches, para aplacar los más feroces y sádicos dolores de muela.

Mamá se cuidaba escrupulosamente de decir cují negro hediondo, temerosa de que la implicaran en alguna conjura antirracista. Corría el tiempo en el que aquella negra norteamericana se ganó el Cy Young de la simpatía universal por negarse a dar el asiento a un catire, catirito, que cogió un autobús repleto. Nada más remoto, porque mi papá era como un pizarrón, negro como una noche en el dolor transverberante de un corrimiento, y cuando ella, mamá, lo acariciaba, íbale cantando, con la ternura de la vaca que lame al becerro: “No te enfurezcas, mi negro / porque te digan zamuro / que los blancos siempre tienen / pelos negros en el culo”.

Mi mamá no era obscena, pero para salvar una ingeniosa rima era capaz de incurrir en cualquier insolencia.

Aunque la eficacia del cují hediondo contra el mal de las muelas dragadas ha sido celebrada en libros tan afamados como *Las gracias de lo pestífero*, *La curación por la fetidez*, *La gloria oculta de la hediondez* y en otra literatura nauseabunda, hoy nadie da medio por una botella de Aguas Cujicientas, nominación comercial del patentado porque, por ejemplo, con esas odontólogas bellas y perfumadas que le acercan su cara al paciente como si lo fuesen a besar, ¿qué hombre se va a pegar a un buche de lo que huele a inmundicia apeñuscada?

Palurdo, pero bien aconsejado

Inmundicia es, también, criarse bruto como una iguana. Y ser bobalías o cabeza ò ñame es tener los estantes de las ideas vacíos. Y la vacuidad del cuello hacia arriba se parece, en cuanto al despabilamiento, a la desoladora imagen que dan los deshabitados anaqueles de los supermercados, sobre todo aquellos donde va el atún, cuando el venezolano presagia (y se la pasa en eso) que habrá golpe de Estado. Tanto es así la relación atún-subelevación, que los observadores comiciales internacionales miden el miedo patrio a las asonadas valiéndose, en lugar del *exit poll*, en castizo, ventaneo, del contaje de las latas de atún que exhiben las anaquelerías de los abastos una semana antes de las elecciones. Afortunadamente (para los compradores desbarajustados), cuando fallan los pálpitos sobre alzamientos, los inventarios familiares de atún van a satisfacer, holgadamente, las demandas sucesivas planteadas por el Carnaval y la Semana Santa que van inmediatamente después del aprovisionamiento perentorio y sustoactivado.

De modo que el atún nos sirve a los venezolanos para aminorar o arrostrar el chorreamiento golpodesatado y para apuntalar los halagos de la holganza y de las vacaciones. Justo es, por lo mismo, que le busquemos pareja al *Alma llanera*, emblema del linaje nacional, sacando al aire un *Himno al atún enlatado* con ritmo de seis perreo.

Como yo presumo que no pasará mucho tiempo para que alguna oenegé saque a concurso el forjamiento del citado cántico, me adelanto a proponer dos estrofas para la letra:

*Cuando el susto es por la guerra
vamos todos por atún
luego el tiro ya no aterra,
ya no azara el pum... pum... pum.*

*En bonches, rumbas, veladas
las ganas pone el atún,
embaulado en ensalada
cae toda hambre, cataplún.*

Póngale usted, lector coplero, dos estrofas más y añádale un estribillo, coro o ritornelo al estilo de:

*Ningún golpista, ningún,
nos asusta si hay atún.*

y tendrá un himno al atún enlatado corto y redondo, recuerde el consejo de Baltasar Gracián: “todo himno al atún bueno, si breve, dos veces bueno”.

Variando, abruptamente, de tema, inmundicia es, igualmente, no tener letrina, que es no ofrecerle asiento oportuno a la lectura, cuyas ideas, alertas y ofertas de equipamiento para combatir, en algún grado, el bajo posicionamiento bancario, van a rellenar los vacíos que segundos antes ocupaba la caca recién vertida. Se ve, pues, como quedó demostrado, que el saber desplaza a la zulla de lo cual se desprende que antes de adquirir un costoso equipo de sonido hay que posesionarse de una cómoda poceta para repasar, ventajosamente, al Quijote, a la Biblia y a los avisos clasificados de los diarios donde, si no brilla la cultura, puede salir la oferta de una vieja bacinilla, insuperable, a falta del mullido solio de porcelana, para mantener una grata balanza de pagos entre el conocimiento y el despojo de desperdicios.

Yo no fui a la escuela porque me faltó caudal para uniforme y merienda, pero tuve un maestro, mi padrino Santos Orocuá, que además de enseñarme a deletrear y a decorar, me amoló

para todo lance de la vida dura y también de la vidorra, alumbrándome caminos, trochas y travesías.

Me dijo que hay un conocimiento de arranque: el que se avisa pa llegar fácil a donde están los quinchonchos. Toma en cuenta Juan me dijo, que cuando Dios creó al hombre hacía rato que había creado las legumbres, los peces y los reptiles, de modo que cuando Adán dio sus primeros pasos y lo zarandó el apetito, encontró una mesa servida con sancocho de jurel, sopa de quinchoncho con topocho verde y un pisillo de rabo de baba. Lo que quiero decirle, Juan, añadió, es que la comida está por ahí, búsquela con honradez y péguese al corte.

También me ilustró mi sabio padrino en torno a que al que se levanta después de las seis de la mañana le cae pava, y en ese mismo momento me advirtió que quien es mudo o cazurro no dice disparates.

De esta conversación con mi padrino saqué yo un tríptico de proverbios: no agüevonearse, levantarse con el sol y no gastar palabras. Este es el *kit*, deduje yo, es la Santísima Trinidad para alcanzar la prosperidad y el bienestar.

Me explicó, además, que la vida es un inacabable forcejeo entre los que buscan las gradas de arriba y los que ya están en

ellas, pero que hay gran número de prójimos que, por diversas motivaciones, entre las cuales descuella la pereza, no tienen ningún interés de encaramarse y eso no es ni malo, porque mengua la legión de los que pugnan por encopetarse, cuestión que festejan las poco leídas lecciones de Moral y Cívica y todas las nobles y soñadoras oenegé que propugnan la paz, el juego del futbolito entre facciones políticas hostiles y la distribución equitativa del ñame y de la auyama, que es lo más conspicuo del llamado producto territorial bruto, etiquetado así porque a todo aquel que le cuesta entender la filosofía de Kant o la de Hegel se le distingue como cabeza de ñame o como cabeza de auyama. La locución “cabeza de güevo” no hace referencia alguna al intelecto del imputado y sirve, exclusivamente, para describir al individuo cuya frente se desplaza hasta el occipucio y sus cachetes se abomban a tal grado que ocultan las orejas.

Mi padrino me metió en la cabeza, además, cosas de adorno: de Gramática, que uno cuando se aporrea la espinilla, suelta una interjección, ¡Coño!, pero que coño es, así mismo, un sustantivo común pero más sustantivo que cualquier otro y que tiene mucho que ver con las conjunciones copulativas porque en esa área (la del coño sustantivo) se da la cópula entre sujeto y sujeto, bien distinta a la que se da entre sujeto y predicado. En Matemáticas me instruyó en que más por menos es una hipocresía de los automercados.

En Historia Patria me mostró que Guaicaipuro fue el más agallado de nuestros caciques, que si hubiera nacido en Grecia sería un Titán, como Hiperión, padre del sol, de la luna y de la aurora. Guaicaipuro mitológico sería, en nuestro suelo, el padre del Guri, que da tantos kilovatios como la luna, la aurora y el sol juntos.

Mi padrino, que era un ideologizado guaicaipurista, me aseguró que el ruin Sancho del Villar, su victimario, tuvo que agarrarlo dormido y con gripe para poderlo despachar, que de no haber mediado esa mamandurria que aprovechó el vil Sancho, nuestro bravo indio hubiera llegado a alcalde metropolitano y Caracas tendría hoy un flechado del carajo.

Por instigación de mi padrino yo llegué a sentir un encono salvaje contra todos los paisanos del aborrecible Sancho, pero después de empatairme por casi un lustro con una española de Málaga, se diluyó todo aquel concentrado enconamiento llevándome, el desleimiento, a revisar la conducta de Guaicaipuro para planteármelo más como un indio temerario que como un valiente. Por ese camino, si no rompo con la fascinante malagueña, caigo seguramente en el envilecimiento de recoger firmas para darle al desalmado Sancho del Villar la presidencia honoraria del Consejo Comunal de San José de los Altos, donde cayó, vuelto un torrente furioso de patriotis-

mo, el abuelo Guaicaipuro. Así procedemos los seres humanos después de la expulsión del Paraíso, el más pálido encuermiento eclipsa y abate el deslumbrante esplendor de la más noble y elevada emoción. Todavía, desde la prehistoria, el instinto sobrepuja el sentimiento. La diferencia entre el hombre paleolítico y el hombre informático nunca llegará a ser tan acusada como la que existe entre el dólar oficial y el del mercado negro.

Santos Orocuá, padrino y tutor, me aleccionó, en Geografía, que Venezuela se llama así porque un tal Alonso de Ojeda, a quien debíamos apodar “el Postinero”, por lo desdeñoso, consideró que nuestra tierra era una vainita, un jeme y medio de charca, que no daba ni para una alberca para criar galápagos y nos puso, en el desprecio del conquistador por delante, el sobrenombre de Venezuela, como quien dice aldehuela o lugarejo.

En Botánica me informó que el mamón es un vegetal y no un mamífero porfiado, pero que tomara especial cuidado en no confundir al hombre viejo, alias “vejetal”, circunstancialmente mamón, con el afamado fruto con el cual se confecciona la más humilde pero, por lo mismo, ínclita golosina nominada dulce de mamón.

Por último, me hizo una gran alerta: no se arrochele ni apechugue con mujer que no se haya inmunizado con la triple ese, es decir, contra sarna, sabañón y sida. Debo reconocer que mi padrino no estaba bien versado en asuntos de la salud, porque no me mencionó la gripe aviar ni el uso desmedrado de las tarjetas de crédito, temibles pandemias, que pueden transmitir también las mujeres.

Con este equipaje, con este repertorio de cultura, mañas, simpatías y *travellers* cheques siempre me he movido como un peso mosca y he pegado como mandarria de cauchero.

De vez en cuando se me va un fusible o le pongo la mano a un cable pelado, averías que no me sacan de la circulación porque siempre salgo a la calle con una carta de buena conducta, que es un bojote enligadito de esos billetes verde gloria que traen una fotografía sin retoque del viejo Simón Rodríguez, quien escribió una esquelita a un amigo demandando un préstamo en numerario argumentando que estaba más limpio que puta en cuaresma y, vea usted lo que es la vida, hoy es imagen de un billete grande.

Queda claro que la mejor manera de espantarse el miedo es llenando la cartera con un álbum de fotografías del maestro Rodríguez porque una ley de seguridad social cuyos artículos

vengan escoltados con varias de esas rectangulares ediciones del Banco Central ponen guapo y rezongón al más cagueta, no importa la doctrina que traigan los textos del articulado, aunque no está de más que uno embale esos argumentos, pagaderos al portador, con música en las palabras, garbo en los gestos y hechizo en las ideas.

Santos Orocuá no era, obviamente, un fray Luis de León, pero tenía *swing* de cuarto bate.

Los buenos consejos se guisaron con metáforas

Creyendo en la pertinencia de las añadiduras espirituales a los hechos groseros de la compra-venta, dinero mediante, yo casi concluí un curso de retórica.

Justo es que les explique cómo llegué a tan inusual ocupación, si se cae en cuenta que tomé esas lecciones en un caserío, mi pueblo, donde nos entendíamos, como si fuésemos iluminados, con el manejo de un repertorio lingüístico que no pasaba de diez vocablos entre los cuales asumían el comando güevonada, vaina, bicho, perol y joder, las otras cinco voces se reservaban para los telegramas de pésame, las esquelas de amor y para los correos electrónicos.

Ocurrió un suceso que debe ser investigado hasta sus últimas consecuencias o hasta donde alcancen los viáticos asignados a los investigadores, para la cabal inteligencia de lo que cuento. Yo era un desgraciado (o chambón) en la defensa personal, en

esa defensa donde el armamento era el gancho, el *uppercut* y el *jab* y uno que otro cabezazo o mordisco. Cada vez que me fajaba con alguien, ranqueado o no, recibía endiabladas palizas; como todas terminaban mordiendo yo el polvo de la derrota, y esto no es retórica porque de tanto rodar por el suelo cogía varios buchets de tierra, los compañeros que algún cariño me tenían y que celebraban mi fiereza, pero deploraban la pobre *performance*, me acomodaron el remoquete del Kit Camilla.

De la última medida de las costillas, la cual me dejó la cara desalineada y la dentadura con menos caries (perdí seis dientes), me salvó no la campana sino el vastagazo de topocho que mi mamá le encajó al contendor, que en ese instante me tenía contra una cerca de cardón, contra el viento y contra toda posibilidad de que escapara, con la salud incólume, de aquella rebatiña de golpes bajos, bajo los ojos y bajo la nariz.

Es fácil suponer, por lo narrado, que mi verdugo, con aquel solitario pero retributivo palo maternal, salió en parihuelas, única ocasión en que veía unas tablas en eso de salir acostado de una pelea pactada a un asalto, al asalto intempestivo de una aliada providencial cuya participación sorpresiva emparejara las tarjetas, porque ese día yo también abandoné la arena espalditendido.

Por mi melancólico récord, me provocaban hasta los mochos y tullíos. Había un indiecito ñato, cabezón y tobillúo que me desafiaba hasta cuando cantábamos el *Himno al árbol*, aunque una vez su avilantez lo llevó a provocarme en pleno desarrollo del *Himno nacional*, lo cual le dará una idea, lector pancraciólogo, de lo bajo en que andaba yo en productividad ofensiva.

Las tundas y las arrastradas por el suelo, tan copiosas como incesantes, tan presentidas como devastadoras, no me habían arrinconado el brío, tampoco por ellas el riesgo país ni los bonos de la deuda pública acusaban variación alguna, referencias inequívocas que le servían a mamá para medir la significación de cualquier suceso familiar, tal vez por ello jamás se alarmó por aquellas apariencias de *ecce homo* que me conferían los infamantes descalabros pugilísticos.

Yo compensaba mi mala hoja de servicio en las riñas con la conservación del valor para insistir en la búsqueda de una victoria aunque fuera por mayoría de puntos, de puntos de sutura en la cara del rival, es decir, me sentía julepeado y revolcado pero con la valentía de un león herido. Bueno, no es valentía sino frustración de león herido donde no se puede lamer.

Me mantuve así, recostado en el chasqueamiento que me retozaba en el pecho y se me derramaba por los hipocondrios,

hasta que la empadronadora, a la cual ya presentamos, me dijo que lo mío, en eso de buscar airadamente una palma en el pancraccio no era honor ni dignidad ni decoro sino unos silvestres deseos inconscientes de que me vergajearan. Muchos años después me enteré de la raigambre psicoanalítica del dictamen de la empadronadora, aunque el ropaje (de la interpretación) no lucía muy vienés.

De aquí en adelante me pegó la duda metódica, la misma que sojuzgó al “cógito” de aquel joven francés llamado René Descartes cuando se vio en la disyuntiva de escoger entre ser filósofo y tratar con reinas o seguir con el sueldito de cabo segundo del Ejército francés y meterles el diente a puras mesoneras y afines, pero la duda mía, de mi propio puño y letra, no iba por ahí porque Burro Bizco nunca tuvo la variedad de surtido de París, Marsella o Lyon.

Mis escrúpulos de conciencia o duda cartesiana y que a mí me provoca reconocer como duda-consuelo (porque nunca se duda de lo que nos alegra) consistían en vacilar ante la desconsolidadora probabilidad de que un sentimiento tan escaso, fino y empinado como la valentía viniese con el mismo embalaje de la sinvergüenzura de andar buscando apaleos, magulladuras e hinchazones, propósito que el psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing bautizó, por primera vez, como masoquismo.

Después de la estocada de la empadronadora vivo en la penumbra de no saber si yo soy corajudo o carajudo, de no saber si tengo un gran coraje o si soy un gran carajo.

Agobiado con aquel enjambre de retos ya puestos en la crónica fue cuando encontré un aviso, en una revista *Para Ti*, sobre un curso de retórica.

Simultáneamente con la visión del anuncio me quité un pañito de limón con salmuera que tenía sobre el ojo derecho (el último de mis contrincantes era un zurdo), todavía abotagado diez días después de haber cogido aquella mano, y vi al lado del aviso una imagen de una guanábana que me pareció un guante de boxeo.

Al día siguiente me inscribí en el curso de retórica y barrí el piso de un mogote de pegapájaros, a la orilla del río, para hacer allí las prácticas.

Las luces con las que me había venido alumbrando mi padrino Santos no alcanzaron a mostrarme lo que era la cultiparancia, el preciosismo o el alambicamiento, debido a ello, a la tercera lección fue que caí en cuenta de que el curso no era para bien conducirme en riñas y pependencias, ni para responder retos ni para ejercitarme en camorras sino para lucirme en rimas y ca-

dencias, en el uso del epifonema y de la prolepsis, en el empleo de la hipérbole y la reticencia, en el manejo de la alegoría y de la perífrasis.

Mi natural me inclinaba hacia el refinanciamiento, el esmero, a la rebusca, la militancia en grescas callejeras o en cualquier impetuosidad rural, como divertirme atravesando el peligroso torrente del río crecido, fue resultado de una imitación o de la ofuscación del ánimo bondadosamente exaltado, en razón de eso pronto me interesé más por el apóstrofe que el aporreo y por el juego de palabras que por el juego de piernas, bendito cambio de estilo que le agradezco a santa Estaca, patrona de los varapaleados, pero, vea usted, no obtuve el título porque no pagué las tres últimas lecciones y los promotores del curso me respondieron en lenguaje directo y áspero, despojado de toda las perífrasis, ¡Qué inconsecuencia!, que yo era un maula insolente que no querían saber nada de mí ni siquiera en metonimia.

Preciosismo entre rebuznos

Después de haberme quitado el pelo de la dehesa, como se dice en la madre patria, o como disciernen en Burro Bizco, luego de haberme tumbado el cerote del pescuezo, es decir, cuando dejé de ser palurdo, fargallón, con olor a brusca y de hablar macheteao, me salió, como ofertas de dioses magnánimos, un influyente cargo de arriero, un verdadero empleo de campanillas, por las que lleva el burro guía y por las ventajas económicas y sociales del oficio, pedestal de todo prestigio. El cargo de arriero, como sostenían todos los que acudieron a felicitarme, constituía la única actuación lúcida y lucida del ángel de mi guarda. Hasta aquí su actividad ha sido un rimero de desbarros, lo cual me llevó a pensar que hay ángeles irresponsables o es que estaba sirviéndole a otro con menos pava que la mía. Estoy suponiendo que hay ángeles supersticiosos.

Si de ahora en adelante les converso con grandilocuencia, como un Cicerón en calidad de orador de orden en la celebración colectiva del Día de la Madre, auspiciada por la Alcaldía, no se espanten, recuerden que tengo encima fresquecito, un curso de retórica, aunque tal vez con el descuento de alguna

maldición de mis enconados profesores. Yo no creo en maldiciones pero sí en que todo deudor moroso no debe mostrarse mucho, debe andar siempre ensotado, porque nadie sabe de lo que es capaz un acreedor ofuscado.

A pesar del lustre rutilante que me confirió el curso, exhibiré seguramente resabios y lamparones de lo que fui, porque al burro, aunque le pongan silla, freno y estribo, le parpadea la gallardía, perro guatero no muere de moquillo y zueco siempre es chola, aunque tenga capellada de cuero de antílope.

Con el empaque de arriero bajo una nueva administración por parte de su ángel custodio, arranqué con un arreo de once burros, una opulenta recua, estrenando enjalmas y tapas, tripulación equivalente a lo que es hoy una caravana de tres gاندolas de seis ejes, recibidas en agencia del concesionario. Esta apoteosis, de haber tenido la BBC de Londres corresponsal en Burro Bizco, se hubiera difundido *urbi et orbi*.

El dueño del arreo era un patriarca de Valle Guanape, propietario de un trapiche, una fábrica de casabe y una trilla de café, bueno, algo así como un Sambil, pero (o además) al lado de la posesión de ese arrume de billetes, era padre de seis muchachas parranderas y jodedoras que eran un sueño en el conticinio donde el infierno es una rumba.

Ser arriero de aquel eminente cabeza de familia significaba, entre otras doradas regalías del destino, meterle el pico a una de aquella media docena de melocotones en almíbar (los melocotones eran, sin más ni más, ellas y el almíbar el numerario que les servía de embalaje) o, como dicen los asnobisojanos, media docena de racimos de quisanda. Pelé ese boche, después le cuento, si me olvido me lo recuerda.

Un boche pelado suele ser más desolador, para el operario, que un matrimonio celebrado en la estricta intimidad de la familia, para la novia.

El burro de aquel entonces tenía el valor (o producía el realce) de una franquicia para exportar ñemas de iguana a Bruselas y en cuanto a transporte suntuoso poseía la grandiosidad de Babieca, el caballo del Cid, y quien montaba un burro brioso bien aperado se pavoneaba como si fuese el Cid. Las ñemas de iguana contaban con gran prestigio y demanda porque se ignoraba todo lo concerniente al colesterol malo.

En Mono Frito, caserío aledaño al mío, había dos vecinos que asumieron la condición de chivatos por el solo hecho de que cada uno de ellos era dueño de un burro. Las expresiones “el burro de Chucha” y “el burro de Macán” menudeaban en todos los documentos sobre transacciones comerciales y ejer-

cicios financieros del lugar. La garantía de un burro bastaba para llevarse fiado medio inventario de un almacén mayorista de víveres.

Los amos de un burro ostentaban el privilegio de tener silla aparte en la iglesia y se le contaban más ahijados que al boticario del caserío.

Una vez oí que la amiga de una de mis hermanas le contaba: tengo ahorita dos pretendientes, ayúdame a escoger, uno es el telegrafista de Guaribe y el otro es el arriero que trae el correo y la metoquina para el paludismo. Mi hermana le contestó *ipso facto*: no bambolees más, zúmbate con el arriero. Yo prejuizo, para no caer en sobrevaloraciones, que la opinión de mi hermana era sesgada, comprometida, porque para ese momento ya yo era el envanecido y rozagante arriero que usted, lector, acaba de conocer.

Véase, pues, para abundar en sustanciación, que el arriero era poco menos que un heraldo de la salud y de las novedades.

De modo que si el burro es hoy un aburrido desempleado, la cola más fúnebre que trajo esa catástrofe no es que se les esté sirviendo como comida a los tigres y leones de los zoológicos ni es el fastidio interminable de alguien que no tiene nada que

hacer, sino que las muchachas solteras de hogaño perdieron una insuperable opción de enganchar a un marido, el arriero, cuya magnífica ensambladura no tenía tachas.

Es legítimo, procedente y exacto que reconozcamos, y no lo digo por lo que me toca en ese reparto, que ya no existe, infelizmente, aquel arriero gestor de ilusiones ni su socio el burro, como factótum del transporte, sobre cuyo lomo maduraron grandes fortunas, se levantaron envidiables notoriedades sociales y germinaron campantes bodas, pero lo más luctuoso de que el burro se haya venido a menos es que jamás volveremos a leer, del estro de un poeta, el lírico retrato de un pollino como este: “Platero es pequeño, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro”.

Los poetas postjumentales, escuela ferozmente reñida con el modernismo de Juan Ramón Jiménez, tuvieron que mudarse a cantarle a la gasolina sin plomo que es, en la actualidad de última hora, lo más tierno que exhiben los reemplazantes del burro. Hay que advertir que el borrico Platero era quien allegaba la leña al fogón de la familia Jiménez, y era un rocín tan lírico que no había que amarrarlo para tener la leña segura, suceso mil veces más poético que comprarle en bombona el gas a Pedvesa. Se ha podido ver que la historia del burro es la crónica del

devenir de la humanidad en los dos últimos siglos. Está claro que la desaparición del burro nos condujo, sin extravíos, a los huecos de la capa de ozono, así como la extinción del mamut propició los altos precios presentes de la carne en canal. En aquellos remotos tiempos uno beneficiaba un mamut y le quedaba falda y chocozeula para enviar como auxilio a los países asolados, por ejemplo, por la langosta.

El mundo ha podido ser percibido por la prevalencia temporal de un animal, de esta manera se pueden distinguir las sucesivas eras de los dinosaurios, del mamut, del caballo y del burro. Hoy vivimos la era del perro. Es posible que usted encuentre hoy al hombre que no tiene para comprarse la tostada más humilde, que es la de perico, pero nunca le falta para adquirir un saco de perrarina, asegurando así la logística para la manutención de unas dos docenas de perros.

No obstante el señorío actual del perro, la presencia creciente del morrocoy en los jardines citadinos y rurales pudiera estar indicando que se aproxima la era del morrocoy, gigantesco salto de la humanidad, de los mamíferos a los reptiles, baipa-seando a las aves.

El burro no alcanzó el alto sitio que ocupó por su porte de galán precisamente. El burro gana primero un concurso de

genitales exiguos que un concurso de galanura, pero fue él quien, con su humildad, paciencia y disposición heroica para el trabajo, impuso la fórmula que reza: La viveza es portarse bien. Esplendoroso destello de inteligencia que la gente le niega llamándolo burro. La gente, malagradecida, como suele serlo, abominable defecto de nuestro género, solo lo recuerda por sus rebuznos estridentes y por las explosivas ventosidades anales con las que escoltaba su tesón de cargador infatigable.

Yo no pretendo imitar a Juan Ramón Jiménez, pero mi cariño y ternura por el burro son tal vez superiores a las suyas (a las del poeta), por eso, cuando cesé en mi titularidad de arriero dejé esculpida en la roca donde volaba papagayos esta copla reivindicatoria:

*De sus burros hizo artistas
un arriero de los llanos
con rebuznos preciosistas
y con peos parnasianos.*

A las burras no les hago panegírico alguno porque no quiero revolver la ternura con el erotismo.

El amor cambió de carruaje

Yo duré solo un año en el oficio de conductor de acémilas. En estos tiempos de faramallas el título anterior suena mejor, para el currículum, que el de arriero. De él me sacaron dos sucesos, tan estelares para mí como lo fueron para todo el orbe la invención del buque de vapor y de la bombilla eléctrica. El primero de esa pareja de episodios cardinales fue la aparición del autocamión, con las dos ruedas traseras morochas y encadenadas para bregar con éxito en los barriales y en los cerros mojados de picas y caminos, lo cual dejó al burro con más mengua que un abanico frente a un ventilador eléctrico de tres velocidades. El otro evento que me dio la baja como timonel de recua lo refiero con los ojos húmedos, ¿qué húmedos?, aguados hasta el lagrimeo. Ruego al lector misericordioso que aguarde un tanto mientras pasa la conturbación que me causa el recuerdo de tan aciago suceso, suplico que me excuse hasta que vaya a tomar un bálsamo.

Reconfortado con los sanos óleos contenidos en una ensalada de aguacate con lechuga, rociada con aceite de oliva, que fue

el bálsamo ingerido, estoy ahora en condición de proseguir el relato sobre la infeliz ocurrencia en que me vi sumido.

Recuerden que después de la incivil paliza, antes de hacerme retórico, quedé con la cara desalineada y con una nube en el ojo, aun así y bajo la insufrible humillación del afrentoso sobrenombre de ojoblancoeñema que inventaron mis desalmados coterráneos, logré ganarme el corazón, tierno corazón, de una de las hijas del patrón, tal como el destino, la ocasión y las leyes de la oferta y la demanda lo dispusieron.

Yo emparejaba la desencajadura facial y la merma ocular parándome casi de perfil cuando la cortejaba o soplando un poco el cachete siniestrado y guiñando el ojo venido a menos, picardías, pues, que aconseja la desgracia. Añadía a las tunantadas la declamación de versos de José Ángel Buesa, Juan de Dios Peza y de Julio Flórez más charadas, acrósticos y anagramas que celebraban su belleza. El inventario declamatorio era visiblemente truncado, pero es que yo soy un retórico mas no un Quintiliano y, además, mi bibliografía en cuanto a pertrecho para la recitación no iba más allá del *Repertorio poético* de Luis Edgardo Ramírez. Le soltaba de vez en cuando algún retazo de *Aura o las violetas* de Vargas Vila, o de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, dos colombianos cuyas prosas me embujaron.

Cuando la tenía a punto de melcocha, tuve el malhadado propósito de conversar con la suegra sobre planificación familiar (la novela radial *El derecho de nacer*, en ese momento, andaba como un rumor maledicente, por la magna audiencia que recogía), sobre el proyecto ferrocarrilero nacional, que pega de tiempo en tiempo, al cual veía yo como un temible competidor, sobre la balanza de pagos y sobre encaje bancario, claro, como todo retórico, indigestado por la elación, le metí en el paquete económico el programa de contingencia de mi boda con Bellamar, que así se llamaba aquel paisaje de mujer.

Más vale que no, la vieja se enserió como quien recibe un aviso intempestivo de suspensión de una pensión de sobreviviente, resopló y carraspeó diciéndome: “Mire, Juan, la gente que tiene dos caras es una calamidad, pero usted, que solo tiene la mitad de una, ejerce de descarado completo”.

Tremendo lanzamiento. Me dejó en el humo del tiro. Quedé verdaderamente sin cara porque la mitad buena se me cayó de vergüenza y a mi título de arriero lo vi como depuesto por un golpe de Estado. Y yo que soñaba con que era individuo de número de las fuerzas vivas de la nación.

Yo tuve el impulso de ir a la Defensoría del Pueblo o a la oenegé que ampara a los cariacontecidos, que era mi flagrante

caso, hasta en el juez Garzón pensé, ese que se lleva presos a los criminales aunque tenga que sacarlos de terapia intensiva, y no acepta certificados médicos ni que sean expedidos por la ONU, pero en ese momento recordé una canción con la cual nos aconsejaba o consolaba mamá: “No vale la pena / sufrir en la vida / si todo se acaba / si todo se va”. Ese recuerdo me alivió mucho porque yo creo más en las exhortaciones de las canciones que en las disquisiciones de los libros de Moral y Cívica.

Acabé, con bastante dulzura, paciencia y filosofía, por ir a proponer a Bellamar que nos fugáramos esa noche y regresé a la casa a meter el chinchorro en la capotera.

Convinimos Bellamar y yo escaparnos a las tres de la madrugada en los dos burros más briosos del parque de transporte de su papá, pero otro azar desdichado me puso en el camino del descalabro.

Me quedé dormido, amor destemplado o a quien el hado le negó la garantía, y llegué a la cita solo para enterarme de que Bellamar se había escabullido, segundos antes, con un camionero de los refrescos Lucky Club. Mi ángel escolta volvió a irse de rumba, en ese instante lo amenacé, nada más que para meterlo en el juego, con ponerlo a trabajar el preaviso.

En realidad, más vale disponer de un ángel remiso que no tener ninguno, eso me lo advirtió papá en una de sus más estelares rascas.

Me quedó el consuelo, como dice el bolero de Aldemaro Romero, cuyos planteamientos Alfredo Sadel hacía más convincentes, de que yo había sido el favorito, con todo y mi hándicap *fatum*-facial. A mí me concedió la primera opción y eso, al menos en Inavi, es un esclarecido privilegio.

Como ven, pelé ese boche y malogré la partida, sobre todo la partida que me habría tocado al desaparecer los viejos. Ya le tenía la vista puesta al trapiche, donde se producían unos papelones rubios del tamaño de unos conos de alcabala.

Toda crisis da, a la par de la pena y de la contrariedad, sus jugosos dividendos, y yo saqué vastos beneficios del triste lance, comprendí que el camión blandía un cardán más rendidor y notable que el cardán del burro, con todo y su nombradía y me permitió, además, la crisis, hacer, en este instante, un merecido homenaje al olvidado Gerolamo Cardano, médico, matemático y filósofo italiano, inventor del cardán (el del camión, no del cardán del burro, que este debió ser una compensación de los dioses del trabajoso destino de su dueño).

Otras mediciones comparativas me condujeron al juicio de que estaba presenciando la definitiva e irreversible declinación del burro como instrumento de amor y como puntal del desarrollo social. Una herejía que pagaremos a precio de dólar paralelo. Los huecos en la capa de ozono y el alza incontenible y desmesurada del costo de la cruceta del cardán (el del camión) anuncian el inevitable siniestro, lo cual no contradice, en modo alguno, la ofrenda que acabamos de rendir a Gerolamo quien ignoró, hasta la muerte, que su cardán desplazaría al burro y ahuecaría, por carambola, el manto bienhechor de ozono.

Pude ver bien claro que donde ronca camión no se oyen rebuznos.

La preeminencia del camión, especulaba yo, maltratado y humillado por el camionero de la Lucky Club, era una certeza que olieron primero las mujeres, tan intuitivas y atinadas al bocetear el perfil financiero de sus pretendientes.

En ello me reforzó la opinión de un vecino al confesarme que se negó a firmar una carta colectiva donde se solicitaba al gobernador la construcción de una carretera que favorecía a Mono Frito y a Burro Bizco, porque si esa aspiración prosperaba iban a llegar camioneros por enjambres y que alguno

de ellos podría encapricharse con su mujer. Sorprendente e inesperada repercusión del invento de Gerolamo Cardano que me permite, ahorita, hacer un ejercicio de imaginación en torno a las sorpresivas y remotas secuelas que traerán las colas privilegiadas para los viejitos frente a las taquillas bancarias, la más excelsa conquista social en lo que va de milenio, en cuanto a bálsamos bursátiles contra las calamidades reumatológicas. Sospechamos que la reconversión monetaria anunciada ha pocos días se empalma con aquella bondad activa líquida a plazo fijo y se propone que el viejito, al cobrar la pensión de vejez, no salga agobiado con el peso de tantos billetes.

Cuando uno está aporreado, cualquier pequeño roce del sitio adolorido lo lastima, por eso me alarmé al oír la confesión de aquellas trágicas sospechas y salí al día siguiente a convertirme en profesional del volante.

Cuando alcancé a estar a tiro, me entregaron un autobús de la empresa Ex-presos COOP (Conducciones Operadas por Presidarios), una cooperativa de gestión mixta y endógena cuyo presidente era un exconvicto que acaba de pagar condena por echarle el carro a un banco, es decir, le rompió la bóveda trompeándola con un volteo cargado de ladrillos. Pagó apenas la cuarta parte de la pena porque pasó la reclusión

jugando Monopolio, prestando al diez por ciento mensual y dictando un curso sobre seguridad bancaria. Lo del trompición a la bóveda se fue olvidando como un naufragio de una inversión realizada sin estudio de mercadeo.

La inflamable tromba de la fuente de Castalia

Chofer de autobús y retórico comencé a pegar en los vidrios del colectivo cartoncitos y calcomanías con lemas, refranes, consejos, sentencias y alertas, como ha venido haciendo todo autobusero cuyo inconsciente está plagado de amenazas de un padre castrador. Freud, en su libro inédito *El complejo de castración del autobusero*, asegura que todas las leyendas que los conductores de autobús ponen a la vista de los pasajeros: “No tire la puerta”, “Pague al entrar”, “Anticipe su parada”, son disimuladas contrastaciones con el hostil padre castrador, de modo que para ser chofer de autobús, según Freud, hay que portar, junto a la licencia de quinto grado, un complejo de castración, por eso todos los autobuseros son iguales, regañones y pretenciosos cuando están dentro de la unidad, como llaman ellos al autobús, y faramalleros y populistas cuando están fuera de ella. Yo no encajo redondamente en ese retrato de autobusero que acaba de hacer Freud porque cargo un rosario de complejos, entre ellos el complejo de aporreado sin

chance de revancha que oscurece el profesional, arraigado y consolidado complejo de autobusero, que es la cara más abundante con la que se hace público el complejo de castración. O tal vez era mi condición de retórico lo que me distanciaba un poco del modelo freudiano. Examinen una muestra del surtido de nuestros mensajes: “Correr es vivir... con la vida en vilo”, “Coja este autobús sin miedo, no tiene sida”, “Los autobuses son los ríos que van a dar a ese maremágnum, que es el terminal”, “Para pasajero madrugador, autobusero mariachi”, “Para asiento duro, culo mollejon”, “La vida tiene mil retos, nosotros sus rutas”, “Ex-presos COOP tiene antecedentes de buena conducción”, “Usted es pasajero pero nosotros lo queremos eterno”, “Al pasajero se le saca por las maletas y al minusválido por las muletas”, “La carretera sin baches solo se ve, como el retrato de los feos, en fotografías retocadas”, “No le agarre el rabo a perro que no conoce ni la cola a chofer atilampado”, “Viaje sin riesgos, no se le acerque al colector, que tiene parótidas”, “Otorgo a los gentiles pasajeros el doble de las maldiciones que me echan cuando caigo en un hueco”.

Si usted, lector psicoanalizado, revisa todo el inventario de estos gráficos recados no encontrará, seguramente, ni siquiera en metáforas, alusión alguna al padre castrador, no obstante, yo evito a ultranza contrariar a Freud por el temor, en este caso, de que me indilgue otro complejo más feo que el de cas-

tración. Por otra parte, me parece una extrema cortesía (hacia Freud) que explique que yo no me veo en la fantasía de cargar con un padre castrador. En Burro Bizco todos los hombres portaban navajas escrupulosamente amoladas, las cuales tenían dos únicos destinos, capar chivos y cochinos y labrar puyas (púas, en cultismo asnobisojano) a la sombra de cualquier samán o jabillo, que era el entretenimiento mejor posicionado de los lugareños mientras tertuliaban. Mi papá, contrariamente, jamás usó o manejó una navaja ni se acercó nunca al oficio menos sangriento que se pueda imaginar, y en cuanto a carácter era tan manso y resignado que cuando mamá pasaba algunos días disgustada con él, le contestaba con coplas lisonjeras y conciliatorias como esta: “Pasó el tiempo, pasó el río / y llegó esta ingrata hora / pero aún quítanme el frío / tus tibias manos, señora”. De modo que tenía yo que disponer de una fantasía a prueba de la lógica más aplastante (la de Aristóteles, por ejemplo) para verme perseguido por papá, con una navaja en la mano, para caparme. Y les digo, todos los asnobisojanos eran orquiocirujanos insignes y jamás le salió un chivo mal capado a ninguno de ellos.

Cuéntase que el general Juan Vicente Gómez, vicepresidente de la República, se disgustó un tanto con doña Zoila, esposa de don Cipriano, porque esta le pidió que le capara un gato. Doña Zoila ignoró, probablemente, la existencia de la Acade-

mia de Capadores de Burro Bizco. De haber ocurrido lo contrario, doña Zoila se hubiese evitado el disgusto del compadre Juan Vicente y la historia de Venezuela podría haber sido otra, cuestión absolutamente factible porque si Stefan Zweig, freudiano devoto, consideró que la fimosis, punta del pene embusacada según certificación de los asnobisojanos, de Luis dieciséis, que le impedía a este recortar la dispendiosa frivolidad de la reina María Antonieta, pudiera contarse (la fimosis) entre las causas que promovieron la Revolución francesa, la invitación a un vicepresidente de la República a capar un gato pudiera registrarse como una caudalosa motivación para crear un resentimiento historicista.

Dejando a un lado, no por deleznable, al freudismo y al historicismo, creo atinar diciendo que con aquellos avisos murales autotransportados, que renovaba semanalmente para no dejar ir el soplo de las musas, y bastante numerario en los bolsillos, al mes me había olvidado de Bellamar y de su madrugadora impaciencia y de víctima escarnecida pasé a victimario resentido, casi burlador, porque hay que ver el carisma que tiene un chofer de autobús, sin contemplaciones, preferencias o variaciones estacionales, entre terminal y terminal y con varias paradas intermedias de reapoyo logístico, para pactos, opciones, promesas y chichisbeos, en versos, en prosa o en base a mímica limpia, suspiros y relampagueadas de ojo, morisquetas, pues.

Sabemos qué aguas nutren a la honda, abismal, inconsciente, simiente del exacerbado erotismo del autobusero. Varios simposios internacionales que han contado con la presencia de psicoanalistas con los récords de apneas más prolongadas en el buceo de los más bajos estratos del inconsciente han coincidido en que el autobusero asume al vehículo como si fuera su pene y este pasa a disponer de las dimensiones y cilindradas de aquel. A un vehículo grande y de ocho cilindros corresponde un pene superlativo y de holgado imperio.

La idolatría del pene nos vino (y se quedó) de aquel hirsuto antepasado, rudo, desnudo y sin cueva propia, que no tenía más nada que ofrecer como dote. Las muchachas cavernícolas núbiles acudían a las fiestas provistas, en lugar de un abanico, de una varita diseñada toscamente, por supuesto, para medir el pene al pretendiente después de bailar el primer bolero. En la cueva de Altamira se ve un mural donde hay una zagala enseñándole a otras una medida que acaba de hacer. ¿Qué te ofrece ese peludo con el que estás saliendo?, preguntaba una madre preocupada a la hija, y esta respondía, escuetamente: diecisiete centímetros. De este modo se constituyó el llamado priapismo, como doctrina matrimonial. De aquí surgió el dios Príapo, libertino y corruptor de menores, que no portaba aureola sino un ostensible bojote entre las piernas.

No ha existido, nótese bien, un “vulvismo” con el mismo andamiaje de rito exterior aparatoso del priapismo, lo cual no indica, en modo alguno, que la vulva sea una adición, una prolongación, una propina, una pieza subestimada o excluida del altar de las adoraciones. Siempre ha tenido una altísima demanda, no importando la magnitud de la oferta. En este rubro los economistas han andado desorientados. Ocurre, sencillamente, que como no hace relieve (en general), no es excrecente (en la mayoría de los casos), muéstrase casi inaparente (para un sensible número de individuos), no ha permitido ningún ejercicio escultural en torno suyo pero, en compensación, yérguese ese afán, ese arrebato, por tocarla, por recorrerla manualmente en toda su extensión, por cerciorarse de que está allí, que es cálida, que palpita. No se crea que los hombres de la caverna no se plantearon idénticas propuestas en cuanto a metrología (ciencia de los pesos y medidas), hasta manifestaciones, marchas y vigilias hicieron, pero sus exiguas imaginaciones no les facilitaron la idea de la mesa ginecológica, ni siquiera la del chinchorro, instrumento ubicuo de la tecnología despejada que hoy cumple insuperablemente tal cometido según el procedimiento de depositar a la mensurada de manera perpendicular y despatarrarla de modo que cada pie vaya a una cabuyera, logrando así un horizonte panorámico, sin veladuras en el firmamento ni en el empíreo.

Todas estas disquisiciones sobre el sistema falocéntrico (el mundo giraba dándole vueltas al pene), muy anterior al sistema geocéntrico del astrónomo Claudio Ptolomeo y del sistema heliocéntrico del otro astrónomo, más atinado, Nicolás Copérnico, son el prolegómeno de una hipótesis novedosa sobre el tema.

Hasta los primeros modelos de vehículos “todo terreno”, se creía que el desbordado entusiasmo de las féminas por la figura del autobusero debíase a que las damas manifestaban así su concurrencia a la celebración de la transmutación del pene del conductor del colectivo en un ente autopulsado con hidrocarburos de origen fósil (nos movemos en aguas psicoanalíticas) que, además, habíase posesionado de los dones de una máquina carismática, una maravilla pues, pero tal fe se desvaneció parejamente con la caída estrepitosa del *rating* del autobusero, justamente cuando empieza a cundir la especie de las choferesas, lo cual indica, palmariamente, que el automóvil tiene en la señalización inconsciente de las evas un papel autónomo cuya aprehensión resultó incierta hasta que se descubrió que los genitales externos hacían un rol de simples extras en la película de la líbidomotorización.

Piénsese en que si el carro que demanda la mujer tuviera forma de batea, de lancha o de palangana, se podrían gastar idén-

ticos patrones a los que meten baza en la interpretación de las sobreposiciones psicósomáticas que hacen del autobusero y del vehículo un ente siamés empatados por el pubis. Si así fuese, la conclusión esclarecedora sería: a una mayor batea automóvil, una mayor sensación, o mayor disfrute de imaginarse, la mujer, que porta algo grandioso entre las piernas, lo cual, en todo caso, es verdad pero por razones que nunca se han salido de la más meridiana conciencia (del hombre).

En el inconsciente no hay altruismo, ni cortesía, ni compasión, ni alguna disposición para celebrar triunfos o gozos ajenos. No cabe, entonces, el presupuesto de que la mujer admira o festeja el priapismo o cualquier otra actitud, dominio o título exclusivistas del varón. Este evangelio me puso en la pista de una averiguación singular.

Como el erotismo está, *ab ovo*, al servicio de la procreación, de la perpetuación de la especie, como la compra arrebatada de dólares sirve a la extinción del temor de que algún día se tendrá que caer por Miami, si somos pasto del deseo de comernos una arepa de molleja, la simbología genésicocoitiva no opera en exteriores. Recuérdese que el inconsciente rehúye vigorosamente la superficialidad y se hunde donde no lo vean.

Lo que nosotros hemos esclarecido es que son los espermato-

zoides y los óvulos, con las pocas nociones que les asisten, los beneficiarios privilegiados de un *new look*, es decir, de sentirse automovilizados con un combustible de alto octanaje. El carro es, aquí, un complaciente testafarro, apenas.

El chofer (varón) encuéntrase bajo la euforia de que sus espermatozoides, en lugar de coletear arduamente para llegar hasta el óvulo, se desplazarán ahora sobre cuatro ruedas, frescos y sobrados, y la chofer (mujer), imbuida en la falta de autopropulsión del óvulo, considera, ya en plan de motorizada, que este no tendrá que aguardar, como quien se anotó en una lista de espera, que llegue un pachorrudo y casi minusválido a engancharlo.

Psicoanalistas de todos los países del mundo, uníos, para que reciban este descubrimiento como propio, aun cuando sea, realmente, una contribución de Burro Bizco (¿quién se lo iba a imaginar?) para el avance del estudio de la personalidad del ser social volantehabiente.

Los diccionarios explican, usando palabras diversas, lo que es digresión, pero todos ellos, desde el *De verborum significatu*, de Verrio Flaco, gramático del siglo de Augusto, hasta el *Pequeño Larousse* (que es el único que yo tengo), proclaman, casi con angustia, que las digresiones, para no ser viciosas, han de ser motivadas.

Tenga la fineza, lector, de devolverse y tome noción de que veníamos hablando del gato cuyos testículos escaparon, por razones de psicología no tan abismal, de la filosa navaja del general Juan Vicente Gómez cuando saltamos al complejo de castración del autobusero, digresión mejor motivada, como lo ha admitido gente insospechable de alcahuetería alguna, que la campaña contra los fruteros que nos venden, ensacados, melones podridos. Volvamos, entonces, al hilo.

Yo anduve eufórico, chichisbeador, envanecido y licencioso hasta que conocí que tales arrestos se asentaban en la fantasía de que el autobús era el alter ego de mis espermatozoides, pero mientras eso no ocurrió, y a los pocos meses de creerme un portaespermatozoidesconrruedas ya nunca más tuve que hacer una copla tentadora, solo tenía que decir, embárcate preciosa, y esa corta oración le granjeó más gratificación a mi egolatría que toda la retórica que gasté en glosas, romances, madrigales, himnos y elegías, porque la inflamable gasolina inspira más que el agua de la fuente Castalia con la cual las musas enternecían el corazón de los aedos.

Yo, que había dejado de ser un montuno que ya no cortejaba de perfil, hurtando el cachete desmolado, me apersogaba con las mozas sin escrúpulos de conciencia por los maridos y postulantes a quienes estaba desbancando, pero pronto me empa-

lagué con tanta jalea y le metí el gancho a una negra cariñosa y refistolera que al principio me miró becerreo cuando la invité a probar los frenos del autobús por una carretera que por no disponer de los favores de algún plan quinquenal de la nación, no llevaba a ninguna parte como no fuera a un lance erótico automovilizado, pero que después, al darse cuenta de que ya yo era de puro corazón por dentro, sin el resto de la asadura, me ayudaba a pulirlo, cosa más fastidiosa, si no se tiene una negra guacharaca de asistente con quien compartir la estopa y algún apurruñamiento intercalar, que desempolvarle los palitos a un móvil de Soto.

Con esta embetunada tuve doce hijos porque la tordita salía embarazada con solo verme los ojos vidriosos. Ya últimamente no paría sino que los muchachos se le salían como chinchorro de capotera desamarrá.

Cada vez que me nacía un hijo yo sentía la misma alegría, alegría inconmensurable, que me dejó pasmado cuando me comí la primera arepa de maíz pilado en casa, con Diablito, fiesta del corazón esta tan imborrable que aún vive en mí la gratitud por aquel espasmo de satisfacción que me proporcionó el molido jamón. Tan inextinguible ha sido mi afecto por el Diablito que solo la terca y conflictiva oposición de la negra impidió que mi primer hijo se llamara Underwood. Underwood Frei

Carico, bonito nombre para un gerente de una empresa de capital mixto, vernáculo y trasnacional. La negra me malogró este irrepetible proyecto patriótico con el cual soñé yo homenajear a la Legión Inglesa que se batió en Carabobo.

Era yo un distinguido miembro de las fuerzas vivas de la nación cuando vine a enterarme de que *underwood* era, en castellano, maleza, cuestión que me causó algún desconcierto, a pesar de ello mi afición por el Diablito siguió creciendo como crecen las sombras cuando el sol declina, tal como dijo, *mutatis mutandis*, por supuesto, el clérigo peruano José Domingo Choquehuanca de la gloria de Bolívar.

Segunda parte

El autobús tiene butacas de auditorio

Esto ocurría por el año de mil novecientos cuarenta y cuatro, la primera edad de oro de Luis Miquilena, conductor de conductores, líder de los que teníamos un destino invariable, el Terminal; una inclinación gremial universal, enrollarnos una toalla al cuello para rendir al frío de la madrugada y una compulsión manual inagotable, apretar con fruición la pera de la corneta para apurar a los pasajeros no suficientemente despabilados.

Entre la generación a la que perteneció ese precursor de los agitadores que respondía, cuando no estaba ofuscado tratando de definir algo, al nombre de Sócrates, imperaba la convicción de que los dioses olímpicos, llamado el Grupo de los Ocho (Júpiter, Apolo, Marte, Mercurio, Vulcano, Juno, Venus y Minerva, para citarlos en romano), podían sobre todo menos sobre el Destino, otra deidad a quien a veces llamaban el Terminal, es decir, desenlace predeterminado e insoslayable. De manera que el Destino era, evidentemente, un dios mo-

tolito, con tanto poder de que disponía y no tenía dirección conocida, no aparecía en las crónicas sociales de los diarios ni nadie lo buscaba como compadre.

Es lícito argüir, entonces, que un tipo como Júpiter, con desparrramada aureola de mandamás, carecía de facultad para hacer cambios en el Terminal, a pesar de todas las leyes habilitantes que le concedían omnipotencia.

Ahora, fijense en esto: el Terminal es, también, origen, arranque, comienzo, pero a nadie se le ha ocurrido llamarlo, por ejemplo, el Comienzal.

Uno cree que lo que motiva tal resistencia (a la alusión al arranque) es que los seres humanos se asustan, temen o se avergüenzan de sus orígenes o raíces que son los primates platirrinos, el chimpancé, el orangután, el gorila. ¿Quién que vea un gorila bravo no va a espantarse de ser víctima probable de oferta genéticas tan tremebunda? ¿Quién podrá jactarse de contar con un abuelo que exhibe tan ruidoso como peligroso enfado? Bueno, eso es, la gente aborrece fervientemente su procedencia, su antecedencia, su ascendencia y busca afanosamente el fin, la meta, el remate, el Terminal, pues, para, colocarse lejos de unos inicios vergonzosos. El Terminal viene a ser, verdaderamente, la muerte a través de la cual se pasa a

mejor vida, como todo el mundo acepta. En ultratumba no va nadie a encontrarse con un Darwin que le esté enrostrando pasado tan oprobioso, ni va a ver prójimos con la nariz chata (platirrinos) que le recuerden familiares trapos sucios porque en ultratumba, según fuentes generalmente bien informadas, uno ve, huele, oye y se reúne solo con lo que le da nota. Hay miríadas de cosas que testimonian sobre el mortal repudio que expresa la humanidad por los comienzos, pero el más elocuente es la alegría grande que desata el pago del último giro de una deuda, nadie ha hecho nunca una fiesta para celebrar el pago de la inicial.

Si usted, lector discrepante, no está de acuerdo con mi teoría sobre el Terminal, no se disguste ni salga a organizar una marcha contra mí, le ofrezco discutirla amablemente, sin la mediación de una mesa de negociación y acuerdos. En todo caso, intentaría facilitar la discusión con un juego conciliatorio de robamontón o de cargalaburra, que son los juegos mejor acreditados, de acuerdo con el departamento lúdico de la Unesco, para amansar la polémica más cerril, incluyendo las disputas entre malandros por el reparto del botín, descrito en el *Diccionario de contabilidad* como ajuste saturnino de cuentas, por el cruce de plumazos que usualmente condimenta los cálculos.

Lo que no se presta a debate es la consideración de que aquella persona que deja el Terminal, cualquiera que hubiera sido el movimiento gravitacional de las maletas, es decir, si subían al autobús o bajaban, pasa automáticamente a la vida mucho más llevadera.

Yo cargaba el retrato, o la plancha sindical, de Miquilena pegado con cera de chicle al retrovisor. En este párrafo precisamos establecer que mascar chicle y peinarse con Glostora eran piezas cardinales de la panoplia erótica y ataques del autobusero de aquellas horas.

El catire era brioso y a cualquiera le propinaba un gancho de izquierda que siempre hacía diana en la boca, lo cual me hizo sospechar desde un principio que perseguía deliberadamente dos propósitos, quitarle el hervor al adversario e inutilizarlo oralmente para el debate.

Le vi fajarse en trifulca colectiva y lo recuerdo relancino pasador de golpes, con vistosas fintas, rendidora puntería y certero remate.

A un conocido mío, que se puso del otro lado, le amputó un colmillo y le dejó un corrimiento que todavía lo molesta cuando el bocado se le va hacia ese lado. Por las aporreaduras que

concedía y la chispeaduras de su discurso no lo nombramos nunca más Miquilena, sino Masqueleña.

Yo simpatizaba con el catire, pero me mantuve alejado de los ensogados por mis lastimosos antecedentes, a cambio, y apelando a mis regates retóricos le dediqué un ditirambo, es decir, una jaladita exagerada, pero sin fines de lucro.

Evoco hoy, con memoria vívida, aquel enardecido elogio: “Al adeco y copeyano / que en ser mal hijo se empeña / les salió un mentor coriano / que apodamos Masqueleña”.

Yo no tengo necesidad ahorita de arruinar, arrimarme al erario porque soy dueño de la flota de busetas El Mandril Mayero, antes Las Bacantes del Azar, pero me gustaría dar una serenata con Miquilena para ver cómo se desplaza hoy de las sogas al centro del cuadrilátero, tirándole *jabs* mareadores a cualquier sarta de malandros que salgan por ahí a chalequearnos la parranda. Yo estoy en condiciones de pagar a los mariachis todo el pertrecho de picante.

Yo digo que si a Miquilena lo hubiese puesto la Providencia en manos de un promotor de boxeo, tendríamos actualmente un campeón mundial a quien conoceríamos, probablemente, como Kid Dabaduro, y junto a Simón Chávez y Oscar Calles

completaría a los Tres de la Fama (recordando a Francisco Pizarro y sus Trece de la Fama). Y no es que Miquilena no tuviera un bonito juego de piernas en las tribunas, donde se mostró, además, con pegada anestésica, pero es que las glorias del boxeo, que se ganan también sobre una tarima, son más contundentes, sobre todo cuando las contusiones hacen salir al adversario en camilla. Allí no hay recuento de votos ni impugnación de actas. Tampoco hay que esperar una quincena para conocer los resultados de la votación de los jueces que, por la vía en que ganaba Miquilena, podían estar en reposo o suspendidos.

Un general sin gorra

El catire Miquelena era afecto al régimen del general Isaías Medina Angarita, mozo militar que era tan civil que no usaba la gorra porque la asociaba con guerra. Andaba Miquelena, en aquellos lances, más contento que un cavernícola que se acaba de encontrar una caja de fósforos. El regocijo del catire debía-se a su destacada *performance* como líder de los aurigas del volante, como llamaba yo, retóricamente, a nuestro gremio de autobuseros, que en ese momento estábamos metiendo más ruido que una reunión de timbaleros aprendices.

El general Medina, por abierto y natural, se la pasó dando cuartel a sus adversarios políticos para quedarse él sin ninguno. Con los cuarteles que dio, diéronle a él un cuartelazo. Da cuartel y algún Marcos Evangelista (Pérez Jiménez) te sacará de la Presidencia, reza la maldición.

Medina, consecuente con la democracia, no se dejó tentar por el demonio de esta, que es adular al pueblo, porque el popu-

lismo es una diabólica bribonería. El populista hace lo mismo que el rufián que galantea a una mujer nada más que para conseguir sus favores, método bien rendidor porque las damas son desproporcionadamente sensibles a la cortesía, si se les trata como a unas reinas, fácilmente nos cederán el trono. Bueno, hasta los animales más feroces se derriten con el halago, dígame a una tigre que está pronta a devorarlo: “Qué bella luce usted con esa bata de pepas negras”, y verá, no solamente que no se lo come, sino que lame los labios por donde salió el seductor piropo, pero aun así, una galantería interesada, sea dirigida al pueblo o a una jaguar hambrienta, nunca dejará de ser una bellaquería de las más despreciables.

Medina atesoró mayúsculas prendas como estadista, pero yo, en el plan de biógrafo, percibo menos sus virtudes que sus vicisitudes. Entre sus alternativas malas destaco su negativa a establecer elecciones directas y secretas, probablemente una exageración de su postura de no hacerle carantoñas al pueblo. Está visto que ni la inteligencia ni la bondad impiden extralimitaciones estúpidas o mezquinas y aquel descompás fue el magnífico pretexto que esgrimieron sus oponentes para dejarlo sin piso.

Siempre habrá pretextos para cerrarle la llave de oxígeno a quien está en la cima del poder. Con la dolorosa o urticante

envidia que sentimos hacia el poderoso, pagamos el pecado original, no con el sudor de la frente ni pariendo sin anestesia, como sentencia blandamente la Biblia, porque es inobjetable la menor cuantía del castigo de abrir una zanja con un pico amellado, en un pedregal, que el correspondiente a morirse de envidia. Por cierto, eso de heredar el castigo por las faltas de nuestros padres merece una reforma de la Constitución y si pudiéramos quitarnos de encima la herencia de las deudas y de las enfermedades estaríamos archipampanamente dispuestos a elegir indefinidamente al gestor que consiga esa fruslería. Quien ejerce el poder, aunque sea un ángel, no sale nunca de la torva mira de sus prójimos y muchos de sus próximos.

Si no hubiese habido razones electorales, se hallarían motivos onomásticos, se habría dicho, por ejemplo, que se llamaba Isaías, como el profeta que murió aserrado vivo, lo que lo condenaba, por toca Yosidad flagrante, a no terminar su período presidencial por muerte comicial.

Entre las opciones buenas del general pongo de relieve su entrevista con María Antonieta Pons (lo digo en serio), aquella sublime bailarina que tenía un final de espinazo excelso y que provocaba la posposición, aunque fuese breve, de toda civilidad, circunstancia o amistad con el pueblo. Lo estético es tan deseable como lo ético.

Medina fue depuesto, gracias a Dios (digo yo, que soy concupiscente e irreverente), después del más delicioso tropezón con María Antonieta Pons, que para mí hubiera sido el remedio del pesar por la media cara que me falta.

¿No sería este placer inefable del afectuoso general Medina lo que desató el verdadero deslave de envidia que lo descamburó?

Lo de descamburar es un eufemismo, o mejor, un atajo semántico para disminuir, por la vía de la conmiseración, del horrible percance de pasar de elegido de los dioses a blanco de la saña del diablo.

La Presidencia de la República no es, en modo alguno, un cambur, es decir, una canonjía, una prebenda o una sinécure, que son las cuatro palabras que nos brinda nuestro idioma para designar un empleo fácil y bien pagado. No, ¡qué va! El presidente de Venezuela tiene que ocuparse a diario de atender demandas tan disímiles como la de reservar una porción de dólares a un peticionario que desea importar collares de cuero de gamuza para perros alérgicos al cuero de maute u ofrecer una dádiva a quien suplica una ayuda para comprar una hozilla con la cual se va a labrar un callo. De manera que lo que entusiasma al venezolano para postularse al endiablado cargo de presidente, mezquinamente remunerado, es el raro placer

de oír el *Himno nacional* tocado en su honor, en medio de un silencio tan sepulcral que ni los perros ladran. Me cuentan algunos de los que han pasado por tan inusitado o, mejor, inaudito trance, que la incidencia más notoria es el crispamiento o espasmo de toda la musculatura lisa, de tal vigor que algunos de ellos, de la tercera edad, se han trancado de la orina.

Volviendo a los lances eróticos privilegiados y a la tumultuosa envidia que generan, piénsese que Pérez Jiménez, el principal complotado contra el magnánimo general Medina, mostró algún tiempo después una diligente afición por las persecuciones eróticas de féminas artistas, lo cual hacía, para apurar el disfrute, en motoneta. Los anales de historia patria registran como escenario de esos venéreos acosos a la isla La Orchila.

Usted dirá, casto lector, que soy un imaginativo y lúbrico fisgoneador, a lo cual respondo que nada de lo que es humano, zancadilloso y pérfido me es ajeno, porque el gen más y mejor repartido de la naturaleza (entre humanos e inhumanos) es el que nos empuja a hablar mal de nuestros congéneres, incluyendo los compañeros de partido y de partidas (de dominó). Tengo vecinos que murmuran hasta de san Francisco de Asís, aquel santo supremo que después de ingerir el frugal desayuno que alguna gente piadosa le obsequiaba y ante la oferta de llevarle algo para el almuerzo, respondía: “Gracias, amable

bienhechor, pero la única mochila que cargo es mi estómago y ya la llené”.

Qué maledicciones no se les ocurrirán a mis vecinos contra los santos gordos que, además, tienen unos cuantos depósitos en activos líquidos.

Esa manquedad, inmundicia o cochinateda que compartimos tan generosamente con los semejantes (como llamar onerosa causa a los títulos *honoris causa*, por ejemplo, poniéndolos en tela de juicio) me la hizo descubrir el autodelatado Terencio, hombre con gran templanza, recato y resignación pero que suspiraba como muermo cada vez que pasaba cerca suyo una cartaginesa, bella, perfumada y con un merequetén entre las caderas.

Esto fue lo que dijo Terencio: “Las humanas riquezas que disfrutaban otros no deberían sernos ajenas a los pelados”. Las sucesivas ediciones, desde el siglo uno antes de Cristo a este despotismo del petróleo, más la propia cosecha de los editores, la transformaron en algo así: “Soy hombre, nada de lo humano me es ajeno”. Es decir, lo que inició como una desembozada demagogia devino en una exhortación a la tolerancia, en un languidecimiento de la acusación, en un llevar la penología a la condición de pavesa.

Volviendo a la concreta historia política de Venezuela y a sus entronques con la farándula, es obligatorio recordar que el general Gómez se tuteó con Gardel y eso es bastante, pero el tuteo más gratificante está muy por debajo del teteo menos regocijante, porque en la zona de la doble y noble protuberancia se inicia lo que será luego una búsqueda compulsiva e incesante del buen comer, es decir, la gastronomía. La lactancia es la primera piedra de ese edificio singular de la dulzura, de la fiesta y de la gloria, es el primero y más intenso de los deleites. Quien no mamó con comodidad hasta el aplauso tiene suficientes motivaciones para enloquecerse cuando le cortan el agua. El niño mama dormido, es decir, anestesiado para evadir el clímax de la suprema satisfacción, inadecuada para su novicia percepción del mundo y de sus letales señuelos, y cuando llora lo hace por hambre, es verdad, pero a esa exigencia del sistema nervioso autónomo (o neurovegetativo) se aparea la rudimentaria pero clara consciencia de poseer una teta propia, revelación vigorosa del autoerotismo o de la sexualidad narcisística. Este desnudo acontecimiento explica todo el ruidoso escándalo que se arma cuando se percibe el menor esbozo de ataques a la propiedad privada. Detrás de esta gresca se oculta la ardorosa defensa del embrionario sentimiento de la teta propia.

Buscar una teta o, el paso siguiente, tocarla como para cerciorarse de su existencia, no ha sido, pues, nunca un acto lascivo

sino un impulso atávico a calmar el hambre. Por supuesto, lascivia sin hambre no dura. En la naturaleza de estos sucesos el hambre suele ser ficticia, pero en ocasiones se filtra un grueso componente de realidad por lo que se han registrado casos de tetas mordidas y hasta de tetas desgarradas con la subsiguiente deglución del fragmento desprendido.

Bueno, se fue Medina, golpe, arresto y exilio mediante, y aparece un verdadero bateador emergente (sobresaliente y de sobresalto) el impetuoso, compreso y de cutis cacarañado Rómulo Betancourt, afeado por las resultas del acné juvenil y la incompetencia de una cosmetología postrada, para la época. De haberse beneficiado de los afeites hechos posibles hoy, pudo haber exhibido la tez de Antinoo, aquel mocito griego que le falsificó los instintos al emperador Adriano.

Porque para el momento de la emergencia de Rómulo se usaba para los barros y espinillas, desesperadamente y con resultados desmoralizantes, una farmacopea visionaria y preparacélica, donde encontraban puesto los mojonos de acure chiquito disueltos en agua de borrajón, solución espesada con calostro de burra negra, en su primer parto.

Al percance dermatológico a que hacemos alusión se atribuye, entre politólogos, pellejeros y curtidores, el consabido mal hu-

mor, mandonería y porfía invencible del adalid de Guatire (el freudismo tiene delegados hasta en los cónclaves) características que, reconozcámoslo, le fructificaron espléndidamente.

Tenía verbo suelto y atiplado con el cual conmovía y hechizaba. Arcaísmos, neologismos, efectismos deliberados salpicaban sus discursos, los cuales siempre dispusieron de una audiencia plenamente gratificada, tan retribuida que hasta sus carraspeos en la tribuna fueron grabados y usados luego como reliquias de un iluminado. Si existen los jefes abastecidos por algún demonio, Rómulo era uno de ellos.

Mi papá es socio

Cuando Betancourt estaba al bate, yo tenía un autobús propio y la fama de rico, por estas dos razones, la reputación de acaudalado y la aureola de ser dueño de un monumental autobús dotado de una triple corneta con la que anunciaba mi triunfal presencia, más otras motivaciones que el lector conocerá si me sigue en el relato, una comisión internacional del Club de Leones me pidió, en regia ceremonia, que me hiciese miembro del club en su sede de Villa de Cura.

Me abastecieron ese mismo día con una ristra de franelas para mis hijos, las cuales traían la leyenda: “Mi papá es socio”, que era como decir, equivalentemente, mi papá es un vergatario, cuestión que me atapuzó de orgullo el corazón y de ideas vanidosas la mollera al recordar, parejamente, que mis coterráneos de Burro Bizco estarían en ese momento bajo el caro de Micaela, un árbol con pinta de galpón, bueno, incluso, para albergar damnificados, que era el techo del patio de bolas, único lugar de reunión del caserío.

Por personales estudios obtuve el conocimiento de que el juego de bolas es el más antisocial de los entretenimientos que ensucian las manos, porque según estadísticas elaboradas por fabricantes de torpedos, de guantes de boxeo y de rolos de policía, por cada arrime que se da se producen tres boches, en los partidos más amistosos, que son los que se celebran a beneficio de la conversión de los que tiran palos a todo mogo-te, balance escandalosamente propiciador de la ruptura social, del desacuerdo de los que propugnan el retorno del pan de a locha y del mantenimiento irreversible de las tasas bancarias activas altas.

Después de este arduo y disciplinario estudio fue que caí en cuenta de que Burro Bizco tenía un porvenir irremediamente luctuoso si no se operaba una mutación drástica en las expectativas lúdicas de los pobladores. Según mis cálculos actuales, ahora que soy León, y solo juego *bridge*, me sentí obligado a cavilar hondo sobre el asunto.

Como consecuencia de la mencionada investigación en que me involucré, le metí el programa a la computadora que llevo pegada del lado arriba del cuello, proyecto que buscaba de manera inducir a los asnobisojanos a cambiar el juego de bolas por el volibol (para no salirme de lo redondo, que tiene tantos simpatizantes, sobre todo en los negocios), el único torneo

donde los oponentes, por estar radicalmente separados y no rozarse entre ellos, exhiben el per cápita más bajo de lanzamientos de pescozones entre sí.

En beneficio de la idea de que la paz es ínsita al volibol, me apuntó un cura que la casualidad de que los jugadores alcanzaban el número doce los asimilaba (a los volibolistas) al comportamiento de los apóstoles cuyas mansedumbres a ultranza certificamos todos, exceptuando el leve parpadeo de Pedro que con una hojilla le cercenó la hélice de la oreja (la orillita de arriba) a uno de los captores de Jesús, donde aquel llevaba prendido un *piercing* con la efigie de Herodes. De haber sido con la espada, como testimonian las sagradas escrituras, le rebana la oreja completa, la mitad del omóplato y la cabeza del húmero, lo suficiente para que el bueno Pedro derivara en un homicida, cuestión imposible según lo que ya estaba escrito.

Hay abundantes razones para sospechar que fue la presencia del *piercing* en la oreja del aprehensor lo que realmente ofuscó a Pedro, mortal enemigo de frivolidades y de jaladeras, de allí lo económico del tajo.

La acotación del cura me puso a imaginarme a mi tocayo Juan el evangelista clavando un mate por la raya donde estaba ubicado el vacilante Tomás.

Bueno, entre los doce siempre habrá un Judas que empaña la beatitud de cualquier ocurrencia humana.

Hay una psicología disidente que encomia la violencia del juego de bolas porque la considera catártica y, por tanto, buena, sin embargo, yo fui testigo de estrujones y hasta trompadas por la mañosa movida de una bola mientras se medían unos arrimes equidistantes, a simple vista, del mingo, de modo que si el juego de bolas es catártico, es la única catarsis que tiene efectos colaterales indeseables.

Volviendo a la tierra y a su diablaje, la verdad es que el autobús y mis faramallas de retórico, más un poquito de entrenamiento en políticas de urbanidad y de ornato público, me transformaron en un patriarca, solo para aquellos, por supuesto, que ignoraban mis ocultas ruindades y patrañas.

Vean el currículum: rico, culto, fino y sortario. ¡No juegue!

Abandoné, desde luego, el escapulario donde cargaba una estampita de santa Estaca, patrona de los carajeados, porque ya nadie, ni siquiera yo mismo, parábale bolas a las descuadratura de la cara y la avería ocular me la había tapado con unos lentes Rayban que me conferían la pinta de un capataz de la Shell o de agente viajero de los cigarros Camel.

Con el poder que sentía tener habría podido pasar hasta como galán de película. Bueno, era lo que me mostraban, aunque mi hijo mayor me confió que el cura párroco le preguntó en una ocasión si era hijo de Carechoque.

Estaba, pues, a pesar de este discreto desentono clerical, entre las esquinas de Carajeado a Consentido, la cuadra de los finales felices, porque muy feliz fue para mí que me nombraran miembro de la junta electoral para aquellas primeras elecciones directas, secretas y universales, o mundiales, como decía el compadre Fucho Marcano, de Porlamar, de las cuales lo que más me impresionó fue que a allí votó todo bicho con ombligo: chatos, tarajallos, cornetos, orejas de parafangos, quebrados y macilentos.

En la mesa mía, por ejemplo, votó un tipo, sobreviviente de un ataque por una manada de váquiras, a quien le faltaban tres dedos, media nariz y casi toda la batata de una canilla y a pesar de tanta merma, hizo su cola como cualquier elector full equipo.

Desde que presencié ese espectáculo de tumultos, de amontonamientos participativos votoexcitados, pongo a la democracia por encima de todo, solamente me la supiritan, como dicen mis iletrados paisanos, las mujeres, sin distingos de

colores políticos, de faldas o de pelucas, y las sopas de pollo con fideos, cualquiera sea su marca o la forma geométrica del sobre.

Lo de elecciones directas me pareció de lo más protagónico porque como chofer de autobús nunca me gustó el desvío y torcedura de los caminos.

Les digo, sí, que eso de secretas me puso cabezón y mosqueado, porque yo relaciono, no sé a qué atribuir tal exclusivismo, todo lo escondido con Barba Azul y su siniestra morgue privada y furtiva. Por otra parte, ¿qué le importa al Consejo Electoral si yo, frente a la caja de votos, digo a voz en cuello que voy a votar por el compadre Fucho que me prometió una vainita si sale de concejal?

Además, el cura que me inició en el catecismo siempre fue muy solícito en advertirnos que secreto en reunión es mala educación, y yo he sido un seguidor irreprochable (cuando hay testigos) de las reglas de urbanidad, de las buenas costumbres, de las buenas intenciones y de todo lo que esté bueno, como la comadre Escolástica, la cual ha estado a tiro de que la monte en el autobús y la saque a coger fresco, pasadas las ocho de la noche, por eso que la jerga oficial llama carretera de “penetración”, como si estuvieran en cuenta, antes de ha-

cer las cunetas, de la bellaquería de los usuarios, uso indebido que ya previeron los emperadores romanos, arbitrades de las primeras carreteras, al ordenar la fijación de carteles en las cunetas con estacionamientos, dirigidos a los aurigas (autobuseros de hoy) con la siguiente leyenda: *Uti, non abuti* (usar pero no abusar, es decir, “no se queden aquí toda la noche, denle chance a otros”). Oferta del mismo rango, o complementaria, de aquella otra: *panem et circenses* (pan y juego de circo) y que podríamos conceptualizar, literalmente así: *encunetum et tirenses*. Hay que advertir que los aurigas constituían vastas muchedumbres y sus votos nutrían mayoritariamente los “comicios”, inventados también por los romanos.

Del hato Altamira a Miraflores

Las elecciones en las que yo fui algo así como un juez de línea, de la línea de mi partido, “Agarrando Aunque sea Fao”, el único partido con una vasta militancia inmortal, sin estatutos ni colores, las ganó el más eminente venezolano, libra a libra, para la época, Rómulo Gallegos, esclarecido y magno sin disputa. Hombre abarrotado de méritos, respeto y admiración. Yo no le concedo honorabilidad a ningún argumento esgrimido para no votar por él. Escritor laureado, insigne novelador de las grandes tragedias nacionales, comportamiento ciudadano ejemplar, maestro venerable, no le faltaba nada para que no hubiese habido un solo voto en contra, pero, vea usted, su gobierno no pasó de nueve meses, lo que dura el más ordinario de los embarazos. Esto pasa mucho en la vida, mas nunca deja de asombrarnos.

Está visto que tanta fama, pulitura y encaramadura solo sirven para que la posteridad, imperativo recipiente de la culpa del mundo, le dé el nombre de la persona empinada a una avenida principal o, a veces con mano escasa, a una simple transversal

ciega y en ocasiones, ¡oh gratitud irrisoria!, un maloliente callejón, meadero de perros y de borrachos.

Cada vez que encaro cualquier gesto de la miseria humana recuerdo a alguien, creo que fue el creador de la más luctuosa de las advertencias: “Suspendidos los créditos”, evoco, repito, a ese alguien iluminado y desengañado, el cual dijo: “En cuanto más me acerco a mis prójimos, más deseo afiliarme al gremio de las lombrices de tierra cuyo único infortunio es que no tienen televisión por cable.

Allá, en Burro Bizco, hay un toco, árbol de la familia de las Caparidaceas, coja luces amigo lector, ese toco tiene nombre propio, “el Toco de Juan”. Se le bautizó así porque al abrigo de su sombra, al amor de su frescura y al halago de sus mudos aplausos hacía yo mis prácticas de retórica, leyendo en voz alta las letras de los boleros de moda, *Júrame*, por ejemplo, que era una desesperada, conminatoria, casi autocrática, petición de entrega, juramentada, poco más o menos que notariada. Con la recitación bolerística aprobé Retórica 1, declarando después las poesías del *Repertorio poético* de Luis Edgardo Ramírez, máximamente con la *Leyenda del Horcón*, que nunca salió del número uno del Hit Parade, saqué Retórica 2, y finalmente, como si estuviera en la tribuna de oradores del Foro Romano, repitiendo los discursos de Cicerón.

Tenía que manotear, resollar grueso entre párrafo y párrafo y mirar alternativamente de lado a lado, como si estuviera asustado, cada cuatro resoplidos.

Yo, por cuenta propia, con el plan de añadir originalidad, es decir, desatendiendo indicaciones expresas de la lección, conferí a estos resoplidos una aproximación a las tonalidades fonocústicas de los bufidos de un toro rijoso contrariado por la cercanía de un rival, con acompañamiento, incluso, de las expresiones corporales con las que el cornúpeto las adereza, en grave desacuerdo (mío, no del astado) con la recomendación del profesor de que había que evitarse el patetismo.

En aquel nivel de mi formación académica, bien jojota todavía, interpreté la docente advertencia como que debía escarbar con las patas, tal como lo hace el bobino cachondo, y eso me lució una mutilación inaceptable de la coreografía del erotismo salvaje, con sus naturales ingredientes de sadismo, atropello y ferocidad, ya que uno no tiene, razonaba yo, por qué contradecir a las vacas que, hasta hoy, han admitido gustosas esos crudos galanteos y si existiera un tribunal para juzgar sucesos de la violencia intrafamiliar bobina, jamás veríamos una vaca por ahí.

Así se lo escribí a mi profesor, considerando, para mis adentros de acuerdo a la consonante lógica asnobisojana, que si las manualidades es lo que se hace con las manos, el patetismo vendría a ser, dialécticamente, la obra de las patas.

Nunca tuve claro si el mal humor con que al final me trató el profesor debiose al estado de mora en que caí con los pagos a la Academia o a la patética, (ahora sí va bien) ignorancia con la que manejé lo de los resoplidos sin patetismo. Bueno, una metida de pata cuando lo que quería era meter la baza.

Con la lectura dramatizada de los discursos de Cicerón estaba sacando la Retórica Tres, la cual hube de interrumpir porque mis vecinos de Burro Bizco comenzaron a murmurar que tanto estudio me estaba bichando el cerebro. Yo me alarmé ante tales rumores pensando que tener fama de loco es tan mal negocio como tratar de venderle zapatos a la Orden de los Carmelitas Descalzos.

Conviene que lo diga justo aquí que en eso del Toco de Juan ocultábanse varios equívocos. Aunque el toco, como árbol, era una realidad tan flagrante como el delito que se comete en el interior de la radiopatrulla policial que anda en pesquisa, y que su verde enramada fue dosel del escenario donde yo me forjé como retórico, hay, todavía, gente que asegura que el Toco de

Juan es frase que hace referencia a que allí me “toqué” yo del cerebro, pero hay más, el cronista del caserío dejó escrito que la expresión el Toco de Juan es corrupción del Togado de Juan. Bueno, así es la historia, dos tercios de imaginación contra un tercio de documentos, de los cuales la mitad son apócrifos.

Debido a ello yo nunca he creído que Alejandro Magno tuvo la ocurrencia de decir: “De no haber sido Alejandro, me hubiese gustado ser Diógenes”. ¡Qué va! Tengo la certeza de que su declaración fue esta: “De no haber sido Alejandro, me hubiese gustado ser Dios”. Quien conoce a Alejandro, como lo conocemos nosotros, no se deja meter esa cabra.

Regresemos a lo rigurosamente histórico, es decir, a los sellos, firmas, pergaminos, compulsas, protocolos, cedularios y actas, y digamos, en base de ello, que, precisamente, comprando unas alpagatas andaba yo por la calle Comercio de Villa de Cura un veinticuatro de noviembre, cuando acusé recibo del reporte sobre la caída del maestro Gallegos.

Tuve la noción, a esa misma hora, de que el coronel Carlos Delgado Chalbaud, su ministro de la Defensa y su amigo, conyoyado con dos socios, le pidió, versallescamente, como era el usual proceder del afrancesado ministro, como si así disminuyera la imborrable mengua, que no volviera por Miraflores

porque su cargo había sido repartido entre tres, a objeto, como podría decir la proclama posterior llegando a lo extravagante, de reducir el desempleo palaciego.

No sé cuál fue el origen ni conozco a los inspiradores, pero es cierto que alguna gente tomó a grave chanza el asunto (o sería para enmascarar la pesadumbre) describiendo con la música del corrido de *Juan Charrasqueado*, el cual tenía pegado Jorge Negrete, los pormenores del derrocamiento.

Algo así decía la sorna cantada: “Un veinticuatro de noviembre en la mañana / a Miraflores le corrieron a avisar / cuídate Rómulo que por ahí te están cazando. / Son tres vergajos, no te vayan a raspar”. No les canto todo el corrido porque el tiempo en máquina de escribir produce congestión prostática e ingurgita las venas hemorroidales que siempre lo están esperando a uno en la bajadita, en la bajadita del recto sigmoides.

No sé qué lectura darle, como han venido diciendo los políticos del último lustro, a esta mezcla de tristeza con guachafita con la que una parte del pueblo venezolano asumió la abrupta caída de la gran figura literaria, moral y ciudadana, que era Rómulo Gallegos (o Santos Luzardo), que desatendió la doma, el rodeo, las candelas y dejó de verla vestida del mastrantal, para meterles pecho y seso a otras domas y a otras

candelas al par que quienes debían agradecerse lo echaban otro nudo a la bolsa.

La admiración que provocaba Rómulo Gallegos era unánime. Yo, por ejemplo (aunque no es el mejor), después de leer *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*, lo hice mi ídolo y a los ídolos se les conceden todas las gracias, todos los poderes y todas las armas.

Las almas llanas (y unas cuantas que no lo son) no conciben a un ídolo derrotado. La tristeza tumultuosa que depara la deidad vencida se desparrama en aturdidadas acusaciones. Debido a ello, tal vez, se hacía befa de los zafios asaltantes del poder, pero parejamente se hacía chanza del esclarecido individuo que, a pesar de su real señorío (más lo que aporta la fantasía del idólatra) de hombre superior, sucumbió expeditamente ante las rudas embestidas de sujetos manifiestamente inferiores. La grandeza se expresó en una gallardía serena y abstinentemente.

Alguien dirá que para ejercer el poder se necesita, más que un creador de ficciones, más que un soñador, lo que se precisa, contrariamente, es uno que crea en prácticas facciones susceptibles de enardecerse, que no dejarán de tener sus ficciones, es cierto, pero siempre ancladas en las tres divinas (pero visibles) porciones: desayuno, almuerzo y cena.

“Divide y reinarás”, dijo el diablo por boca de Maquiavelo.

Lo que quiso decir Maquiavelo es que aquel gobernante que divide, primero que nada, el presupuesto entre todos logra ofrecer estos suculentos dividendos que se sirven, usualmente, en platos, cazuelas y tazas, de modo que cualquier ideología u opinión son discusiones de sobremesa, apagadas por la sedación y somnolencia que produce el hartazgo.

Hay que aclarar que el consejo real que dio el diablo fue este: “Ataruga, entripa, atraganta y te aplaudirán hasta que vuelva el hambre”. Maquiavelo, cortesano y cortejador, lo puso en palabras de salón: divide (el presupuesto) y reincidirás (en la Presidencia).

El golpe contra el maestro Gallegos debió llevar varios ingredientes de humano fango pero, en todo caso, la salsa fue para un atracón fiambre. Realmente, no pareció un golpe sino un lepe. No hubo quejas bullangueras, al día siguiente abrieron hasta las sastrerías que volteaban fluxes.

Técnica del golpe a un amigo

“Soy amigo de Platón, pero más amigo de la verdad”. Suele oírse en los corrillos que se forman en los sellados del Cinco y Seis para examinar los juicios de los comentaristas, que así declaró Aristóteles a un tal Nicodemo, que no se sabe si era su secretario o el semanero de la escuela peripatética que regentaba el Estagirita. Aristóteles era llamado el Estagirita porque había nacido en la ciudad macedónica llamada Estagira, según los historiadores que precedieron a Heródoto, aficionados, por supuesto, pero algunos alumnos de este, diplomados, desde luego, sostienen beligerantemente que a Aristóteles se le aplicó el apodo del Estagirita porque al final de cada vuelta que daba al perípato, acompañado de sus discípulos y de oyentes coleados, les decía, indefectiblemente, lo que les enseñé en esta girita se lo preguntaré mañana, por escrito.

Platón tuvo en Aristóteles un pupilo fuera de serie, como se dice hoy para exaltar la singularidad, pero que en aquella época se decía “fuera de Siria”, visto que este país era monopro-

ductor de chorizos que salían en largas ristras, aunque de una calidad hasta hoy insuperada.

Aristóteles, en su turno, contó con un párvulo cuyas calificaciones no pueden ser más rumbosas, Alejandro Magno, pero este nunca dijo soy amigo de Aristóteles, mi maestro de escuela, pero más amigo de las vacaciones, sino que, contrariamente, en una ocasión declaró solemnemente: “Quiero más a Aristóteles, mi maestro, que a Filipo, mi padre, porque este me dio un cetro, pero aquel me enseñó a no ser un cutre”, y eso que Alejandro era un guerrero rezongón y zumbado. Bueno, uno no sabe si eso lo dijo frente al maestro minutos antes de entrar a un examen de trigonometría. Una jaladita profiláctica, pues.

Es fácil advertir en la confesión de Aristóteles, pupilo de Platón, una clara intención de desobediencia civil a las lecciones del maestro. Para que se dé el salto de talanquera solo falta el impulso. Muy poca gente lo sospecha, pero la rebelión contra el Partido Único la inició Adán y se consolidó definitivamente, para siempre, con esta frase de Aristóteles: “Soy amigo de Platón, pero más amigo de la verdad”.

Ahora, si entre filósofos, donde el egoísmo es más raro que un alacrán amistoso, y que han convivido veinte años, como Platón y Aristóteles, y que han conversado, respetando escri-

pulosamente el derecho de palabra, sobre todos los problemas del mundo, incluyendo los de Física, Química y Matemáticas que más salen en los exámenes finales, se da un acuerdo vacilante, que podría ser interferido por una cuestión de tan poco rango ontológico y noético como la discrepancia académico-peripatética en torno a la carga de contradicción éticoestética que embarga al ateniense burgués cuando adquiere, por oferta fenicia, una alfombra persa, pieza emblemática del enemigo histórico de los griegos, qué quedará de lealtad para hombres que no tendrán nunca el apersogamiento que comprometió la vida y sus afanes de aquella pareja de inmortales, Platón y Aristóteles.

No obstante la adhesión melcochosa, friable, descalandrajable, por tanto, yo me atrevo a jurar que Aristóteles jamás le daría un golpe a Platón y mucho menos a la verdad de la cual era mucho más amigo, según propio testimonio.

Como los griegos se copiaron de los maracuchos en eso de usar nombres insólitos, o inauditos, uno no sabe, a estar alturas, si la tal Verdad no sería alguna moza de Peloponeso con la cual tenía Aristóteles relaciones más allá de las platónicas. Si así fuera, la frase “Soy amigo de Platón, pero más de la Verdad”, como diría un gallego, de la Manuela, la célebre sentencia tomaría un giro inusitado.

Yo, que apenas medio escarbo en la historia, nada sé de los descendientes de Aristóteles, parece que no existieran, lo cual debe movernos a sospechar dos cosas, por lo menos, que Aristóteles era tan platónico como su maestro o que se le bajaron las parótidas y quedó estéril, porque los hijos de una celebridad tan a prueba del tiempo no pueden pasar inadvertidos ni que lo hicieran a propósito para librarse de secuestros.

Alrededor de este asunto es justo (y hasta saludable) destacar que yo prefiero ser hijo de Stalin, con todo lo desacreditado en lo que lo dejó Nikita Khrushchev, que hijo de Putin.

Es bueno pensar, sin embargo, en descargo del aparente bamboleo de Aristóteles, que este colocaba la amistad, según su propuesta del Justo Medio, a mitad justamente del trecho que va de la hostilidad a la adulancia, asunto que nos cuesta entender porque nosotros, los que habitamos el territorio que Alonso de Ojeda llamó Venecia Pequeña o Venezuela, no practicamos la amistad sino la curruñería, la cual rueda bastante hacia la adulancia.

Los venezolanos, por cierto, debemos darle, a diario, gracias al cielo por haber procurado que Alonso de Ojeda, al bautizarnos, se acordara de Venecia y no de Tokio, visto que en este último caso nuestro país se llamaría Tokoela y yo ostentaría el atrevido gentilicio de “tokoelano”.

Al final de estas disquisiciones arribamos al planteamiento medular del gran rompecabezas: Cómo se le da un golpe de Estado a un amigo.

¿Será invitándolo a un almuerzo de mondongo y patas, con bastante plátano pintón, y capturándolo (al amigo acechado, no al mondongo) a eso de las 2 p.m., cuando le esté pegando la modorra que sigue invariablemente a este género de tragantonas soporíferas?

¿Será tirándole la granada y escondiendo la espoleta para encaratar, a la hora de investigaciones neutrales, los estudios de balística o las indagatorias pomológicas porque cuando la granada es tipo piña se involucran, obviamente, dos frutas?

¿Será mandándole por fax la proclama de la rebelión donde se hablará, por supuesto, de “los altos intereses de la patria”, desvelo del golpista, desde luego, pero encabezada por los versos: “Amigos, mentira, no hay amigos, / la amistad verdadera es ilusión”, con lo cual se pretende matar un poco el remordimiento, que siempre lo hay, por muy perro que sea el ejecutor de la felonía?

¿Será que el amigo golpista actúa sin escrúpulo alguno pero amparado por una cirugía plástica que le hace parecer a un

olvidado rival juvenil a quien el golpeado quitó una novia y de ese modo se aligeran la culpa incipiente del uno y la culpa consolidada del otro?

Queda así examinado todo lo referente al método del golpe donde la amistad previa entre víctima y victimario es un ingrediente original, pero otra cosa grave a investigar es la sibilina relación éticocromática entre la moral de la amistad y los morados de la golpeadura.

Para ahondar en el esclarecimiento del enigma replanteemos la estelar interrogante: ¿Cómo se le da un oscuronazo a un presidente con el que compartimos a diario datos hípicos, recetas de dulces criollos y hasta el juego de pares o nones?

Yo estoy bien lejos, en cuanto a perspicacia y curtidura en el oficio, del periodista italiano Curzio Malaparte, autor del texto Técnica del golpe de Estado, y en ese camino no he ido más allá de consolidarme como un cursi mala pata, pero lo que está pergeñado en los cuatro párrafos que anteceden agota el tema del golpe de Estado a un amigo.

Temo que el propio coronel Delgado no hubiera podido desenmarañar esa madeja, porque no es raro que uno mismo desconozca el origen o la motivación de sus personales impulsos

e inclinaciones. Yo, por ejemplo, no podría explicar el arrebatado que me domina, cuando veo un bachaco, de acabar con él, *ipso facto*, siguiendo el feroz procedimiento del descuartizamiento, sin que medie ni siquiera un juicio sumarísimo. Tampoco sé de los móviles (porque deben ser varios) que me inducen a tenderme a pierna suelta en una hamaca de curagua, colgada bajo la fresca fronda de un cotoperiz, cuando el meridiano discurre entre las 12 m. y las 2 p.m. Bueno, de misterios como estos rebosa el corazón humano.

Aun leyendo las memorias del coronel seguiríamos ignorantes porque las memorias son, en todos los casos, retratos retocados, con verrugas disimuladas, gracias amplificadas y encantos postizos.

Yo, sin embargo (por cinismo cuyas raíces están muy hondas), puedo revelar en estas memorias más la emboscada que me tendió una venada, la cual, cada vez que me le acercaba, estiraba su cuerpo, como bostezando, y alzaba picaronamente su breve cola para dejar al descubierto, sin recato alguno, el tibio argumento de su maquinación diabólica.

Pero lo publico porque resistí con heroica renuncia aquella tentación infame, mas nunca revelaré, aunque me cite el Senado americano, las intimidades últimas de lo que aconteció

con una cochina llamada Mónica, que encontré metida en mi chinchorro, viniendo yo bajo los efectos desmoralizantes, oculodistorsionantes y audioatizadores de malignas mixturas de aguardiente con berro y malojillo.

Cuando Mónica percibió el calor de mi sangre inició unos quejidos tan satánicamente desestabilizadores que estuve a punto de convocar a las fuerzas vivas de la nación para evitar la ruptura del hilo constitucional, porque ya me habían enajenado el cerebelo, perdiendo toda coordinación motriz y liberando las bajas ideas cuya estación es contigua al bulbo raquídeo. Esto lo sé porque todavía me toco la zona y me espeluco.

Bueno, no soy estatua, y el alcohol pierde al más casto. En aquella juventud encochinada y bestial, sin necesidad, además, de disponer de un buen balance para un préstamo bancario, a mí no me importaba que me llamaran perdido, sin saber, los acusadores, que sufría de desesperación, sobre todo cuando estaba en esos trances y no encontraba ni siquiera una cochina.

Queda comprobado, pues, que confiarle el Ministerio de la Defensa a un amigo siempre será una aventura, aunque hasta la cena en conjunto el día anterior al golpe su lealtad haya estado a prueba de borrones y de raspaduras

Comenzó un trío y terminó un solista

Carlos Delgado Chalbaud, que en paz descanse, se diligenció, tristemente, su pasaje al otro mundo donde se hace mejor vida (porque no hay codicia), buscando afanosamente un ámbito superior de este lado del universo, que está ocupado por Dios, porque lo demás es un valle de lágrimas y de bombas lacrimógenas. O tal vez se sacrificó dejándose fascinar por fantasmagorías, porque no podemos asegurar que en el caso de Delgado Chalbaud privaron los cariños que nos acercan al diablo y aunque el egoísmo, el narcisismo, el personalismo y el individualismo son los más recios propulsores de las acciones humanas y, también, de los zorros cangrejeros, de la hiena orejona y del tigre de bengala, es decir, de todo semoviente que se considere con derecho a la consagración y en este rango entra todo lo que nace, crece y se entusiasma con los centros comerciales, aunque, repito, la vanidad se desparrame por fuera del impermeable, siempre se consigue un banquero que paga más por los ahorros, un carnicero que come falda y lagarto y deja el lomito para los prójimos, un obrero que labora más allá de lo que le toca e infinidad de seres que se engullen una

parrilla escogiendo para ello la modalidad colectiva porque desean, simplemente, compartir el placer que depara un churrasco de ternera, lo cual es altruismo engrandecido, pruebas, todas las enumeradas, del desprendimiento y de la solidaridad humana, señales de que en el corazón del hombre, atestado a bribonerías, suele haber un puesto de buhonero, un kiosko, un ventorrillo para la caridad, el ejercicio de la compasión y para las ofertas especiales de los comerciantes.

Pudiera ser que Delgado creyó, de buena fe, que con él llegarían a Venezuela todos los auspicios, se acortaría el verano, el sol quemaría menos, el anquilostoma mudaría los hábitos alimenticios y hasta el viento renunciaría a su insolencia de apagar las velas en las procesiones.

De modo que los resortes que movieron la voluntad de Delgado Chalbaud no tienen por qué buscarse, forzosamente, en aguas turbias ni en las perfidias de las emboscadas. Se ven con alguna frecuencia individuos de la especie que se inclina a competir con Dios y he ahí el pecado.

Cuando al coronel Delgado Chalbaud le faltaban once días para cumplir dos años en el gobierno, una tempestad arrasadora, con la figura de Rafael Simón Urbina, un tirador de paradas (y de balas), le bajó la persiana a su estrella.

Nueve días habían corrido de la última quincena que debía cobrar el maestro Gallegos como presidente de la República, cuando una borrasca, con el semblante de Carlos Delgado y asociados, Marcos y Felipe, le menoscabaron sus ingresos y le truncaron un glorioso anhelo paciente y honrosamente forjado.

Los insultos más ásperos que le dirigió Urbina a Delgado Chalbaud, mientras lo mantenía secuestrado, consistieron en enrostrarle que era un pendejo y que era un francés.

Por si eso merecía morir, por ser pendejo o por ser francés, entonces el autor de estas *Memorias* no habría llegado ni a la edad preescolar, porque yo vengo dando muestras de ser pendejo desde las primeras horas de la lactancia, con decirles que mamaba llorando lo cual es una cantimpler (o desacato a las leyes de la gravitación universal) del mismo calibre (o ultraje a las leyes de los gases) que gritar para adentro.

Menos mal que yo no tengo de francés ni siquiera la colonia- lista apetencia por la canilla de pan francés, porque si no cogería lo que se llama acumulación de cargos y sería candidato a muerto irreversible e inaplazable según el criterio penológico de Rafael Simón Urbina.

Desdeñando los aparejos de la retórica, que es mi obsesión, diré que después del carajazo del magnicidio (vergajazo es casi un eufemismo pero deja un moretón mayor), llegó Germán Suárez Flamerich, tema de relleno según criterios zahoríes que descubrieron, además, que el merengue con mejor posición en Hit Parade era el que interpretaba, en el *longplay*, el vocalista Marcos Evangelista Pérez Jiménez, quien como aficionado ya había pegado otro tema.

Tarugo le llamaron, pero si hubiese vivido para la época de los reyes merovingios, le hubieran apodado “Marcos el Compacto” porque era el cuerpo breve y comprimido y de ideas módicas pero macizas.

Un trío de porfías aguijoneó su gobierno: arrancar de raíz la siembra de los que iban a la contra (adecos y comunistas), formar y mantener una tropa de esbirros desalmados a quienes les temieran hasta Batman y Robin, y hacer con arena, cemento y cabillas todo cuanto pudiera, día y noche, en sequía y en inundación, rabioso o jocundo. El caporal de esas obras era él mismo. Yo le vi en una ocasión supervisando la instalación de un templete de Carnaval.

Ninguno de los afanes que llenaron su currículum le impidió caer en barrena diez años después.

¿Será que estos descensos bruscos y aparatosos que dicen que el poder desgasta, devasta, descasta y hasta llega a podrir al poderhabiente?

Con bailes, procesiones, templetos, romerías, asuetos, gaudemus, kermesses, vítores y convites, que parecían una mezcla de carnaval con fin de año, es decir, un jolgorio universal directo y sin secretos, celebró el pueblo el batacazo del general “Marcos Pérez Jiménez / presidente constitucional / elegido por el pueblo / con orgullo nacional”, como decía un porro de la época y que estaba en todas las rocolas, el veintitrés de enero de mil novecientos cincuenta y ocho. Pero vea usted, lector asombrado, cinco años después no ganó follón unas elecciones porque se lo impidieron con evasivas legislativas concebidas a propósito los nuevos gerentes del cielo de la democracia, pero sacó tantos votos, en efigie, para congresantes y concejales que hubo que contratar personal extra para contarlos. ¿Sería sobre los apotegmas de los Siete Sabios que se construyó en ese otro que pregona que el pueblo nunca se equivoca?

¡Dios mío!, ¿el mundo habrá sido siempre así? ¿Seré yo prójimo, o del mismo ensamblaje, de esa gente que cambia de bagre a corroncho, de golpe tocuyano a polca y de sopa de trompa de cochino a empanadas de cachete de mono nigeriano, sin

el exequátur del ángel custodio, es decir, contando solamente con el resguardo que le asegura la homeostasis?

Bueno, en cuestiones de volteriedad, inconstancia y flaqueza, yo no puedo tirar la primera piedra ni estoy en condiciones de coger turno en eso de colarme de rondón en la lapidación del veleidoso, porque yo he mudado de piel más que una culebra, y siempre he cargado con la eterna aspiración de cambiar la cara que porto hasta por una cara de ponchado, de modo que es ahora, cuando escribo este párrafo, que estoy cayendo en cuenta de la hipocresía que me salió en los renglones anteriores.

Tumbar un lobanillo de la frente o arrancar un colmillo encastrado eran las más arduas hazañas de la cirugía plástica en los años del comienzo de mi ruina facial, pero ya yo les pedía a las ánimas un rostro reformulado o, al menos, una jeta enmendada, aunque se le viera el borrón y la raspadura.

De modo que sí, en eso de mudar de banco, buscando las tasas más exultantes, nos parecemos todos, tanto como el dolor de barriga promovido por unas caraotas piches o un dolor que nos llega, al mismo epicentro, tras la diligencia de un hervido de mondongo que pasó la noche al sereno.

Los hombres somos, ciertamente, cuates, a lo mejicano, hasta que nos toca repartirnos una fortuna heredada. Aquí comienza, indefectiblemente, el desencuentro, es decir, cuando no encuentra, a la hora de reparto, la gratificante porción que esperaba recibir.

Cuando Pérez Jiménez, ya caído y embarrialado, se había puesto a salvo de la manada de váquiros enfurruñados que querían morderle el atlas, que es la vértebra más clandestina, vi la ya vieja película *Lo que el viento se llevó*.

Examinando las facciones de Clark Gable, como quien revisa la yema de un dedo para sacarse un pelo de tuna, caí en una crisis de idolatría identificatoria, esquizoparanoide, metayoica, egocentrípeta, como diría un psicoanalista de los que bucean en el sótano tres de la infraconciencia, pero, ¡jepa!, no crea, lector insidioso, que fue porque me titiló la luz planetaria de la machura vergoandroide o que la cadena del tiempo balanotesticular saltó un diente. No, ¡qué va!, ¡ni que vaina!

Lo que pasó fue que quien me alborotó las hormonas, las enzimas y los mediadores químicos de la sinapsis, animando, de paso, al colesterol bueno, fue, quién puede dudarlo, Vivien Leigh y ese bochinche bioquímico (o vivienquímico) me llevó a tomar lecciones de todas las morisquetas románticas que

salían de la cara de Clark, contando con que si aprovechaba esas tiernas asignaturas y, parejamente, me topaba en algunas de las paradas entre la calle de El Ganado de Villa de Cura y la laguna de Taiguayguay con una moza que poseyera aunque fuese solo la nariz de Vivien, mi felicidad quedaba garantizada por el régimen de Seguridad Social Mixta, es decir, por una pensión de vejez de las que aparecen en los cuentos de hadas, más otra pensión, ofrecida por el romanticismo sindical inspirado por Víctor Hugo, por inhabilitación de los dedos pulgar y medio izquierdos, que eran con los que yo oprimía la pera de la corneta del autobús.

Debo explicar al lector del tercer milenio que un autobús sin corneta tenía el mismo luctuoso destino que un galán con las uñas sucias.

Los votos de los feos, los bonitos los desean

Para la inteligencia de las líneas precedentes debo añadir a esa reláfica, cardiofilmica, es decir, a los amores de película de los cuales fui subsidiario estelar, como ya vieron, que el adiposo general Pérez Jiménez con cara de cachapa saraza (me estoy desquitando por el pánico que le tuve, tan colosal, que he esperado cuarenta y nueve años para hacerlo) fue sustituido por un galán, marino entalladito, con copete de paují, tocador de cuatro, con discurso simpático y que se encomendaba a Dios cada vez que estornudaba o, lo que es igual, nos llegó un presidente creyente, copetudito, cuatrista y complaciente, digamos que bien embalado para encarrilar muchedumbres exaltadas y salidas de madre.

Estábamos los venezolanos, para decirlo con palabras llanas, en posesión de un líder que nos ofrecía las cuatro “C” creyente, copetudo, cuatrista y complaciente, que es lo que busca todo cristiano bien avisado y bailado chiquito.

Wolfgang Larrazábal fue el sujeto que portaba esta insuperable batería de hechizos. A ello agregó, con sublime remate o postre embrujador, el rumboso Plan de Emergencia.

Significó este programa, dulcificador raudo de las amarguras por carencias acumuladas, que todo desempleado encontró colocación inventándose un oficio. “¿Cuál es su ocupación?”, preguntaba el listero de la obra semificticia. “Zanjero”, contestaba el interpelado. “¿Algún postgrado?”, interrogaba nuevamente el burócrata. “En chícura andina y escardilla margariteña”, acotaba el ocioso solicitante. “Bueno”, concluía el emergente empleador, “comienza a trabajar retroactivamente desde el veintitrés de enero, a la una de la madrugada, la hora en que se fugó el caporal déspota, con un sueldo de tres mil bolívares, dos mil por el curso básico y mil por el posgrado”.

Mi mujer me estuvo tentando para que me reportara como leyendero mural de baños públicos de carretera, con posgrado en mensajes rimados como este: “Si usted es como un avestruz / que caga flojo y parado / no vaya a salir chorreado / porque ensucia el autobús”. Por supuesto, no era un mensaje mural sino que, escrito en un cartelito, lo exponía a la vista de los pasajeros cuando regresaban de los baños.

Mire, yo no agarré ese pan grande porque con los activos líquidos que yo atesoraba tuve el temor de que ese reparto de numerario fuese investigado por la OEA y esa fue la única razón, la cual se afinca en el pavor que siento de verme interrogado por una plenaria de cancilleres, eso me espanta más que ver una foto donde yo aparezco firmando el Decreto de Carmona. No en balde al cáncer lo llaman canciller.

A mí me causa menos repullo (nombre del barajuste causado por un acceso de culillo flagrante) una centella que cae a una brazada de donde estoy que una citación de cancillería para asunto que me concierne, donde lo concerniente en nada me concernía, verdaderamente, porque como alecciona la copla anónima: “Qué va a ser poncha con rabo / y anguilla con aleción, / araguato con cintura / y vieja con cinturón”, qué voy a hacer yo con provocar a los organismos internacionales si dispongo de una cuenta bancaria tan abarrotada de ceros que me mareo contándolos.

Aquel primer galán que fue Wolfgang, con figura como para hacerle promoción a un mono para gimnasia y con una cara como para conseguir novia por correspondencia, fue derrotado en el torneo para presidente constitucional, por el feazo sute Rómulo Betancourt.

De este curioso suceso surgió esa maciza sabiduría que puesta en refrán sostiene “los votos de los feos, los bonitos los desean”.

Después de diez años de exilio, vuelve Rómulo y gana holgado en las tarjetas de todos los jueces.

Recibe una banda presidencial del profesor Edgar Sanabria, a quien apodaban “el Flaco” porque geoméricamente ocupaba el mismo espacio de frente que de perfil, a lo cual se añadía que de los talones al occipucio mediaba un trecho de unas dos varas y cuarto, factores matemáticos ambos, lo geométrico y lo aritmético, que asemejaban la silueta a la de unos dos metros de cabilla de la variedad tripaepollo, pero era un gran señor, magro y todo.

Reincide Rómulo luego de dos lustros de destierro volviendo igualito, como esos muertos refractarios a los maquillajes que suele imponer la parca: la misma cara, con zanjones y collados e imagen de guanábana picada de pájaro, voz de púber con adenoides, regañón, mal hablado y cortón como portero con dolor de muelas.

Durante todo su período confrontó a unos guerrilleros enardecidos que le salían hasta por los ojales del paltó. A estos les ganó, también, de campana a campana. Desde luego, no pode-

mos certificar si alguno de los baches que exhibía su arañado rostro debiose a los afectos de una mano guerrillera que no pudo quitarse con una de sus magistrales fintas. Parece que no.

Lo cierto es que los guerrilleros recibieron conteo de protección en cada uno de los *rounds*.

La lucha, en todo caso, era desigual. Pollos sin antecedentes de peleas de compromiso, ni siquiera con experiencia en peleas chuscas o de charanga, contra un zambo poncho jugado en siete plazas.

Los guerrilleros se entusiasmaron tal vez con el mensaje de Virgilio el romano: “La fortuna ayuda a los audaces”.

Para salvar el tino de la profecía virgiliana diríamos nosotros que la guerrilla no fue audaz sino temeraria. Por eso, digo yo, se extinguió como el Penetro, aquel tubito mentolado cuyo volátil contenido se aspiraba para despejar los cañones de la nariz y que se iba por cuenta propia si se dejaba destapado.

Al comienzo de su gobierno le hicieron estallar una bomba cerquita suyo, no los guerrilleros, que le hizo doblar las rodillas y recostarse de las sogas, pero se recuperó raudamente porque era un incomparable asimilador. Al final le levantaron el brazo.

Se retiró disciplinadamente por mandato de cánones, ordenanzas y estatutos contenidos en una cosa que han venido mentando Constitución y que algunos apodan Carta Magna, para no leerla, por lo largo, según la descubierta intención del sobrenombre que le han puesto.

Del buen corazón a la hidalga Facundia

Rómulo dejó las riendas a su compañero de partido y de partidas al exilio Raúl Leoni, el cual ganó las elecciones contra el pronóstico de todas las revistas hípcas mejor asesoradas, es decir, las revistas de mejor seso y horadación en lo que ha de suceder.

Hombre apacible como las aguas de un pequeño embalse, callado como la estatua de Julio César diciendo *Veni, vidi, vici*, un telegrama, en aquella época (la de Leoni, no la de Julio César) de real y medio, que era la tarifa menor.

Leoni era también ajeno a las polémicas, como un monje sordomudo. Hombre de buen corazón, con aval clínico profuso. Si ha habido presidentes silenciosos en Venezuela, Leoni fue uno de ellos. Ser cazurro, encerrado en sí, tiene ostensibles ventajas: el que poco habla no tendrá que extenuarse dando explicaciones y exhibirá un caudal de errores por debajo de media aritmética, al menos de los yerros que usan al verbo para su consagración. Antes se afirmaba, para tranquilidad

de los verborrágicos, *verba volant, scripta manent*, las palabras vuelan, lo escrito permanece, certeza que devino en falencia por la operación de una muchedumbre de videoaficionados y de *paparazzi* que no abandonan nunca el acecho, con tal impertinencia que las confidencias sobre pecados eróticos que uno ha hecho, en el más hondo secreto a su confesor, las vende, horas después, cualquier buhonero como literatura pornográfica.

Al doctor Leoni jamás le habrían hecho algo parecido porque era un alma insonora, pero por sus gazapos en el silabeo se hicieron clandestinos chistes de todos los paseos y medidas, sin el aval, por supuesto, del Departamento de Metrología Nacional. Eso sí, clandestinos, con precaria difusión bucoauricular directa, sin apoyo radioeléctrico, porque no estaban dadas las condiciones, como suelen decir los marxistas (para dárselas de profundos) para una cosa como “la Reconstituyente” o “el Pantaletazo”, chirigotas lesogubernamentales que se escenificaron recientemente (2004) sin hostigamiento oficial.

De aquellos chistes de circulación extramediática uno de los más publicables es el siguiente: un periodista extranjero, en una larga entrevista, hurgó en torno a los pasatiempos del presidente a lo cual el entrevistado respondió: Soy sifilítico, ¡perdón!, filatélico.

Su gobierno fue relativamente apacible, a pesar de que la oposición armada aún estaba viva. Un escándalo, sin embargo, empañó su *performance* espiritual no funeraria: el asesinato, por la policía política, del profesor Lovera cuyo cadáver fue lanzado al mar de Lecherías, con un pico atado al cuello con una gruesa cadena.

Un juicio sereno podría plantearse así: Raúl Leoni no mostró condiciones personales que alimentaran rechazos hacia sí o hacia su gobierno, pero no hay un solo guarapero, por pulcro y diligente que sea, que pueda impedir que le caiga mosquito al guarapo.

A Leoni le resultó exitoso aguantar callado, como una camisa de dril caqui, lo cual no era postizo ni forzado, fue, sencillamente, fiel a su temple ingénito.

Entregó el gobierno, inaugurando una era en los anales patrios, a un adversario político que ganó, de paso, por una fruslería de sufragios que, por lo mismo, se prestaba a querellas y a fácil fraude disimulado.

Recibe el mando un hombre que lo venía aspirando desde que se produjeron los primeros descontentos contra Compañía Guipuzcoana: Rafael Caldera, académico, de hidalga facun-

dia, pana espiritual de don Andrés Bello, cuyo nombre le puso a un hijo suyo.

De haber sido posible, seguro que don Andrés sería hoy su compadre y tal vez socio en alguna editorial.

Caldera ha sido el gerente vitalicio de la sucursal venezolana de la Democracia Cristiana.

Rostro pálido y desértico (ni un solo pelo de barba le adjudicó la Providencia), por tanto, lampiño conjurado, la Gillette nunca lo contó entre sus favorecedores, si hubiera tenido cómo, usaría bigoticos recortados, con amplio cortafuego y en el medio.

Cabello frenéticamente bien peinado, sostenido así con una fórmula tan eficaz que nunca dejó que se le encabritara ni una sola greña. Los calvos, esos que se tienden, como si fuera un sobrecama, las mechass procedentes de las pendientes supra-auriculares sobre las áreas yermas, se han venido complotando sin éxito desde que vieron el primer afiche de Caldera, para ponerse en posesión de la receta fijadora. Nadie ha visto des-peinado a Rafael, ni siquiera la ducha más torrencial, mucho menos un *valet de chambre* y mire que hubo *paparazzi* tras esa gloria. Un ciclón hubiera podido arrancarle los botones de la camisa, pero jamás borrarle la raya del peinado.

Tiene una consecuencia religiosa con el propósito de discursar, no importa que sea como motivo de la proclamación de la nueva junta directiva de la Sociedad de Sordos y Duros de Oídos de la Tercera Edad de la cual es presidente honorario el doctor Caldera.

No pelaba la asistencia de ningún congreso, fuese de ingeniería nuclear o sobre la defensa de los precios internacionales de los garrotes encabuyados.

Si iba a Italia discurría en italiano legítimo (como Petrarca), si visitaba la Alemania, disertaba (con el abolengo de Goethe) en el idioma germano más académico, y en toda intervención se lucía como si tuviera un magister sobre el tema en cuestión. Su verbosidad, su compulsión de filatero, no se desparrama en el público de galería, sino en los palcos de preferencia donde se arremansaba gozosa.

Dicen que es soberbio hasta en el juego de dominó y que cuando le ahorcaban la “cochina” pasaba una semana durmiendo con pesadillas y al compañero de partida que le había propiciado tal descalabro, según su voluntariosa indiferencia, no le recibía la cuenta, si era ministro, durante un mes.

Cuando yo me di cuenta de las prendas retóricas con las que se adornaba Caldera empecé, por llamado de la sangre, a simpatizar con él a través de una creciente admiración, la cual se encaramó tan alta que una vez mi mujer me increpó: ¿Qué vaina es, Juan, como que te está patinando el hidromático? Excesiva suspicacia de la negra porque yo nunca he dado trapiés en eso de conservar la homeostasis androetológica.

Antes yo había tenido una visible aproximación a Betancourt, acercamiento estrictamente léxicorretórico porque ya no militaba yo en las filas de los alpargatudos, como identificaban en el club a los adecos.

Ese arrime se forzó al amor de aquellas resonantes locuciones del caudillo adeco: que si los sicofantes del hamponato, que si obsoleto y periclitado, que si las multisápidas hayacas, etc., pero desde que oí que Uslar Pietri, santo a quien siempre encendí cirios, por no decir velas de sebo, que es lo real pero desentona en este trance obligatoriamente precisista en que me hallo, desde que tuve conocimiento, repito, de que Uslar había dicho que Betancourt solo exhibía una barata quincalla verbal, me invadió el amoscamiento que hasta tuve que ir a San Juan de los Morros a tomar unos baños termales.

En aquella época no se conocía el estrés o solo era mencionado de fiestas patronales a fiestas patronales por los telegrafistas, que eran los ateneístas de aquel momento, si no, mi familia me hubiese llevado a una masajista buenamoza y perfumada, fórmula imbatible contra todo tipo de despalomamiento que nos llegue por vía de una sensibilidad artísticoespiritual exacerbada.

La acusación (o crítica literaria descarnada, que suele verse) de Uslar Pietri me espantó de las quincallerías, de ahí en adelante nunca dispuse de un abrelatas ni un pelador de papas, y me dio por repasar los discursos de Cicerón, que era igual que visitar académicas tiendas por departamento.

Con Caldera me enfrió otra cosa, su retórica me siguió conquistando, pero el infierno en que se fue convirtiendo la carretera Palo Negro-Valencia y la pobre inspiración que animaba el doctor Caldera contra los baches, las fallas de borde y el taponamiento de las cunetas me hizo recordar aquel dicharacho de los antiguos, epicureístas probablemente, que aconsejaba: “Primero vivir, luego filosofar”, tan igual a nuestro vernáculo apotegma: “Párale bolas al tren delantero y si te sobra algo lo gastas en liras, musas y metáforas”. Ciertamente, la alegría que me causaba la gestación de un pindárico madrigal me la tumbara la dispendiosa adquisición intempestiva de un terminal,

un muñón, una meseta o una araña, por lo que me arrinconé en una discretísima audiencia de las alocuciones del presidente Caldera.

Mucho antes que a Pedro Vargas o a José Alfredo Jiménez, los dos o homéricos trovadores aztecas, a mí me dijo un colega arriero de San José de Guaribe, con la misma sabiduría de los de Jalisco, que para saber llegar (a desenjalmar los burros) hay que atender, por encima de toda prisa, al burro campanero, que es el otrora tren delantero.

Por desatender esa regla de oro, manada de la ciencia infusa de un dirigente de brutos, perdió Caldera.

Su candidato, Lorenzo Fernández, no ganó las elecciones porque todos los trenes delanteros de Venezuela estaban entre aporreados y malheridos en vista de que las carreteras, sus ab-sueitas victimarias, fueron entregadas a la furia del uso, sin un cariño, un arrumaco, un mimo.

Después del zarandeo, la pachorra

Oigan esto: Yo, Juan Frei, soy feo más por falta de mantenimiento que por un mal de ensamblaje original, y ahí está, por descuido del mantenimiento vial por parte del doctor Caldera, llegó Carlos Andrés Pérez batiendo los brazos como molino de viento azotado por un ventarrón, sacudiéndose el polvo de los caminos que anduvo entre sol arrechó y sequía malévolá en lo más bravío del verano, como un caminante contumaz, que uno no sabe si caminaba siguiendo recomendaciones del jefe de campaña o por prescripción médica.

No tuvo que restregar los zapatos en el felpudo ya que barro no traía, porque siempre fue un victorioso salvador de charcos cuando lo atajaron crecidas chorreras por un pródigo invierno que le inspiró aquel aguacero de decretos entre cuyos resultados recordamos con alarma, todavía, la crítica sobrepoblación malthusiana de ascensoristas a los que uno encontraba instalados en los huecos donde presumiblemente iría un ascensor. El otro recuerdo, inundado, también, de asombro, es la

limpieza escrupulosa de los baños de carretera que desorientó gravemente a la población la cual no sabía, en un momento dado, si estaba orinando o despojándose de cosas peores, en lugares históricamente *ad hoc* o estaban profanando quirófanos, tal era la antisepsia y el aire de salud que se respiraba en esos, ahora, pulquérrimos recintos.

Lo malo de aquel sorprendente e idílico acontecer fue que esas drásticas conmociones duraron lo que un suspiro en un chinchorro, pronto regresó la sordidez y la catínga a infestar los aposentos donde se descargan las sobras de los banquetes, y los ascensores, otra vez solitarios, volvieron a servir de ambiente providencial para jamoneos emergentes.

A la parsimonia académica del teórico de la hidalga facundia sucedió el arranque brusco del empírico zarandillo.

Carlos Andrés mareaba, con su azogue, a los zalameros que lo rodeaban porque no lo podían seguir sino con la vista, tal era el cinetismo hecho presidente, y después de una hora de resolver y revirar los ojos de aquí para allá y a la reversa, salían con náuseas como si hubieran estado bailando serepe. Bueno, el cielo no deja pecado sin castigo, y la náusea es pena equivalente, para el zalamero, a un furúnculo en la nalga para el perezoso.

Al vértigo que causaba al séquito de cortesés ajilimójilis, añadía el movedizo mandatario un incontenible afán de componer al mundo o de pasar por buena gente (lo fue para unos cuantos).

Regalaba barcos a los países donde no había viento para velas, prometiéndoles para después (al mes siguiente) mares con ventilación privada autogestada, tal vez por varias bandadas de albatros volando de orilla a orilla.

Se desalentaba cuando un terremoto o huracán no dejaba víctimas, porque eso le quitaba el chance de enviar unos cuantos tercios de casabe, unas varias gruesas de pencas de lebranche salado, centenas de cargas de papelón e infinidad de paquetes de catalina. No hay que quitar que tales socorros los hacía con el mejor buen corazón, pero desde que Freud develó lo del inconsciente patógeno, uno está obligado a buscar morbos en el piso del abismo de la mente del sujeto menos sospechoso, y en el caso de Carlos Andrés barruntamos que si uno bucea a mayor profundidad se topará seguramente con algún intrínquilis, la reparación, culpa mediante, por ejemplo, de la muerte, bajo tortura infantil, que le infligió a una lagartija damnificada que tomó su cuarto como refugio, luego de un damnificante aguacero, es decir, la obsesiva catástrofoasis de Carlos Andrés no era otra cosa que el resarcimiento, por sentimientos de culpa, del aniquilamiento cruel perpetrado contra un reptil saurio

que buscaba, atribulado, un asilo perentorio luego de la catastrófica inundación de su cueva, causada por un torrencial aguacero que azotó al pueblo de Rubio, donde Carlos Andrés vio la primera luz y vio a las primeras lagartijas huyendo des-pavoridas ante la amenaza de los elementos desatados.

Pero pudiera ser que lo del inconsciente patógeno sea una fantasía de Freud promovida por frustraciones infantiles suyas como partícipe en el juego del palito escondido. En este caso donde lo de Freud es un invento y lo de Carlos Andrés es, por tanto, una ficción nuestra, entonces el jodido soy yo que anda soltando calumnias a diestro y siniestro, sobre todo a lo siniestro porque Carlos Andrés fue un zurdo contrariado, es decir, que recibía un palmetazo, en la escuela, cuando el maestro lo veía escribiendo con la mano izquierda, y contrariar el hábito manual ingénito puede ser más perturbador, para el niño que lo padece, que obligarlo a escribir agarrando el lápiz con el guante de boxeo. Lo menos malo que le puede ocurrir a un individuo zurdo cuyo hábito manual haya sido violentamente contrariado es que, al cumplir la mayoría de edad, salga desesperado a fundar un partido de izquierda.

Un simple vistazo a la pléyade presidencial venezolana permite reconocer que gran número de presidentes portan en su currículum por lo menos una tragedia freidiana.

Se cuenta, aunque no pude confirmarlo, que en esa ciega y compulsiva voluntad de servir que imperaba en el psiquismo de Carlos Andrés Pérez, surgió el plan de obsequiarle una runfla de leña de guatacaro a los esquimales para que hicieran fogatas y se espantaran el frío.

El gocho siempre estuvo dispuesto a hacer cualquier tipo de transacción si con ello se ganaba el prestigio de benefactor de la humanidad o de pana burda de menesterosos y afligidos.

Canjes, verbigracia, de chivos corianos por hienas orejadas o bagres rayados por ratas trompudas de África austral andaban siempre en sus planes de intercambios amistosos y altruistas con los países pobres. Nada puede ser más benevolente que entregar un corpulento bagre al que se le sacan varias pailas de succulento cuajado y recibir a cambio unas cuantas ratas trompudas, por mucha trompa que entre en el trueque.

Carlos Andrés era, pues, la mar de servicial y mimoso con sus pares de cualquier rincón del mundo, sobre todo con aquellos que no tenían presupuesto para cierto confort como sería desayunar alguna vez a la semana con fororo. Con este crédito tendrá asegurada, quizás, la entrada al cielo.

Buscaba empeñosamente andar en la cresta de la ola, diríamos que por ello se topó con un barco, el Sierra Nevada, que casi lo arrolla. Con las raspaduras que le causó esta nave pagó todo lo que debía a las velas de su desenvoltura, a la popa de su falta de medida y a la marea de su ir y venir sin brújula.

Vean ustedes, lectores trashumantes, cómo las ocurrencias del transporte, por carretera o por mar, le pueden macular la gestión y la vida al presidente, cuando este es sordo a los cornetazos de los carros martirizados por las carreteras huecohabientes y no oye, tampoco, el ulular de las sirenas de los buques adquiridos sin consultar las *Institutas* de Justiniano, es decir, no bien justipreciados.

De modo que si uno quiere de verdad a un presidente, suceso sentimental desusado porque lo que abunda es la carantoña, el mimo y la sobadura, tendría que aconsejarle: ¡Mosca con el transporte!, incluyendo el que anda por los caminos del chateo.

Las saltanejas y desnucaderos marinos de Carlos Andrés Pérez propiciaron que el candidato de su partido Luis Piñerúa, mordiera, no el polvo de la derrota, sino la bruma (el relente) del naufragio.

Y así nos ganamos el gordo, al gordo Luis Herrera, hombre simpático, de digestiones largas, vigiliias modorrosas y sueños retumbantes.

Llegó diciendo que dejaba esto arreglado y lo dejó arrugado. Bueno, se peló por “dos letras”, que es el título de una magnífica canción de despecho autoacusatorio, de depresión por arrepentimiento, que cantaba Alfredo Sadel sin hacer alusión, por supuesto, a las arrugas patrias que nos deparó el gobierno de Luis Herrera, el cual nunca se contristó.

Luis armaba sus gabinetes con compañeros de banco de la escuela, con contertulios de sancocho y de retetas, con uno que otro acompañante de la plancha donde él figuró como candidato a presidente del centro cultural de un liceo o con el hermano de una novia suya de aquella lejana época de serenatas y de bautizos rumbosos de muñecas. Era, pues, dueño de una amable y tierna memoria nostálgica, que puesta en política transforma a esta en un *Show del recuerdo*, muy grato, extremadamente sensitivo y de honesta inspiración, pero que no baja la inflación ni en un dígito.

Herrera Campins tenía un refrán particular para explicar cada uno de los artículos de la carta magna, escrupulosamente escogido en reunión con los ministros de Finanzas, Salud y

Educación. La lógica que nos ha servido para desentrañar muchos misterios nos resultó inútil para penetrar las razones que mediaron para escoger, precisamente, a esta tríada exclusiva de ministros como asesores paremiológicos. Lo único que se me ha ocurrido para el desenmarañamiento de la curiosa ocurrencia es que los tres eran tan dicharacheros como su patrón, tomando como verdad incontestable aquello de que Dios los cría y los refranes los juntan. En todo caso, Luis Herrera carga con la gloria, imperecedera e insuperable, de ser el creador, usuario y único beneficiario de un gabinete portátil que despejó intrincadas contingencias políticas, abroquelándose en un refrán. Cuando no lo hizo así, su *average* deslució.

En la mayoría de las oportunidades, o en aquellas que lo agarraban fuera de concilio, se valía, sin embargo, de su propio albedrío apotegmático para la selección de la paremia-ordenanza que las circunstancias gubernamentales, o el hado, reclamaran.

Minutos después del feroz cabillazo que le propinó un adversario salvaje, envidioso tal vez de su inagotable jocundidad, y ante la pregunta de un periodista: “Candidato, ¿cómo enjuicia usted este atentado?”, respondió magnánimo y valeroso: “Que así no se amansa loro, dándole palo por el pico”.

Cuando asumió el poder declaró que recibía un país hipotecado, añadiendo, en voz baja, para los allegados que lo rodeaban: “Y eso es examinando la cuestión por encimita, porque todavía no he visto las llagas sino las peladuras”.

En la ocasión en que un grupo de empresarios se mostraban descontentos por una medida tributaria de su gobierno, manifestó que los industriales venezolanos se quejaban más que un picao de raya.

Cuando entregó el poder, alguien de su primer anillo de seguridad le oyó musitar la copla siguiente, oída por mí en varias ocasiones, por allá, en Portuguesa, entre Chabasquén y Biscucuy, cuando manejé mi autobús para un tour de villacuranos: “Todos gozan si venta / porque la plaga se va, / pero hay quien cague en ladera / por ver la mierda rodá”.

Uno, que es un exégeta mal equipado, cree descubrir, en la oportunidad de la copla, la convicción de Luis Herrera, luego de su periplo pinacular, de que la humanidad se solaza, incontestablemente, en sucesos para todos benéficos, pero que parte de esa misma humanidad se complace particularmente en lances caprichosos. Quizás el ejercicio de la Presidencia de la República sea uno de esos acontecimientos en los que se busca un placer, más antojadizo, como caricia a

la egolatría, que filantrópico, echándose al hombro la fatalidad ajena.

Pues bien, en las elecciones siguientes el candidato del partido de Luis Herrera cogió chichón. No se sabe cuánto contribuyó para ello el arremansamiento de la voluntad de Luis ante el reclamo en las tareas ejecutivas y el alto porcentaje de horas que pasó en el comedor y cuánto colaboró la ternejal autopostulación de Rafael Caldera a quien vimos, hace diez años, como responsable de la mayor reventazón de muñones, terminales, mesetas y barras estabilizadoras que haya sufrido el parque automotor venezolano. Esto último quedará para el análisis de la autopolítica, o autocracia (gobierno de los automóviles), que ya es disciplina científica tan vigorosa como la ecología y la etología.

Tan escandalosa resultó la intriga políticomecánicovial que un colega mío, de la ruta La Villa-Magdaleno maledicente y bribón, llegó a decirme que la calamidad de los trenes delanteros de vida efímera era intencional, porque el marido de la cocinera del doctor Caldera, la que se ocupaba únicamente de prepararle la sopa de pichón de paloma con la que se desayunaba el presidente, tenía el monopolio de la importación de las piezas siniestradas. Yo le contesté, rotundo, quitándome los Rayban: “Mire, carajo, nosotros los retóricos podemos ser dejados pero nunca pillos”.

El Estado es el amor

Tiénesse por cierto que Luis XIV, el rey francés, el más grande de todos, dijo: “El Estado soy yo”. Su bisnieto y sucesor, Luis XV, pudo haber declarado, con rigor: “El Estado es el amor”, porque sus favoritas dispusieron del usufructo del trono, pero lo que realmente soltó fue esto: “Después de nosotros, el diluvio”. Bueno, poquito después de él irrumpió la Revolución francesa, peor, para la monarquía, que el diluvio. Salta a la vista que asumir que el Estado es el amor o que después de nosotros, el diluvio es, obviamente, una tautología.

El amor, como proclamaba una olvidada canción, es una cosa esplendorosa, porque siempre encandila. Pero aun así, encandilando, es un ofrecimiento celestial, solo que a veces el diablo lo sesga y he allí los variados infortunios que propicia. Supliquemos a Dios, entonces, que cuando nos mande un amor lo embale de tal modo que haga imposible que Satanás le adulte-re la fórmula con ingredientes diabólicos.

Y no es que Luis XIV no estuviera bien y soberanamente rodeado de mujeres de esas que le sacaban la piedra, pero ninguna, al

parecer, le puso el trono patas arriba, lo cual nos dice palmariamente que mujer no es signo de despropósitos, sino que cuando el ambiente se presta, el que no boncha es porque está tullido.

Digamos, luego de este prolegómeno monarcorromántico, que por conjunción de letargos, atracones, inercia y derroche de apotegmas auspiciados por la personalidad franca y chafalditera de Luis Herrera, a Jaime lo bañaron y pasearon por el parque de los ganadores.

Lusinchi emergió como una avalancha, como un deslave de confianza, aliento y promesa. Cuando se esperaba que irrumpiera ese torrente de fortuna, Jaime se enreda en una madeja de romanticismo, suspiro y pasmaduras.

Empieza a vivir, a la largada, a la partida, unos amores retroactivos y retrotraídos que lo devuelven a la pubertad y a su consustancial cortejo, es decir, se aficiona al chicle, a la dama china y a la colección de mariposas disecadas. En horas de la madrugada, justo en pleno conticinio, toma el retrato de la novia e imitando, sin saberlo, al púber Agustín Lara, estruja y besa la imagen.

En los recesos de las reuniones de gabinete, con la amada a dos trancos, escribe su acróstico en docenas de versiones,

deletreando el dulce nombre de arriba hacia abajo y al revés, construye anagramas y palíndromos, siempre bajo la obsesión onomástica. Cada hoja va ilustrada con un corazón sangrante, traspasado por una exquisita y bienhechora flecha.

Discurre los fines de semana trajeado con *blue jeans* y franelas estampadas, pierde el apetito, pierde los lentes y pierde kilos de peso, pero, sobre todo, pierde los estribos cada vez que le recuerdan que debe bajarse de esos arboles. Lo que más preocupa a los consejeros es que Jaime ha hecho tratos con Cupido, que es casi un niño de la calle, por lo enredador y zaragutero, y no con la madre, Venus, obviamente más seria, diestra y responsable en eso de entretejer destinos. Bueno, cosas humanas a las que ningún hombre es ajeno, como dijo Terencio, y repitieron Romeo, Clinton, Barbazul, cualquier sultán y pudieron haber coreado Guaicaipuro, el príncipe de la Cenicienta, don Quijote de la Mancha y cualquier otro espécimen a quien una mujer se le haya encajado entre la protuberancia anular y el hipotálamo como un garfio de alpinista, que no se suelta ni se distiende.

Yo padecí eso y cometí chambonadas doblemente aciagas, menos mal que Dios es muy grande y no llegó a ponerme ni siquiera en la presidencia de la junta de condominio.

A Sófocles le preguntaron, cuando cumplía sesenta años, si todavía era capaz de enamorarse y respondió, triunfante: “No, ya yo me liberé de ese amo furioso y cruel”.

Hay un refrán eslavo, citado por Julio Verne, que pregona: “Un pelo de mujer hala más que una yunta de bueyes”.

Pero hace más de dos mil años que Jesucristo nos reventó con aquellas divinas palabras: “El que se sienta sin pecado que arroje la primera piedra”.

De modo que la historia que estamos contando no es crítica ni de admoniciones sino anodinamente narrativa y siempre implorando la venia y el amparo de la musa Clío, de tal manera, lector sensato, si nos extraviamos, no espere mucho, reclámeme a Clío o a su Sala Político-Administrativa.

Según algunas encuestas, encartes, contadores públicos, de bajo perfil o clandestinos, es decir, según las personas que, silvestremente inspiradas por Clío, transforman rumores maledicentes en anales calificados, Lusinchi fue un gobernante medianejo, juicio al que me opongo resueltamente (más adelante ofrezco los fundamentos), pero lo que sí podemos aseverar desde ya es que fue un amante sublime, insuperable, como lo desearía tener la mujer más exigente, exagerada, como son la mayoría porque no hay otra

cosa que revele al narcisismo imperioso como la necesidad de ser amada o amado y habida cuenta de que no hay un solo sujeto o sujeta, fiscal o fiscala, célibe o céliba, seglar o seglara, cabeza de huevo o cabeza de hueva (hablando según el nuevo régimen gramatical para enunciar los géneros) que no nazca con un sólido inventario de narcisismo, encontrarse con un sublime amante es suerte mayúscula para cualquier usuaria o usuario, molestarse por ello el observador denota mucho más envidia que circunspección.

El caso induce a suponer que seguramente habrá un demonio, de la categoría de los llamados proactivos o proavispados, que se ocupa de premiar a los virtuosos del amor, a los repartidores exclusivos de los pedidos del corazón, a los que despachan en el primer correo las solicitudes del empecatado Cupido, porque, a pesar de que Lusinchi fue, de acuerdo con una cierta leyenda negra, un administrador redondamente extasiado, el candidato de su partido ganó las elecciones que siguieron.

Si no existe ese tal demonio que se asocia a las diligencias de la diosa Venus, la mejor gerente hasta hoy del negocio de doblegar albedrío, entonces tendríamos que convenir en que el segundo debut de Carlos Andrés lo determinó casi excluyentemente la congelación irreversible, intocable, sacralizada, del precio del paquete de harina de maíz, conocida tanto en las elevadas academias como en las menos encumbradas juntas de vecinos, como harina Pan.

Después de trece años tratando de descubrir el intríngulis propulsor del segundo levantamiento sobre el pavés de Carlos Andrés Pérez, habiendo sido este precedido por una gerencia arrobada de un correligionario suyo, según aturridos y torvos análisis, repetimos, hoy creo que tengo el rompecabezas armado.

Tenemos la certeza, porque nos lo confesó la doña que le hacía el rúcano a Jaime, que era su postre favorito (nosotros andamos con igual preferencia), de que Lusinchi defendía con vehemencia de igual proporción a la que aportaba a sus embelosos sentimentales, la férrea bajura del costo de la precocida harina, su obra magistral, lo cual indica, obviamente, que las tales pasmaduras unidireccionales nunca existieron.

Y, en el supuesto negado o en el putativo puesto en dudas (para evitar el tópico) de que la congelación incorruptible del precio del pan del pobre fuese una obra íngrima, nadie podrá objetar que fue colosal, arrolladoramente barrigallente y corazóncontentante, que son consignas electorales insuperables y en ello no solamente destella perspicacia sino, también, un portentoso trabajo rendido.

Masa es pueblo y masa es arepa y ambas tienen un final curiosamente análogo: las mesas... de votación y la devoración

(el carente no come, devora. Yo pasé por ese trance, por ello, estimo fervientemente la solución Lusinchi. Cojan luces, gobernantes bisoños).

Pan, en griego, y entre fenicios, romanos, hebreos, en todas las lenguas muertas, resucitadas y por nacer, significó “todo”. Recuérdelo, yo, que soy un arrebatado comedor de arepas les digo más: cuando tengo la arepa segura, descuido desalmadamente los otros derechos humanos, incluyendo el derecho a réplica que hoy día, ante tantas citas fuera de contexto, es tan vital como esos alimentos enlatados que vienen con todas las vitaminas y minerales.

Pérez ganaría, pues, por el embrujo de un paquete que estaba bajito, y pierde por la antipatía que alborotó otro paquete, el suyo, que, casualmente nos amenazó con dejar a las masas sin masa, poniendo lejos el pan, que es todo, a todos, por nada. Esta frase parece que fuera de Churchill, pero no, yo la tomé de un recetario de pan de jamón.

Si hacemos un balance desapasionado de la gestión de Lusinchi, asesorados por la FAO, nos enteramos de que uno de los platos de la balanza exhibirá una señera arepa, pero no perdamos de vista (ni de estómago), que una arepa siempre ha pesado un mundo, y que si le agregamos carne mechada y el

espíritu de un licor, que es el demonio, convocaremos a los tres enemigos del alma: mundo, demonio y carne, enemigos a quien nadie hoy teme ni aborrece porque a esa triada, enemistosa en siglos pasados, se le conoce hoy como activos líquidos.

Nos resta una pregunta: ¿El acierto de Lusinchi de mantener la arepa redonda y, por tanto, rodando franca y majestuosa hacia todos los comedores, fue obra suya, o del demonio que es compinche de los enamorados?

Yo creo que fue obra de Lusinchi y creo, además, que si hubiese dado igual trato a las sardinas y a la cerveza habría armado el equipo soñado y hoy la Defensoría del Pueblo se llamaría Jaime Lusinchi.

Si los emperadores romanos, incluyendo a Calígula, que fue el menos juicioso, hubieran conocido esas ambrosiacas sardinas en salsa de tomate, combinadas con casabe mojado y hubieran paladeado la cerveza tipo pilsen, a la temperatura de escarcha sobre la botella, lo que por aquí llaman (los cervezabebientes) cerote de foca, no se quedan en el chucuto ofrecimiento de panem et circenses (pan y juegos de circo), sino que hubiesen ampliado la cobertura a panem, sardinas et cervezienses (pan, sardinas y rondas de cerveza), con lo cual habrían logrado que Atila y los hunos, tampoco los otros, pisaran la ribera sur del Danubio.

Hoy no firmo, mañana sí

Carlos Andrés Pérez se fue por sentencia de la Corte Suprema, sentencia precocida en la Fiscalía General y recalentada en el microondas del Congreso y, vean ustedes quien lo reemplaza provisionalmente, después de ruegos y plegarias, Ramón Jota Velásquez, un hombre honrado y conocedor de los gajes, achaques y mudanzas de la política y que se la pasa aconsejando a todos cuantos quieren al Palacio de Miraflores como temperamento, pero para hacer feliz estación en este paradero de emboscadas no basta con ser atinado consejero, buen buceador en las profundidades de la historia y ser limpio de manos. Está visto que aquellas altas calificaciones no son suficientes, hay que alcanzar lo extremo: cortarse las manos.

Así es, amputarse ambas extremidades para poner bien lejos el riesgo de firmar, porque el número y las calidades de los estatutos buscadores y coleccionistas de la firma presidencial es, como el número de los tontos y según contabilidad del rey Salomón, infinito.

Bueno, un recurso menos sangriento podría ser que el presidente depositase el bolígrafo oficial en un tribunal, tal como se hace con las mensualidades del alquiler del apartamento cuyo arrendamiento está en litigio.

Otra solución, sin sangre ni suturas, consistiría en poner un aviso luminoso, con música de fondo (de alguna ranchera como *Me cansé de rogarle*, por ejemplo), en el lugar más visible del despacho presidencial, con la siguiente leyenda: Hoy no firmo, mañana sí.

Ningún obstáculo, no obstante, relacionado con rúbricas, sellos o refrendaciones impidió que el doctor Velásquez preparara pulcramente las elecciones y el doctor Caldera, que siempre ha estado prevenido al bate, inspirado por el vate interior que le poetiza la silla de Miraflores y le mantuvo invariablemente al acecho, como caimán en boca de comicios, de los comicios que subastan la poltrona de la cual hizo Caldera una suerte de Vellochino de Oro, el doctor Caldera, repito, le da, otra vez, el palo a la piñata, animado en esta ocasión, o transportado, no ya por la nave de los argonautas (Copei), sino por unas miríadas de artrópodos entre los cuales descuellan las gregarias y cundidas chiripas y la butaca aquella, su adorado tormento, lo recibe resignada pero algo cavilosa, porque el acoso erótico al que la ha sometido Rafael es paradigmáticamente implacable,

y cuando está cerca suyo lo menos que hace es apurruñarla cada vez que se quedan solos. ¡Al fin solos!, le dice Rafael y le barajusta como cochino al jobo.

Lo primero que hace Caldera, luego de la aclamación chiripe-ra, es una carta de intención al Fondo Monetario Internacional, que es como pedir fiado por teléfono para que el acreedor no le descubra a uno en la cara las malas intenciones. Esa carta fue escrita, seguramente, como para un concurso de redacción de secretario comercial, porque en este pozo es donde Caldera panquea sobrado. ¡Quién sabe de qué modo plasmaría el “muy señor mío”!

Arengas, proclamas, discursos, pláticas, charlas, disertaciones y homilias son el queso de sus tostadas gerenciales.

Las palabras del orador tienen mucho más consistencias y señorío que las paladas del obrador. De palabras están hechos los más grandes amores, pero ni un solo Sambil. Mientras yo fui un retórico enterizo, me salió mal hasta la administración de la venta de ramas para ensalmes. Imagine, lector gongorino, a Quintiliano, el retórico hispanolatino, administrando a Cadivi.

Sirviendo en la primera y en la segunda se le fueron a Caldera muchos *rollings* por entre las piernas. Ahora, lo que le venía

por el aire, alto, por el aire de las parrafadas, se lo llevaba con aplauso del público. Jamás lo bañó un *fly*.

Hay quien dice que Rafael Caldera fue un gobernante de explosión tardía porque porta una mecha larga, es decir, cuando estaba terminando el período era cuando empezaba a lucirse con el guante.

Pero a mí me parece que eso de cogerle el paso al joropo cuando ya el arpista le está dando los últimos ñazos a los bordones es tan infeliz como venirle a jurar fidelidad a la esposa cuando se están celebrando las bodas de oro, y tan destemplado como pedirle a la novia, en medio de un trance de hondo romanticismo, que nos remiende unos calzoncillos.

Amanecerá y veremos

Se anunciará el alba y despestañaremos. Y, justamente, por desojar las cosas que andan por el éter y no dar una ojeada a lo que se mueve entre el suelo y la línea horizonte, se metió Chávez a puntear la carrera y prontamente empezaron las colas para felicitarlo.

A mí me agarró el cambio, lo que también se llamó la demolición de las cúpulas podridas o desmoche de los cogollos engusanados, me agarró tan verraco arrasamiento, digo, estando yo en el bloque de los paisanos no alineados, es decir, viendo la política sin pasiones, presiones ni pulsiones porque desde mil novecientos cuarenta y cinco, cuando los adecos irrumpieron contra las pútridas cúpulas medinistas y les dieron corte a los gusarapientos cogollos del Partido Democrático Venezolano, cuyo corifeo era un sujeto que escribía y conversaba con particular donosura, como a mí me gusta, un tal Arturo Uslar Pietri, un poco antes de fundar yo el Agarrando Aunque Sea Fao y cuyo lema era: hay que ponerle el guante a todo lo que salga

del cajón de bateo, desde aquel momento, repito, me retiré al negocio privado, es decir, privado de todo ñereñere que viniese de la cosa pública, como le decían a una conocida dama, buenamoza y cariñosa, cuyos clientes la contrataban en una plaza; privado, también, de toda retórica porque los cheques, letras de cambio y pagarés se plasman en lenguaje directo y escaso, sin flores, floridez ni floritura.

Hoy, que porto cuatro tarjetas de crédito, con las cuales puedo adquirir hasta un mamut congelado, y estoy por afiliarme a Fedecámaras o a cualquier otro gremio copetudo que abra sus puertas al público con divisas, soy más humilde que cuando raspaba taparas allá en Burro Bizco, porque ahora sé, como lo descubrió Buda, que todo individuo que pueda enfermarse, envejecer o morir no tiene motivo alguno para dársela de gran cosota, y por ello solo pido que sea lo que Dios quiera, que será alivio, seguramente, visto que gracias al susodicho, al amigo de marras, a Dios, pues mientras el palo va y viene las costillas descansan y el Glorificador jamás se encontrará por ahí revolviendo el agua de los jagüeyes y poniéndoles gusanos a los cogollos del sorgo, eso es gestión, según investigaciones bien acreditadas, del diablo, contra el cual no se ha podido reunir una mayoría calificada de magistrados de la Corte para dictarle una medida cautelar.

Yo estoy ahorita como la nata sobre la leche, reposado y arrepachingado. De ahí no me sacan ni con humo.

A los choferes de mi línea de busetas los llaman Los Caballeros de las Rutas, porque todos ellos tienen cursos de autoestima, autocrítica, autonomía y nociones de autopsia.

Mi empresa se llamó en sus orígenes Las Bacantes del Azar, pero yo me dejé de exotismos y de parejerías y me empaté con lo nacional, sin caer en excesos, sin caer en el chaumerismo, que era la tesis de mi cuñado Eleuterio Chaumer, el cual no comía pan de trigo, sino arepas asadas en brasas de guatacaro, dormía solamente en chinchorro de moriche o en trojas, no usaba sombreros de pelo sino de cogollo y nunca admitió fajarse con unos callos a la madrileña alegando que, en cuanto a la panza, solamente negociaba con el hervido de mondonggo con patas, batata y auyama. Al plátano (pintón) lo repudia porque y que es hindú.

Como no hay animal autóctono más prójimo mío que el mono mayero, a quien corría a pedradas para que no se comiera las mayas y asegurarme yo la mazamorra de maya que mamá preparaba con puchero, hoy yogurt, el único rival (el mono, no el puchero) a quien derroté siempre, tomé su amable nombre para registrar mi empresa porque me recordaba

solo victorias, asunto enjuiciado por Schopenhauer cuando avizoró que: “Olvidamos pronto las derrotas, pero nunca las victorias”. Bueno, si no lo dijo Schopenhauer fue Kid Pambelé. Mi afición es igual de grande por los dos, debido a ello suelo confundirme cuando los cito.

Me he vuelto tan estrepitosamente vernáculo y me he reconciliado tanto con mis raíces y con la tierra que encaretó mi infancia, que bauticé a una nieta con el nombre de Tiaora, una hermana de Guacaipuro y ansío no morirme antes de ver a un nieto portando el augusto nombre de Baruta, uno de los más verracos hijos del gran caudillo de Los Teques y Caracas, por cuyas tierras ruedan hoy las caravanas de mis busetas.

¡Ah!, pasé por alto de decir que mi empresa es conocida, en este momento, como Unidades de Pasajeros el Mandril Mayero y su acrónimo, que anda ya en un sin fin de papeles comerciales protocolizados, es Upamama.

En ese afán, criollista y rehabilitador del suelo patrio fundé el premio anual El Burro Andón para concederlo al obrero que haga menos puentes festivos de fin de semana, y no me he ido a Burro Bizco por lo lejos que me quedarían las oficinas de Fedecámaras y los restaurantes en los que hago mis múltiples transacciones semanales, pero no pierdo las esperanzas,

con el favor de la Providencia y de los pródigos recursos que amontono, que sea Fedecámaras y los restaurantes quienes se muden a Burro Bizco porque quién iba a creer, cuando los pieles rojas deambulaban por las praderas norteamericanas a la caza de algún bisonte en canal, que la sede de la ONU estaría en Nueva York.

Mi pasión por lo doméstico y nativo es directa y universal, pero no secreta porque mis convivientes dejaron de oírme silbar *scherzos*, arias y *lieder*, ahora me oyen silbar el canto del turupial, el lamento de la soisola, los gritos de alegría de la paraulata, del cristofué, de la guacharaca y otros gorjeos (en depósito) con cuyas diversas combinaciones he compuesto varias sonatas, eso sí, sin minués ni adagios porque la boca desalineada que tengo no me da para tanto.

Escogí el día de san Ratón Excelso, que es el primero de enero, para entregar el premio El Burro Andón que consiste en una cesta polibásica que trae consigo una fanega de frijol barcino, un quintal de ayama carabina, medio saco de arracache, seis racimos de topocho verde, tres filos y, coronando la magna ofrenda, dos sacos de tusas flexibles y de superficie aterciopelada equivalentes a seis cajas del papel tualé más apaciblemente abstergente de cuantos bregan en la plaza, es decir, un avituallamiento olímpico, como llamaban los griegos del Pelo-

poneso y de la Jonia, en tiempos de las Guerras Médicas, a un abastecimiento de iguales galas logísticas.

Chávez está obligado a conducir un gobierno bien honrado porque esa fue la promesa de la cual se guindó el camionado de votos que le ofreció Fortuna, que es una diosa que reparte los bienes y los males a capricho y se sostiene con un pie en una rueda y el otro en el aire. Cuando la diosa pidió a Júpiter un vehículo, no se conocía aún ni siquiera la bicicleta y lo peor es que las decisiones del rey de los dioses no tienen vuelta atrás, pero la rueda en que se desplaza la diosa Fortuna sí. Añadiendo al vaivén de la rueda de la Fortuna la caprichosa contumacia de la diosa (su conductora) de manejarla con un solo pie, nos explicamos sin enredo alguno la inestabilidad de la mercancía que reparte la diosa, y nosotros los mortales debemos tomar conciencia de ello para no endiosarnos, es decir, para no creernos los repartidores.

El empaque que Chávez le ha dado a su proyecto demanda necesarias discusiones porque el embalaje es diverso: pacas, paquetes y cajas, los cuales suenan inusualmente cuando se les agita antes de usarse, aunque hay una vasta clientela o usuarios disidentes que aconseja desconfiar, por el contrario, de lo silencioso, es decir de lo que no suena. En todo caso, lo que será se ha de ver. Ojalá que no espante, no empantane ni empeluzque.

Como han ocurrido ya, en lo que va de feria, infinidad de lances, trances y chances cuyas rastras y desenlaces ni siquiera imaginamos, uno asume las cautelas que nos recomendaba el padrino Santo Orocua: Antes de halar duro talle con dos dedos la sogá para asegurarse de que no tiene delgadas maliciosas, palpe la templadura del cuero del furruco, tres días antes del festín, si ya se comprometió para un carato de Cruz de Mayo, no se afloje el cinturón antes de saber si hay merienda suficiente para templarse el ombligo, tanteo primero el filo del machete, el corte del garabato viene después.

Lo que mi padrino aconsejaba, en resumen, era que andar con la mosca en la oreja no es mala costumbre, aunque las palabras que estemos oyendo y las buenas miras de quien las pronuncia estén certificadas por las Tres Divinas Personas.

No son impertinencias o carganterías sino candorosas escamas y parvas malicias propedéuticas para ponerse en la mitad entre el no confiar nada y el entregarse en brazos. El Justo Medio de Aristóteles, precisamente, a cuya concepción original llegó mi padrino dos mil quinientos años después. Una tía mía hubiera dicho: entre la escarranchadura puta y la apretadura púdica.

En todo caso, lo más sencillo, transparente y limpio en el menú de los deseos y de los designios es reconocer que Chávez está legítimamente al bate y hay que dejarlo, por lo menos, que consuma su turno, pero también es simple, cristalino y aseado que no se saquen sorprendivos fantasmas que no se suponían en el guion o en el catálogo de buenas palabras, tampoco asustar más a los que vienen temblando desde el empuce porque esto sí no es crueldad, es crudeza, crujía y hasta crucifixión.

Les digo a todos, tirios y troyanos, a griegos y turcos, a losadistas y a guaicaipuristas, que hay que entender, de todas maneras, que todo nuevo presidente es siempre un aprendiz, porque para esa chamba no hay academias ejercitadoras ni manuales que instruyan, sin pasar por alto lo que lo curioso de este oficio es que los que ya tienen unas leccioncitas aprendidas, es decir, los que repiten, redoblan, también, los cabezazos a los mismos aleros bajos por donde pasaron tantas veces. Con relación a esto último se ha descubierto, a través de las operaciones transgénicas, que en esta ocupación, contrariamente a lo que pasa en el billar, nunca se coge el tanto de bola, lo cual se debe, según san Mimoso, patrono de los jalabolas, a que los circunstantes, sobre todo los miembros de los tres anillos de seguridad, los que no aflojan el mecate ni para descalambrarse las manos, nunca abandonan la presa, y si los llama Dios a capítulo, consternado por ver tanta enjabonadura, aparecen

otros, segundos después de la extremaunción de aquellos, cortados por el mismo sastrero con las manos untadas igualmente de pez rubia para que no les resbale el mecate. Bueno, algunos antropólogos neoliberales opinan que la refractariedad al cambio, a pesar de la experiencia adquirida, puede atribuirse, también, a que la biopolítica, que es efecto del biorritmo individual, es siempre monocorde, monocromática y monomaniaca. De esto se alimentó aquel desolador y desvelador refrán (para los que sueñan con un turno) que sostiene que: genio y figura hasta la magistratura. Lo cual quiere decir que el cambio de carácter del presidente solo podrá operarse cuando se sienta definitivamente fuera del poder. De allí la consabida y usual repetición de errores.

Se escribe esto a doce meses de ascenso de Hugo a los aplausos y al mismo tiempo, por supuesto, del alcance del mecate por parte de sus ronceros, que son los únicos que repiten exitosamente, porque siempre son, todos ellos, vertebrados, mamíferos, primates, catirinos.

En vista de lo expuesto, todavía yo no hago apuestas porque aún no he visto la corrida del dado.

No tiemplo mucho porque la cuerda puede ser de tiras.

No he pasado, tampoco, el primer peldaño de la escalera porque la veo larga y no le he clavado la uña para percatarme de su aguante, si es de acapro o de jabillo.

Me ronda la memoria, además, aquella presocrática sentencia, efecto del natural discurrir de la democracia griega y de la república romana, que sostenía que son muchos los que votan y bien pocos los que aciertan visto que, sencillamente, no hay gobierno que no deje más desnudos que abrigados y en cuanto más prometa arropar, mayor será el número de los descubijados, es decir, abunda el dolor y escasea el bálsamo.

Debo decir, para seguir la línea del partido, que mis simpatías, no comerciales ni despabiladas por el erario, estaban con Miquilena, por llamado de la sangre, que autobusero bueno jamás pierde el tanto de chola aunque se meta a diputado, pero desde mil novecientos cuarenta y cinco yo sigo la indicación de aquel ilustre paisano que dijo: “Yo acompaño a los amigos hasta el cementerio pero no me entierro con ellos”.

Por otra parte, a mí dejaron de entusiasmarlos los cambios violentos después de oír el veredicto de Voltaire: “Dejaremos el mundo tan loco y tan perverso como lo hemos encontrado”, fallo que pronunció Voltaire, moribundo, premonitoriamente, once años antes del asalto a la Bastilla por la plebe parisina.

A partir de esa hora, el único cambio al cual me inclino es al cambio de ropa, y eso por no entrar en discusión o controversia con la Organización Mundial de la Salud, porque tampoco me embriago o fanatizo por las polémicas, exceptuando las de Sócrates, que nunca estuvo por ganar el debate, propósito absolutamente ajeno al resto de los polemistas, que lo que desean y buscan es vencer inclementemente al adversario.

